

Carlos Jasinski

rElAtOs
dE cAmPaÑa
y otros cuentos...

Basados en correspondencias enviadas a mi esposa desde los lugares de campaña. Incluye algunos otros relatos alimentados por simples recuerdos y otros recuerdos alimentados por algunos relatos...

Para mis nietos Jazmín, Martina y Santiago.

Indice

Parte I

Relatos de Campaña 3

Parte II

La Agrimensura se canta (con humor)

Himno al Agrimensor 139

Candongas de los agrimensores 155

Incumbencias 159

Agrimensores salvajes 161

Parte III

Otros cuentos...

Entre ánimas y aparecidos 169

Más vale planimetría en mano que altimetría volando 175

Un campo muy especial 181

En el final, el comienzo 185

Parte I

rElAtOs dE cAmPaÑa

Tenía la cabeza en dos mundos. Uno en Plaza Huincul, en la lejana Neuquén, a donde me llevaría la oportunidad de un trabajo en el momento en que éste flaqueaba nuevamente. Y el otro en Buenos Aires con mi esposa y una beba de nueve meses a la que aún no había aprendido a conocer.

Fue una decisión difícil la de partir hacia el sur, pero ganó la necesidad de equilibrar la balanza económica de la pequeña familia, en un momento en que la situación general del país hacía agua por todos lados o, quién sabe, daba sus frutos para aquellos que la pergeñaron. Viola asumía la dirección dentro de la junta de gobierno de una Argentina que, sumida aún en la oscuridad de la dictadura Videlista y Sigaut mediante, debió soportar una devaluación del peso en un treinta por ciento y una recesión económica que enseguida arrastró consigo una desocupación laboral tan inmediata como fulminante.

En esta vorágine anduve yo, jugando a ser lo que iba a ser, desde que me fui del banco en agosto del ochenta y hasta la mitad del siguiente año en que recibí el diploma de Agrimensor. En las banquinas de la ruta 21 allá por Laferrere y González Catán, en las zanjas de un loteo por la ruta 24 en Moreno y en los fondos de unas cuantas parcelas por la zona norte de la provincia se fueron enterrando las dudas que supe adquirir en la facultad. Así, hasta que los primeros días de octubre de ese año 81 me encontraron, con mi jovencísimo título debajo del brazo, firmando un contrato que me llevaría a desplegar sobre la topografía arenosa de la provincia patagónica mis aún apenas poco demostrados conocimientos sobre materia mensural. Y sería por dos o tres meses.

El miércoles 7 partimos hacia nuestro destino con Ángel Zingoni, jefe de campo, para llegar recién a las cuatro de la mañana del día jueves. A las cuatro porque el avión más económico a Neuquén era nocturno y llegó a medianoche y porque desde el aeropuerto a Plaza Huincul hay cien kilómetros y porque la camioneta que llegó a

buscarnos no subía de los setenta kilómetros a la hora y porque Durán, que manejaba esa camioneta, se había dormido y llegó a rescatarnos de aquel edificio ya cerrado, oscuro y sin operaciones, como a las dos de la madrugada.

A ese mar de improvisaciones sumémosle que no había cama preparada para mí. Entonces mi jefe, tras la enésima puteada desde el aeropuerto en adelante, resolvió dejarme a las cinco de la mañana en un hotelucho del vecino Cutral-Có . Y el mismo Ángel decidió, en un derroche de generosidad, venir a buscarme para iniciar las tareas para las que había sido contratado a las nueve en punto de la misma mañana. Para muestra del baile en el que me había metido bastaba con ese botón.

Pero después de ese botón llegó el siguiente, después el cierre, el dobladillo y finalmente toda la confección de aquel traje. Y fue así que, al atardecer del cuarto día, encima domingo y a la hora de los suicidios, me encontré frente al espejo del baño preguntándome seriamente qué hacía en ese lugar. Y, más aún, cuestionándole a la imagen que me enfrentaba la decisión de haber estudiado Agrimensura.

Debía desentrañar urgentemente los sucesos que me habían atropellado de entrada y cuánto tenían de verdad o fantasía los pensamientos confusos que, con formas de pájaros, giraban sin parar en mi cabeza. Ya había sentido al menos cinco manos bien puestas al mentón que amenazaban con derribarme antes de finalizar el primer round de aquella pelea singular contra este nuevo trabajo. Y si bien no lo hicieron, siempre había estado muy cerca la posibilidad de que volara la toalla. Paso a detallar:

Primera mano: A las cinco de la mañana el brutal despertador destrozó a placer la membrana de mi frágil oído desprevenido.

Segunda mano: A las once de la mañana un peón fue llevado al hospital, envuelto en un solo alarido, por un simple error de cálculo en el grabado.

Tercera mano: A las seis de la tarde los filosos colmillos del monstruo de los desiertos se clavaron sin piedad sobre nuestras aspiraciones de volver temprano al campamento.

Cuarta mano: A las diez de la noche un grito aterrador conmovió los cimientos de la vieja casa cuando una gotera asomó por entre las hendidias del tablón de madera rajada.

Quinta mano: A las doce de la noche vacilantes figuras fantasmales danzaban en el oscuro vacío destilando el amargo perfume de sus ausencias.

Recién a las dos semanas pude ordenar las imágenes de aquel tormento y clasificarlas como “normales” para un trabajo de apoyo topográfico a la tarea de exploración sísmica en zona petrolera. Y entonces resultó que:

El despertador de las cinco no era, por suerte, el que me despertaría todos los días. Habitualmente nos levantábamos a las seis cuando sonaba el nuestro. Pero el que me alteró la primera vez fue el arranque del motor de una topadora Caterpillar D9H que descansaba pegado a la ventana de la habitación que compartía con Ángel y Virgilio Da Re, un topógrafo del ex Instituto Geográfico Militar que ya venía trabajando en la zona.

Accidentes, como errar el grabado de un número en una estaca de madera, con un instrumento de hierro candente que terminaba estampado en el glúteo del compañero, ocurrían asiduamente y a menudo no eran accidentes, sino bienvenidas, derechos de piso o chanzas que servían para recrear el ánimo y ejercitar el ingenio.

Al monstruo de los desiertos había que tenerlo siempre presente pero, llegado el caso de enfrentarlo, con eludirlo convenientemente alcanzaba. No obstante, cualquier descuido en el conductor del vehículo que nos transportaba, podía terminar con las filosas y durísimas espinas del alpataco incrustadas hasta la corona en las cámaras de nuestras ruedas. Y nunca, nunca, la cubierta afectada era

una. Como mínimo dos, cuando no tres, por qué no las cuatro. Los quechuas llamaban a esa planta algarrobo de piedra.

Las empanadas que cada tres noches nos preparaba la señora de la casa eran conocidas como las “de patas abiertas”. De patas abiertas las de uno, como para comerla sin que el jugo candente del relleno con cebolla, huevo picado, pimentón, comino, ají molido, pimienta, grasa y caldo donde se había hervido la carnaza común, se chorreara por la mesa y fuera a parar sobre la piel desprevenida e indefensa de los muslos del que la estaba comiendo. Que aquella primera noche, fui yo.

Y resultaron ser Rolo y Gregorio, chileno uno y de Mendoza el segundo, conductores de las máquinas topadoras, los que terminaban sus sobremesas nocturnas con una alegría digna de la envidia general. Y los que se iban a dormir sus carcajadas exhalando alcohol de cuarta por cada uno de sus poros, golpeándose contra cuanto muro, puerta u obstáculo se le opusiera en sus caminos a través del oscuro patio. Alguna vez aparecieron durmiendo al costado de sus camas por no haber podido llegar hasta ellas.

Lo asombroso sin embargo, era verlos a la mañana siguiente, a apenas cinco o seis horas de la jocosa finalización de la jornada anterior, tomando su café y saliendo a afrontar el duro trajinar de sus trabajos con una frescura y una disposición que desmentía absolutamente los comentarios que corrían sobre ellos.

CPS (Ceriani, Protto, Schiavo) Servicios Topográficos, empresa a la que empezaba a pertenecer, compartió la casa que servía de base en aquella zona con SIMA, empresa local que proveía las máquinas necesarias para la apertura de las picadas. Por éstas avanzarían, a su momento, los camiones vibradores del grupo de exploración.

Por eso, en aquella casa de Plaza Huincul, convivían conmigo seis personas: El citado Ángel Zingoni, el topógrafo Virgilio Da Re, los operadores Lagos de Cipolletti y Bravo de Neuquén y dos peones provenientes del interior de la provincia. Compartíamos una habitación grande al frente que servía de estudio-oficina, dos dormitorios, una

cocina grande y un baño más grande aún. Cruzando el patio hacia el fondo estaba el comedor, un buen galpón con dos mesas largas sobre caballetes dispuestas una al lado de la otra. Completaban el plantel del campamento Rolo y Gregorio que pernoctaban en uno de los dos galpones que había hacia un costado, siendo el otro usado como depósito y taller para el grabado de estacas, armado de los paquetes o reparación y mantenimiento de los equipos de medición.

En los fondos vivían los dueños de la casa, un matrimonio tucumano tan entrado en años como en empanadas y unos hijos a los que veíamos muy poco. La mujer era quien nos cocinaba y, a decir verdad, tengo un muy buen recuerdo de sus guisos y pucheros. Del hombre, uno o dos chivitos asados en el patio y comidos a mano limpia alrededor del fuego.

Una topadora, una motoniveladora, dos camiones Dodge escapados de alguna guerra, una camioneta de Sima, un chulengo para el transporte de combustible y dos camionetas de CPS, que circunstancialmente podían coincidir sus estadías en la casa una misma noche, daban cuenta de las dimensiones del terreno donde se asentaba la propiedad que tenía treinta metros de frente por unos setenta de fondo. Lógico.

La zona o el campo de trabajo, que se reducía a arena, roca y jarilla, era toda la inmensidad desértica de kilómetros y kilómetros que rodeaba lo muy poco que era Cutral-Có y lo muchos menos que era Plaza Huincul por entonces. No había un solo árbol y el viento era dueño y señor del lugar, capaz de arrancar la hoja de una libreta como sucedió o de derribar teodolitos bien calados como también sucedió.

La escena del trabajo de exploración quedaba plasmada en un cuadro enmarcado por sierras y bardas, prehistóricos márgenes de los mares, con cañadones muy profundos y muy bellos por cierto.



El viento era dueño y señor del lugar...

Animaban la pintura chivos, ñandúes, gatos salvajes, lagartijas de brillantes pieles amarillas y verdes como nunca había visto, zorros y zorrinos, pichis, cuises y tejos. Quién podría decir que había sido una mala elección aquel trabajo?

Plaza Huincul era, por entonces, una ciudad muy joven. Apenas tenía la edad de las niñas bonitas y era tan pequeña que prácticamente era una calle: la ruta. Y en esa misma ruta por la que habíamos llegado estaba la casa a metros de sobrepasar el cartel de bienvenida al poblado. Luego la destilería y a su alrededor el urbanismo de unas pocas manzanas donde residían sus empleados. La población total no llegaba a los diez mil habitantes.

Pero uno no terminaba de salir de Plaza Huincul que ya se encontraba en Cutral-Có. Y ésta sí mostraba, aún con sus carencias, cierta presencia ciudadana que nos hacía ver que no estábamos del todo solos en ese lugar del mundo.

Había un solo cine, al que habríamos de ir solamente una vez porque generalmente no funcionaba. Cuando hubo función vimos “Los pasajeros del Jardín” con Graciela Borges, Rodolfo Ranni y Julio De Gracia y parcialmente “Tiro al aire” con Héctor Alterio porque, por la mitad de la película, se quemó la cinta.

Los distintos negocios competían salvajemente en la originalidad de sus nombres: Panadería Oro Negro, Tintorería La Mancha, Almacén Petro Pérez. El único micro local no se identificaba por un número sino que lo hacía por el cartelón en su frente que decía pertenecer a la compañía El Petróleo. Y el club social del pueblo se llamaba Petrolero al que, en las postrimerías del año siguiente, asistiríamos a sendas charlas dadas por Oscar Alende y Raúl Alfonsín en la apertura política que se empezaría a dar tras la noche negra de la dictadura.

A los quince días no solo pude echar claridad sobre aquellas imágenes que me habían ametrallado y que eran, sin dudar, una prueba a mi adaptación y resistencia, sino que, de alguna manera, pude acomodarme al ritmo propio de aquel trabajo y entender sus exigencias.

La zonas de trabajo comprendían áreas de entre novecientos y mil quinientos kilómetros cuadrados. Para abarcarla se abrían picadas o caminos en el campo de treinta, cuarenta y cincuenta kilómetros de longitud, muy rectas ellas y una a tres kilómetros promedio de la otra, formando una cuadrilla que respondía a planos previamente confeccionados.

El trabajo era progresivo y respondía al siguiente orden: Con el apoyo de puntos IGM marcábamos la dirección de la línea mediante dos caños de luz, uno en el arranque y el siguiente a dos, tres o cuatro kilómetros de distancia según las dificultades que presentaba el terreno. Esto bastaba para que un operario, generalmente de ascendencia

mapuche y con una vista que competía ventajosamente con la de los “tejos” de la zona, se alineara con ellos y siguiera solo colocando señales con caños similares hasta completar toda la extensión de la línea.

Vinculada y aprobada su ubicación, Rolo y Gregorio se encargaban de abrirla. Topadora primero y motoniveladora a continuación, podían tardar entre cuatro y cinco días para dejar construida una pista de aterrizaje de arena de cuatro metros de ancho y envidiable rectitud.

Entonces entraban a la pista los estaqueadores y operadores. Con un cable de acero de veinticinco metros de longitud y de fabricación casera, los primeros recorrían la línea dejando clavada una estaca de madera numerada al costado de la picada y a esa distancia una de otra. Detrás de ellos, nivelando la línea, marchaban los operadores para obtener información de cotas de nivel en concordancia con la posición de aquellas estacas.

Toda esa información se iba calculando y procesando en “gabinete”, correspondiéndonos esa tarea a Zingoni y a mí, amén de la asistencia a los grupos que trabajaban en el campo y de la atención a nuestros supervisores e inspectores. Comprobado finalmente el cierre y la bondad de aquellos levantamientos se entregaba la información a los geólogos de la empresa de exploración, lo que habilitaba a los Vibros a ingresar y trabajar la picada entregada.

Prestábamos, por entonces, nuestros servicios a Geosource que trabajaba en la zona con grupos de explosión o vibración según el recurso utilizado para emitir la onda sísmica que delatara la presencia o no, en el subsuelo, de algún fluido. Ese fluido podía ser agua, gas o petróleo. Detectado este último, se intensificaba el estudio hasta ubicar con precisión la cuenca, registrarla y reservarla para una futura explotación.

Respondíamos nosotros al Grupo 18 de Vibración y debíamos mantener una ventaja en el trabajo de entre cincuenta y ochenta kilómetros si no queríamos que los temibles “Vibros” nos pasaran por



encima. Estos súper camiones con patonas de más de medio metro de ancho que impedían su hundimiento en la arena, provocaban la onda haciendo vibrar una plataforma de acero de metro por metro que asomaba de las entrañas mismas de su vientre y se apoyaba con fuerza en el terreno. Esto lo repetían en cada una de nuestras estacas. Y “guay” que hubiera algún problema en ellas.

Un parte diario correspondiente a una de aquellas jornadas, que seguramente por la mañana y vía telefónica se remitía a las oficinas de CPS en la calle Salta de Buenos Aires, detallaba las operaciones topográficas y decía: 1. Lagos y Sosa nivelaron la 17052 desde la estaca 1215 hasta la 1378. 2. Sandoval, Quiroz y Tapia estaquearon la 18062 desde el punto Cerro Mirador hasta donde llegaron a las 16,45 horas y no encontraron más paquetes de estacas repartidos. 3. Durán y Muñoz colocaron mojones de línea. 4. Briones se quedó en los galpones grabando estacas para la línea 18070. Este punto nos indicaba que las máquinas estarían terminando de abrirla, por lo que de inmediato nosotros deberíamos empezar a trabajar sobre aquella picada. 5. Los camiones de Geosource tomaron registros de la estaca 700 de la 17073 a las 18.00 horas según novedad reportada por Verazzi.

Yo agrego, sobre este parte, que la 17052 de cerca de 50 kilómetros era la más larga de las picadas y la más hermosa por sus cortes, desniveles y vistas y que el gordito Briones era un gran marcador a fuego de las estacas por lo que se lo explotaba en esa función, pero estoy hablando de explotación consentida porque le encantaba quedarse en las casas y no ir al campo.

Que los Vibros estuvieran en la mitad de la 17073 no era una información desinteresada del supervisor de Geosource sino que se trataba lisa y llanamente de una presión directa sobre nuestras voluntades y decisiones. Porque ese dato implicaba el siguiente que, en dos días, los monstruos rojos de grandes patonas ingresarían a explorar la 17052 y desembocaba en la conclusión que, a más tardar al día siguiente al mediodía, debía entregarse la nivelación perfectamente cerrada en paquetito de papel seda con moño brillante. Nunca logramos contestarnos la pregunta que a continuación de aquello quedaba flotando: Cóóómmmmooooo!!!!

El trabajo de los “Vibros” era lento, pero lo compensaban de una manera simple: era continuo. No paraban nunca. Día y noche, domingos y feriados, Navidad, Año Nuevo, día del trabajador y fiestas patrias. Monstruos. Monstruos. Sólo la nieve lograba detenerlos

parcialmente y fueron los momentos más felices que recuerdo de aquellos tiempos.

2

Mi primera estadía en Plaza Huincul duró lo que el viento patagónico permite que dure cualquier elemento que no consigue afirmarse a su suelo.

Antes de cumplir mis dos primeras semanas se empezó a hablar de la suspensión de la zona Piedra Chenque en las cercanías de Plaza Huincul. Y antes de cumplir la tercera, Geosource decidió el traslado de sus equipos.

Se abrían dos posibilidades. La primera: Pasar a integrar, en calidad de colaborador, la otra mitad de nuestro equipo que trabajaba en Sierra Barrosa, en la zona de Cerros Colorados y muy cerca de su represa. Tenía base en Plotier, una localidad manzanera ubicada a solo diez kilómetros de la capital neuquina que, por entonces, había sido la de mayor crecimiento poblacional del país. La segunda: Encargarme de un nuevo grupo que se formaría para explorar Pampa Tril, una zona virgen y desértica ubicada bien al noroeste de la provincia, casi limitando con Mendoza.

No cabía ninguna duda sobre cual sería mi nuevo destino teniendo en cuenta la exigua experiencia con la que contaba, ya sea en ese tipo de trabajo como en la profesión en general. No cabía en mí la más mínima duda ni tampoco, creo yo, le cabía a la gente de Geosource. Pero Ángel Zingoni debió haber tomado de más en aquella cena y antes de acostarse me dijo:

- *Prepará un bolso que te venís conmigo al Paraíso.*

A las cinco de la mañana de uno de los últimos días de octubre partimos rumbo a Zapala por la ruta 22 y de allí al norte por la histórica 40 rumbo a Chos Malal y Pampa Tril.

Hacia el mediodía comenzábamos a reconocer la zona de trabajo con gente de las distintas empresas intervinientes. Marchando en caravana de cuatro camionetas bien equipadas con cajas y heladeras cargadas hasta el hartazgo con sandwiches, fiambres, condimentos, frutas, verduras, bebidas colas y bidones de agua, comencé a sospechar que la única muda de ropa que había traído en mi bolsito de ir a jugar a la pelota al campito del barrio, era poco vestuario como para sobrevivir a una expedición que, parecía, iba a durar un mes. Y más dudé aún cuando descubrí, en una de las súper “toyotas”, un bar con variada cantidad de buen alcohol que presagiaba grandes tormentas de nieve durante la travesía que, según mi modestísima opinión, veía poco probable en aquellos días primaverales.

Finalmente la tarea en conjunto insumió dos o tres horas. Prontamente Geosource encontró una cómoda planicie ubicada casi en la cabecera de la zona a explorar.



Allí establecería su gitanesco campamento de alrededor de veinte tráileres cómodamente funcionales a las necesidades de trabajo y vivienda temporaria de una tropa de treinta a cuarenta empleados: profesionales de la geología, geofísica, medicina, jefes, encargados, personal técnico, mecánicos, electricistas, cocineros, peones. Sima, con muchas menos pretensiones, consiguió ubicar a su personal a un costadito del campamento con acceso a algunas de las comodidades que ofrecía el vecino de mayor nivel económico. No estaba mal.

Por su parte Zingoni, capo mayor de campo de CPS, no se definió abiertamente delante de terceros y, casi al oído, me confesó que ya tenía reservado para nosotros el lugar ideal. Entonces, sin más alternativa que sentirme incluido en el grupo que aterrizaría en Pampa Tril, fui anoticiado sobre que nuestra base tendría el único inconveniente de estar a treinta kilómetros de distancia por ruta 40 ripiosa y descuidada pero que, por lo demás, se trataba de un paraje que él había conocido meses atrás, del que se había enamorado y sobre el cual aseguraba que en sus tierras “se te caía una gota de agua y crecía un bosque”. El Paraíso.

Ni hizo falta hacer, en ese momento, los treinta kilómetros para que yo conociera Buta Ranquil. Ángel ya había arreglado, en su visita anterior, condiciones de alquiler del edificio que serviría de base en el caso de concretarse la obra y también quién y cómo nos proveería las comidas de todos los días. Qué dudas podría tener yo?!!

Solucionada sin ningún esfuerzo, por lo menos de mi parte, la planificación de un movimiento de piezas inminente en el tablero del juego de la sísmica, recorrimos, ya por nuestra cuenta, la nueva zona y nos cercioramos de la existencia y buen estado de algunos Puntos Fijos que servirían de apoyo a la tarea topográfica. De paso cañazo, Ángel siguió afirmándose en la idea de estar transitando parajes del Paraíso terrenal y a cada vista, cañadón, piedra, zanja o yuyo que estuviera en el camino, dedicaba bíblicos y elogiosos comentarios encaminados a que me diera cuenta de lo afortunado que era por estar allí para verlo.

Tal lavaje de cerebro por parte de mi superior, que se extendió durante todo el viaje de vuelta a Plaza Huincul, hizo que mis inducidos y nada personales comentarios sobre la gira de reconocimiento fueran absolutamente positivos por lo que, como si fuera el mismo Zingoni el que hablaba, involuntariamente provoqué entre el personal una puja notoria por ocupar un lugar entre los disponibles para integrar el nuevo grupo.

Y solo dos semanas después abandonábamos la vieja casona de la ruta y partíamos.

Habíamos llegado por fin. Doce horas de un caluroso día de noviembre neuquino y cuatrocientos y más kilómetros, los últimos trescientos sobre ruta pedregosa y polvorienta, habían quedado atrás. La Cheyenne bastante desvencijada y cargada con estilo de carro sillero de los sesenta con equipos, cables, cintas, hierros, estacas, bolsas de cemento, equipajes y peones, nos depositaba finalmente en el paraíso prometido: Buta Ranquil.

Documentos?

Fue la tercera palabra después de “Buenas, muchachos!!” que nos dedicó en la bienvenida el guardián del pueblo.

Mientras un grupo seguía en las cercanías de Neuquén y otro más pequeño tapaba agujeros en la zona que se iba levantando en los alrededores de Cutral-có, se formó este otro para trabajar en el norte de la provincia. Plaza Huincul nos había tenido entretenidos en los últimos meses del año 1981 y nosotros a sus liebres y cuises por lo que nos habíamos retirado a mano. Era hora de abrir surcos y sacar de su virginidad a Pampa Tril y a eso nos disponíamos después de pegar la última curva de la 40 para ingresar por la calle principal del caserío.

- *Buenas tardes.* Respondí

Mientras tanto, trataba inútilmente de desprender la cédula de identidad del cobertor de plástico, fundido por el calor de mi bolsillo trasero, tras tantas horas de aplastamiento contra el asiento. Me acompañaba Almonacid, un chico chileno bastante indócil pero que había adquirido cierta experiencia en el manejo del nivel y por lo tanto podría asistirme en alguna tarea técnica llegado el caso. En la cabina apretujados también estaban Hernández y Quiroz y en la caja otros dos ayudantes, Garrido y Sandoval. Íbamos a necesitar alguno más y sería del lugar.

- *Somos de CPS. No se si recuerda el nombre? Proseguí con voz cascada por el cansancio y la tierra. Hace un tiempo atrás anduvo por acá gente de la empresa buscando lugar para establecer una base de trabajo. Se reservó el hotel. Todo el hotel para la empresa.*

Efectivamente, C.P.S. había decidido, tras los viajes previos de reconocimiento de Ángel, que aquel pueblo, un tanto lejano de Pampa Tril, bastante lejano, era el más conveniente para establecer nuestro campamento. Más tarde descubrimos que era el único.

Se estimaba una estadía de hasta cinco meses para completar el trabajo por lo que era necesario alquilar una casa que cumpliera con los requisitos de comodidad para albergar al grupo y con el espacio suficiente para las tareas que en ella habríamos de efectuar. Por eso el Hotel.

- *Claro que lo recuerdo. También se que llegaban hoy, el hotel ya está listo para ustedes.*

El agente de gendarmería estaba perfectamente informado de nuestros movimientos y nos lo hizo saber. Cumplía celosamente la función que tenía encomendada como así la cumplía la institución de la que formaba parte en una zona de frontera como la que estábamos pisando.

- *Documentos, por favor. Los muchachos de la caja también.*

Buta Ranquil tenía siete cuabras de largo por cuatro de ancho con chacritas alrededor. Los Mapuches descubrieron buenas pasturas en aquella zona y por ello la denominaron con aquellas dos palabras. A poco de estar llegamos a la conclusión de que, en realidad, el pueblo hubo de ser fundado por algún mercachifle de origen árabe, de los que pululaban por la zona, que lo denominó de esa forma porque ponerle Buta Barió hubiera sido fuerte.

Accedimos al pedido del gendarme y uno por uno fuimos aportando las tarjetas y carnets que nos identificaban. Con riguroso

celo y prolija atención, sin inquietarse en lo más mínimo por el tiempo que la tarea le quitaba, el personaje en cuestión recorrió el contenido de cada libreta. Para hacerlo enchastraba, con su corto dedo índice previamente ensalivado, los vértices superiores de las hojas que terminaban húmedos y marcados por la presión que ejercía para pasar a la página siguiente.

Tres o cuatro veces debió recurrir a la ayuda de alguno de nosotros cuando las mangas de la verde chaqueta se le deslizaban hasta la punta de sus dedos cubriéndole totalmente las manos y anulándole toda posibilidad de seguir revisando. Entonces, por un momento, le sosteníamos la parva de documentos. Tampoco esto le quitaba tranquilidad. Simplemente se tomaba todo el tiempo necesario para arremangar con la mano derecha su manga izquierda, arremangar luego con su mano izquierda la manga derecha, recibir nuevamente toda la documentación, salivar su dedo y proseguir la tarea.

También su pantalón verde dejaba ver allá abajo la presencia de una botamanga desprolijamente abultada por varios pliegues que intentaban disimular un sobrante de treinta centímetros de tela en cada pierna. Evidentemente el presupuesto de la institución no había podido cubrir las necesidades de cada uno de sus integrantes o, en este caso, las había cubierto de más.

A esta altura, creo sobra aclarar que el gendarme era un petacón de unos cincuenta años, uno cuarenta de altura, uno ochenta de cintura, cara redonda, pómulos desaparecidos bajo unos generosos cachetes muy colorados, ojos chiquitos también colorados como colorada su nariz. Por el sol y por algo de alcohol. Era claramente la versión patagónica del Sargento García.

- Bueno, muchachos. No se olviden de pasar por el puesto para registrarse. A más tardar mañana.

Fue el último consejo después de casi una hora de requisa sin que ningún otro vehículo se dignara a pasar durante ese lapso por aquel paraje perdido de la ruta 40.

Luego, finalmente, el Hotel. Eran las ocho de la tarde. En Buta Ranquil existen las ocho de la tarde. Aún restaba mucho para que comenzara a anochecer. Después de semejante día, de semejante viaje y de semejante control de entrada, un buen baño, una buena cena, una buena cama.

Por la arteria principal, hicimos los ochocientos metros desde la ruta como teníamos indicado. Nuestra residencia debería estar sobre esa misma calle central y en una esquina pasando apenas el polideportivo. No había nadie en la “avenida” pero sí dentro de las casas, detrás de las pequeñas ventanas con cortinas disimuladamente corridas. Hicimos unos doscientos metros más hasta que se terminó el pueblo porque no encontramos aquello que buscábamos. Volvimos sobre nuestros pasos y pasamos dos veces más por delante de él, hasta aceptar que eso que veíamos era el Hotel. El Buta Ranquil Palace Hotel.

Entró Almonacid y al rato volvió a la calle para decirnos que no había nadie y que él se iba a dormir con el Sargento García.

Una casa vieja, no tanto por los años sino por su falta de uso y el descuido en su mantenimiento, tres habitaciones tan poco acogedoras como desmanteladas, un solo baño con un caño en las alturas por ducha y un patio de suelo pedregoso elevado hacia el fondo que seguía ascendiendo una vez superado los límites del terreno para terminar en un pequeño cerro por detrás del cual escapaba la ruta 40 rumbo al norte. Eso era el hotel.

Un termo caldera ubicado en el patio, a alimentar con leña pero sin leña a cien metros a la redonda, nos indicaba claramente que no había agua caliente. Unas canillas, que chirriaron oxidadas al intentar abrirlas, nos indicaron, con más claridad aún, que no había agua. Ni caliente ni fría. Unos camastros con colchones flácidos, una mesa en una de las habitaciones y algunas sillas de bar, colmaban las comodidades de sus instalaciones.

Superado el deslumbramiento, cenamos en un pequeño bar almacén frente a la plaza y, ya de vuelta en el hotel, nos repartimos las

habitaciones y nos fuimos a dormir. El día que seguía iba a ser tanto o más cansador que el que habíamos pasado, porque lo íbamos a dedicar a agregarle una estrella a la categoría del Palace.

Y efectivamente, poner en condiciones aceptables nuestra morada nos ocupó todo el nuevo día y sólo nos dejó tiempo para que, de a dos en dos, fuéramos pasando por el puesto de Gendarmería a cumplir con nuestra obligación de registrarnos.

A mi turno fui recibido por el mismo gendarme del día anterior. Godoy, que así se llamaba, nos presentó a un segundo, al parecer escribiente, quien nos tomó declaración llenando un completo registro sobre nuestras identidades, orígenes, religiones, estudios, obsesiones, tendencias políticas, habilidades deportivas, costumbres ocultas y aficiones por clubes de fútbol. Qué hacíamos en la zona, cuánto tiempo permaneceríamos, con cuántos y qué tipo de vehículos contábamos y dónde ocultábamos las armas.

Ahí recordé haber leído, unos días antes en el periódico de Rio Negro, que se había dado a conocer la existencia de cinco casos de neumonía entre homosexuales en California, en lo que se constituía como el primer informe sobre VIH causante del Sida y entonces deduje que no era tan completo el formulario que acabábamos de llenar, sobre todo teniendo en cuenta que se trataba de registrar a un grupo de ocho masculinos. Hay que estar más atento Sargento García, me dije.

Terminado el requisito y ya como chanchos, nos quedamos un buen rato tomando mate, viendo los otros animales que tenían en un gallinero hacia el fondo del terreno y consultando el álbum familiar, es decir el libro de actas o exposiciones que generosamente nos invitaron a hojear. Dos denuncias solamente constaban en lo que iba del año: Un robo de animales y una disputa amorosa que terminó con un hombre lastimado. Nos despedimos y quedó flotando en el aire un “vuelvan a tomar mate cuando quieran”.

Al día siguiente salí del pueblo temprano con la Cheyenne aliviada. Me acompañaban el chileno, Garrido y Sandoval. Hernández

y Quiroz se quedaron en la casa numerando a fuego las estacas de madera y preparando los cables para la tarea de estaqueo de las primeras líneas. Quiroz, en su condición de nativo de aquel lugar, debería encargarse de encontrar un aserradero para fabricar más estacas. Las que habíamos traído se acabarían en un par de días ni bien arrancara la zona. Además tendría que contratar a dos chicos más, por lo menos, para las tareas de grabado y pintura en la base.

Nos pasamos el día entero localizando mojones del I.G.M. y reconociendo el terreno de trabajo ubicado a medio camino entre Buta Ranquil y Chos Malal. No debíamos perder tiempo ya que habíamos comprobado, al pasar, que el campamento de Geosource estaba empezando a armarse por lo que muy pronto llegarían los equipos. Más temprano que tarde se pondrían en contacto con nosotros para exigirnos las primeras picadas preparadas por donde entrar con sus monstruos vibradores.

Regresamos a nuestra base a eso de las seis de la tarde. Al entrar por la calle central y hacer los primeros cincuenta metros lo vimos salir disparado desde el puesto. Enseguida nos hizo señas para que nos detuviéramos. Si bien la velocidad era baja, la sorpresa me hizo pisar el freno a destiempo del embrague y el cambio, por lo que la Cheyenne dio algunos tumbos antes de detenerse por completo. Godoy, sin embargo, había llegado a tiempo a su lugar para adoptar inmediatamente la postura del policía de tránsito. Bien plantado, piernas levemente abiertas, mano izquierda en la cintura, brazo derecho extendido hacia arriba con la palma de la mano dirigida hacia adelante.

- *Buenas, muchachos. Documentos?*

-*Buenas, Godoy. Cómo anda?*

-*Bien, muy bien. Y ustedes?*

-*Cansados, con ganas de llegar.*

-Me imagino. Bueno, pásenme los documentos, así se van a bañar.

-Los documentos? Pero somos los mismos..., digo, no hay ninguno nuevo.

-Los documentos y la cédula de la camioneta.

-Si, claro.

No podíamos entender lo que estábamos viendo pero ahí estaba Godoy escupiendo su dedo nuevamente. Hay que reconocer que fue un poco más rápido que la primera vez pero después caímos en la cuenta de que, también, éramos menos.

La actividad en el campo fue la misma al día siguiente y al otro día y al otro día. Las muy buenas y extensas visuales a los Puntos I.G.M. existentes, favorecieron la creación de puntos de apoyo cercanos a la zona de trabajo por lo que teníamos medianamente controlado el avance de las tareas.

Y también siguió siendo idéntica la llegada al pueblo después de cada jornada. Cada vez que tomábamos la última curva y se hacía visible la entrada y el puesto de gendarmería, también veíamos al pequeño semáforo verde y colorado ya en pleno funcionamiento, piernas levemente abiertas, mano izquierda en la cintura, brazo derecho extendido hacia arriba con la palma de la mano dirigida hacia adelante. Entremezclado con comentarios y consejos, qué había pasado y qué no, “documentos”. Los de la camioneta también.

El primero de estos tres últimos días, verlo a Godoy, desde lejos, esperando nuestro arribo para cumplir, como un soldado, su rutina, despertó por supuesto nuestra hilaridad que pasó a ser jocosidad cuando, al otro día, comprobamos que repetía la operación. No puedo decir sin ponerse colorado porque era colorado. Pero cuando, en el tercer atardecer, al tomar la curva de la 40 confirmamos lo que veníamos previendo desde unos cuantos kilómetros antes y volvimos a

ver al pequeñito Godoy esperando cazar a la que parecía ser su única presa diaria, se bamboleó la Cheyenne peligrosamente a raíz de la colectiva y estruendosa carcajada que explotó dentro de su cabina y que no pudo disimularse al momento de detenernos para la operación de control.

Estuvimos al borde del desacato cuando no atiné a pisar el freno y solo pude hacerlo habiendo sobrepasado diez metros la posición del gendarme. La tentación de risa había dejado lugar a una risotada generalizada y grosera por la que también nos pudieron haber procesado por burla y falta de respeto a la autoridad. Pero eso no fue lo peor. Lo increíble fue la actitud de Godoy:

- Rían muchachos, ríen ustedes que son jóvenes. Si no ríen ahora..., cuándo van a reír?

-Dis... ja ,ja ,ja, disculpe Godoy... ja, ja, ja, es que no... ja, ja, ja, es que nos pasó algo gracioso... ja, ja, ja....

-Me imagino, claro. Es bueno reír.

-Si, si, es bueno, ja, ja, pero ya pasó, ya pasó.

-Documentos por favor...

-Ja, ja, ja, jua, jua, ja, ja... uy, uy, uy, ja, ja, jua, jua, jua, ja, ja, ja, ay, ay, ja, ja, ja...

Ni el día siguiente, ni dos días después, ni cinco, ni un mes más tarde, nunca más, el vigilante pidió que nos identificáramos. Es más, no se si alguna vez, volví a ver a Godoy.

El campamento de Geosource estaba armado y habíamos visto a las máquinas de Sima merodeando la zona por el costado del Chihuido de Tril con el alemán al frente. El baile estaba por comenzar y nosotros solíamos ser los más bailadores por no decir los más bailados.

Entonces no nos sorprendió, una de aquella tardes de regreso al hotel, encontrar la cuatro por cuatro de Geosource estacionada en la puerta. Allí estaban Pablo Verazzi , supervisor de nuestras tareas por parte de la empresa de exploración y el alemán Hásper, jefe encargado de máquinas y maquinistas abridores de picadas. Éstas operaban siempre que nosotros les marcáramos las líneas y la exploración comenzaba una vez que le entregáramos a Geosource la información del relevamiento efectuado sobre la picada ya abierta.

Pablo, nuestra piedra en el zapato, había llegado para traernos los planos y nos comunicaba, sin pedirnos opinión, que para el viernes diecisiete necesitaban las dos primeras líneas listas porque el domingo diecinueve, a las cero horas, los vibros ya estarían en la grilla de partida y con los motores calientes. Y no cabía, como siempre, ninguna posibilidad de que la topografía no estuviera lista. Y el alemán dejaba avisado que quería empezar a abrir las picadas el sábado cuatro, ni bien pasado el mediodía, que ya tenía la topadora y la motoniveladora esperando. Estábamos en viernes, todo demasiado apretado para nuestras posibilidades. No podíamos descuidarnos. Trazamos el plan:

Sábado: Llevaríamos coordenadas y cotas a los puntos de arranque. Teníamos ya puntos bajados por lo que alguna que otra poligonal de acercamiento nos sacarían del primer problema. Por la tarde en la base haríamos los cálculos para tenerlos al día siguiente. Deberíamos tener bien cargadas las T.I.59.



Con el alemán

Hásper

Almonacid, mientras bostezaba exageradamente, nos recordó que Hásper amenazó con denunciarnos si las topadoras no arrancaban el sábado. Mi explosión debe haber sido inesperada y muy brusca ya que su último bostezo quedó peligrosamente bloqueado y el chileno en silencio, con la boca abierta, como ahogado.

- *No. Que arranquen el domingo, que se dejen de joder. El alemán no cambia más. Ya me tiene las bolas por el suelo.*

Almonacid simplemente atinó a poner las manos en posición de atajar un penal como diciendo: Yo sólo avisaba.

Domingo: Materializaríamos mediante caños de luz la dirección de las líneas solicitadas. En la primera línea lo largaría a Sandoval, teniendo en cuenta su manifiesta “pachorra”. En la segunda a Garrido quién arrancaría a lo sumo una o dos horas más tarde. Al final del día

los recogería en un punto del cual estarían los dos bastante cerca. Llevarían paquetes de quince caños cada uno.

Lunes: Terminaríamos el marcado de las dos primeras líneas. Haríamos trabajos complementarios

Martes: Todos a trabajar en la base preparando los paquetes de estacas a llevar el día siguiente.

Miércoles: Almonacid recorrería la primera picada tirando los paquetes de estacas. Al mismo tiempo Quiroz y Hernández a estaquear. Más tarde, volvería al arranque para nivelar.

El chileno preguntó:

- *Lo llevo a Condorito conmigo?*

- *Quién es Condorito?*

- *Condorito? Condorito, el pibe nuevo. Quiroz le puso Condorito el de la historieta, es parecido, no viste?*

- *Si, llevalo.*



Garrido, Sandoval, Quiroz, Condorito y
Hernández en la caja.

El miércoles, como habíamos previsto, cada cual con su misión. Con Garrido y Sandoval, partimos con la idea de marcar la tercera de las líneas y bajar nuevos puntos. Esto nos iba a dar una buena ventaja sobre las máquinas de Sima y si el viento nos ayudaba y en los días que seguían lográbamos un buen promedio de estaqueo y nivelación, también estaríamos perdiendo de vista a los perros de caza de Geosource que venían por nosotros.

Colocamos los dos primeros caños a una distancia de casi cuatro kilómetros el primero del segundo y allí lo fuimos a dejar a Sandoval para que prosiguiera su viaje alejándose en línea con las dos señales. Eran las once de la mañana por lo que estimamos que hacia el final del día, entre las seis y las siete de la tarde, estaríamos recuperándolo en algún punto a entre veinticinco y treinta kilómetros de donde lo estábamos abandonando.

Entretanto, con Garrido, fuimos prolongando la poligonal que acercaba cotas y coordenadas a las cabeceras de las próximas picadas a abrir. Además, bajamos información en otros sectores de la zona de trabajo que habíamos señalado como convenientes en la primera excursión al lugar.

En esos menesteres nos entretuvimos y en algunos otros como preparar un pequeño fuego, improvisar con alambres una parrilla portátil, asar un corte de carne de lo que habíamos hallado la noche anterior en el almacén del pueblo y hasta una pequeña siesta a la sombra fantástica de la jarilla durante la hora de la reverberación. De tal manera que, en un momento dado de la tarde, ya eran las seis y cuarto.

El sol todavía estaba muy alto por lo que convenimos con mi compañero que aún daba el tiempo para crear un punto más y a eso nos predispusimos. Bajamos de la camioneta y mientras Garrido cargaba con teodolito, trípode, estación y maza, yo me iba moviendo en zig-zag con el resto del equipo, termo, mate y bombilla. De esa forma trataba de no perder la visual simultánea a tres puntos conocidos y buscaba, al mismo tiempo, encontrar el lugar donde emplazar el que fuera favorable a la picada que por ahí cerca pasaría en un futuro no lejano. Menuda concentración nos terminó alejando de la Cheyenne cerca de cien metros.

Calé el aparato como Dios manda y enseñaba mi querido profesor de la facultad Mingo, y con paciencia reconocí a la distancia los puntos fijos I.G.M. que me brindarían su apoyo. Uno, por supuesto, el cercano y amigo Chihuido de Tril. La cantidad de años que han pasado desde entonces y los años que delatan mis documentos, me eximen de andar castigando a mi memoria sólo para informarles a ustedes lectores, cuales eran los otros puntos que tenía en vista bisectar.

Es casi una ley de la topografía que, a esa hora de la tarde, el sol caiga justo por detrás del punto elegido. Así que tomar el primero de ellos me llevó el tiempo necesario como para estar seguro que lo estaba

haciendo bien. Además debía considerarse que estaba manejando con una mano ya que la otra, operando de visera, me cubría de los mil destellos de la luz solar.

Sin embargo no fue el encandilamiento lo que habría de preocuparme. Otra leve sensación de incomodidad había comenzado a trabajar sobre mi cuerpo y se traducía en una necesidad creciente de estiramiento como para que me permitiera seguir tomando las lecturas normalmente. Es que estaba el anteojo del aparato cada vez más alto?

Fue en ese momento, precisamente en ese momento, cuando Garrido contestó a mi pregunta al exclamar un tanto desesperado:

- *Don Carlos, don Carlos, nos estamos hundiendo!*

Efectivamente, no era que el anteojo estaba cada vez más alto. Era que yo estaba cada vez más bajo y ya tenía los dos pies sumergidos en la arena del piso y las piernas perdidas hasta los tobillos. Me vi de inmediato protagonizando involuntariamente una película de Tarzán donde caía en la trampa de las arenas movedizas pero sin la experiencia ni la destreza del rey de la selva ni una puta liana con las que aquel solía zafar de esos trances.

Volteé mi mirada hacia quien me informaba de la situación y me encontré con un Garrido que, con ojos desorbitados y expresión desesperada, esperaba una decisión urgente de mi parte. Opté por no contagiarme de su, sin lugar a dudas, exagerada inquietud y con toda la paciencia y tranquilidad que el caso requería exclamé a viva voz:

- *Rajeeeeemooooos!!!*

Como pude desenterré un pie tratando de no trasladar todo mi peso sobre el que me servía de apoyo y para eso me aferré de dos de las patas del trípode. De esa forma di mi primer paso y ya levantando el aparato y con cuidado, cual si caminara sobre brazas, di el segundo mientras de soslayo veía a Garrido que con bastones parecía estar avanzando sobre pista de patinaje con esquíes. Salimos. Con

desconfianza hacia el suelo sobre el que íbamos pisando llegamos hasta la camioneta. *Nooooo!!!!!!* Ella también descansaba con sus cuatro patas sumergidas y con la arena cubriéndole ya los propios tobillos de sus ruedas. Todo se había podrido.

Uno y sólo uno fue el intento de salir de allí con la Cheyenne como si nada hubiera pasado. El solo roce del pie con el acelerador bastó para que las dos ruedas traseras se enterraran hasta el eje.

Conocedores del terreno como ya lo éramos, sabíamos de la inexistencia, en por lo menos a diez kilómetros a la redonda, de piedras, troncos, o cualquier cuerpo macizo con cierto porte y peso que transformara transitoriamente un fangal en piso firme por donde intentar una fuga. Entonces, desalentados hasta la médula, no quedó más que una solución que Garrido aceptó con resignación mapuche.

El campamento de Geosource estaría, a lo sumo y siendo generoso en los cálculos, a unos veinte kilómetros. A dos o tres mil metros al norte pasaba la picada ya abierta en los días anteriores, por lo que de alcanzarla y avanzar por ella, haría que el trayecto fuera menos pesado y más directo. De ser así, un Garrido flaco y ágil, de piernas largas y tranco optimista, podría estar llegando de vuelta y con la ayuda necesaria en un lapso de tres a cuatro horas. Y con aquella misión se fue mi ayudante.

A las cuatro horas y ya entrada la noche, cerrada como pocas veces vi por aquellos lares y por aquellos meses, estaba con mi pequeño fueguito encendido dentro del hoyo que había fabricado, harto de tomar mate y esperar. Escudriñaba a lo lejos con mi vista ya cansada un destello, un resplandor, un soplo de luz que me hablara de un móvil que se estuviera acercando. Agudizaba a la vez mi audición pero sin necesidad ya que el silencio imperante en medio de aquel desierto permitiría escuchar el ronroneo de un motor a diez kilómetros de distancia tranquilamente. Nada. Nada de nada.

Hasta que, de pronto, lo escuché. No era un motor. Fue un apagado rumor de ramas quebradas, desubicado en el pequeño mar de

sonidos y silencios al que ya me había acostumbrado. Al segundo ya no pude escucharlo. No me gustó. Instintivamente arrimé arena con los pies para ahogar las brasas que delataban mi ubicación. Dejé de respirar para que nada confundiera a mis oídos. Allí estaba nuevamente el desagradable ruido y más cerca. Algo que se arrastraba sigilosamente por el arenal estaba a punto de dar conmigo. Pensé en una serpiente, en una iguana. Extendí mi brazo derecho para hacerme del machete que debía estar entre los bultos, pero que no estaba, porque desde hacía un momento lo tenía sostenido con mi mano izquierda. El barullo que provocaba al rozar las jarillas el avance del animal, de la bestia, del monstruo, ya era perfectamente perceptible. Entonces, su tamaño era importante. De nuevo silencio. Me incorporé y dispuse mi cuerpo a la defensiva. No veía nada. No lograba ver nada y finalmente escuché:

- *Buenas!!!*

Sandoval me saludaba inquisitivamente en su afán por saber por qué ese día había terminado en ese lugar, tan lejos de los planes que se habían programado. La Cheyenne se encargó de contestarle. Entonces se desplomó a su lado con las piernas apoyadas en alto sobre la carrocería para darles el descanso merecido. Penosa había sido la travesía en la búsqueda de aquellos que tendrían que haberlo buscado a él. Por fortuna, la pequeña fogata había obrado de faro para llevarlo hasta nuestra posición.

- *Tomamos unos mates Don Carlos?*

Reavivamos el fuego y esperamos pero el cansancio nos ganó. En menos de cinco minutos seguíamos esperando pero ya dormidos.

Estábamos transitando la primera hora del día siguiente cuando, entre sueños, divisamos una luz a lo lejos que, en menos de treinta minutos, se transformó en una camioneta de la gente de exploración. Al rato, afirmada en tierra firme con su doble tracción, consiguió rebobinar el cable de acero alrededor de su malacate con nuestro pobre móvil enganchado en el otro extremo del cable.

No fue por nuestro percance de aquella noche, aunque sirvió de primer aviso, sino por la descomunal encajada de la topadora de Sima dos semanas después, que la línea que por allí pasaba se suspendió. En ese caso fue un camión Vibro, con sus llamativas ruedas patonas de setenta centímetros de ancho, el que se necesitó para extraer de las entrañas de la tierra a la máquina abridora de picadas, no sin antes tener que hacer lo propio con dos camionetas que habían llegado antes para intentar el auxilio.

En los partes constó que la suspensión del trabajo en ese tramo se debía a la presencia de un Mallín. Así denominaban los Mapuches a los humedales que, disimulados en extensas zonas arenosas de tiernas e inocentes pasturas, cubren la presencia de agua superficial. Favorable para la actividad agropecuaria. No para la petrolera. No para incautos visitantes.

5

Veinte de noviembre, Pampa Tril, Picada 26258/17, estaca 1845, una y media del mediodía. Buena hora y mejor lugar para el almuerzo. Y ese día en especial, buena comida. Garrido fue el elegido, de tal manera que a las once, cuando estuve por incorporar a la planilla de nivelación la estaca 1800, se separó de nosotros para llegar hasta el lugar previsto con antelación donde lo esperaban todos los elementos necesarios para la preparación de un buen almuerzo.

A su momento fueron cayendo todos los invitados: Quiroz y Condorito que estaban conmigo nivelando las cuarenta y cinco estacas restantes, Sandoval y Hernández que estaqueaban la picada paralela y la gente de Sima que abría una picada transversal y que guardaba en los baúles de la motoniveladora un tierno y espectacular chivito carneado la noche anterior.

El día era templado, sin viento y con un cielo azul intenso. En el fondo imponía su presencia el volcán Tromen vestido de blanco para la ocasión porque por la noche había nevado en la alta montaña, según la comparación que pudimos hacer con el paisaje del día anterior. Lo secundaban, en aquella imagen paradisíaca, la cadena ubicada ya en la provincia de Mendoza también nevada y ya más cerca una serie de sierras de colores diversos y profundos que llegaban finalmente hasta el bajo de arena y piedras en que se ubicaba nuestro comedor.

Una larga hora de casi ciento veinte minutos nos llevó completar la ceremonia de aquel almuerzo tan especial. Distendido momento con jugosos detalles sobre el trabajo, sus accidentes, los personajes del pueblo, sus salidas y costumbres, las infidelidades conocidas o inventadas, comentarios todos que, no por repetidos y archiconocidos, dejaban de provocar grandes risotadas y exclamaciones que alegraron el descanso y favorecieron la digestión del cuadrúpedo.



Con los maquinistas

Gregorio y Rolo.

En aquella picada habíamos superado una importante barda de unos cien metros de caída. Hacia adelante nos esperaba un buen llano de arena y jarillas al que nuestro ánimo de emprenderlo se empezó a resistir ni bien nos fuimos dando cuenta que, con la última costillita rastrillada por nuestros dientes, terminaba el tiempo de almuerzo y descanso.

Sin embargo, hicimos de tripas corazón y reiniciamos las tareas para completar la jornada. Pero, es claro, el día terminó con una buena producción de trabajo por la mañana y por la tarde otra no tan buena, que estuvo acorde con el acontecimiento gastronómico del mediodía.

En los días que siguieron, estuvimos trabajando en la misma zona. Para acercarnos a ella elegíamos, una vez abandonado el ripio de la ruta 40, distintos caminos o huellas según nos conviniera para llegar al punto elegido. Cada elección más inquietante que la otra, pero también podía ser más hermosa, ya que predominaban los tramos con cornisas y vistas fabulosas o pronunciadas curvas y pendientes que requerían respeto y que muchas veces perdíamos, ya fuera por el sueño de la idas o el cansancio de las vueltas.

Allí han quedado señalizados, no por Vialidad Provincial pero sí por nuestras memorias, algunas partes de los caminos de acuerdo con los percances más o menos peligrosos sufridos por los que oportunamente estaban al volante de los vehículos. A saber: Curva Da Re, Mirador Ribas, Cuneta Jasinski.

Para las vueltas al pueblo solíamos elegir un ripiado que, por largos trechos, acompañaba al río Colorado. Lo preferíamos por la belleza y virginidad del lugar y porque por entonces los calores comenzaban a ser importantes y nuestros cuerpos traían de vuelta todo el sol del día en la piel. Y no había mejor manera para sacarse la tierra de encima, el cansancio y el calor concentrado en nuestros cuerpos que dándose brutales chapuzones en calzoncillo en el agua helada de aquel torrencioso río.



No puedo evitar hacer todos estos comentarios sin encender alguna velita y prometer, para antes de dormirme, unas cuantas oraciones ante esta estampita de Sant'Angelo Zingoni que me mira desde mi mesa de luz. Lo hago en claro arrepentimiento por descreer aquellas promesas del Paraíso anticipado.

El domingo veintidos terminamos las tareas de campo más temprano. No era regla establecida pero, en esos días de regocijo general para todo el mundo, empezamos a hacerlo. Y llegar al pueblo alrededor de las cinco de la tarde lo hacía un día diferente a los demás. Hasta la gente de Buta Ranquil empezó a distinguirlos como que domingo era el día en que nosotros llegábamos a la cinco y entonces, asomados a sus puertas o detrás de las cortinas de sus pequeñas ventanas, celebraban el acontecimiento al vernos llegar. Y de todas las cruces que iban rasgando en las paredes de sus casas para dejar constancia del amanecer de un nuevo día, destacaron con pintura roja aquella que correspondía al que nosotros llegábamos temprano. Original.

A las cuatro de la tarde creamos, mediante un estacón perfectamente clavado, un punto fijo del cual proseguir al día siguiente la nivelación, levantamos al grupo de estaqueros y emprendimos el regreso por la misma picada en la que habían estado trabajando. Por ella iríamos hasta el cruce con la huella que nos sacaría de la zona.

No habíamos andado aún cinco minutos cuando Garrido, que viajaba muy atento al paisaje en la caja de la Cheyenne junto a Condorito, dio varios golpecitos suaves con la palma de su mano en el techo. Esto me alertó de la presencia de algún bicho cercano que habrían avistado, que pretendían cazar y que deseaban cenarlo más tarde. Era costumbre en el regreso de todos los días. Si el motivo hubiera sido otro, como un desperfecto del vehículo o algún precipicio cercano, los golpes en el techo hubieran sido aterradores.

Las palmadas de Garrido con tono mapuche, despabilaron a Sandoval que se estaba dormitando y a Hernández que ya se había dormido. Convivir con ellos un buen tiempo despertó en mí una teoría sobre esta magnífica cultura originaria: Una cosa es un mapuche en la caja de una camioneta y otra lo es en la cabina cuando la chata está en movimiento. No obstante, y como que tenían el oído entrenado, reaccionaron instantáneamente al llamado de su compañero. Quiroz que era el tercero de mis acompañantes en la cabina ni se enteró. O era de ascendencia española o un mapuche sordo.

De inmediato Sandoval me tradujo al castellano aquel mensaje en clave con una voz que noté entre nerviosa y emocionada:

- Don Carlos, un avestruz!!!

Efectivamente, parado unos doscientos metros adelante y en el medio de nuestra picada había un ñandú. Ellos lo llamaban avestruz y yo creo que lo era porque, si bien en un primer momento no me había percatado de su presencia, cuando me lo hicieron ver, lo vi gigante.

- Don Carlos, un avestruz!!! Repitió Sandoval como hipnotizado. Tranquilo... despacio...

Estuve a punto de decirle que lamentaba no tener la cámara fotográfica encima cuando me di cuenta que no era la intención de aquellos muchachos obtener una buena imagen de aquel ejemplar

- Tranquilo Don Carlos, tranquilo.

Sandoval, sin separar la vista del objetivo, me había empezado a dar instrucciones que en realidad se las estaba dando a él mismo. Seguramente estaba pensando: Tranquilo Sandoval, tranquilo.

Pensé también por un instante que querrían asustarlo o espantarlo pero fue Hernández quien inmediatamente espantó el estúpido pensamiento que había tenido yo.

Como si me contara un secreto, me susurró:

- Es una oportunidad, pocas veces se da esto, es una carne deliciosa, es comida para muchos días, no lo podemos perder...

De pronto, Sandoval pegó el grito mientras los dos de la caja empezaron a golpear frenéticamente la chapa de la carrocería.

- Métale Don Carlos, ahora sí, encárelo!!!

No fue un pedido, fue una orden. La idea era cazarlo, estaba clarísimo.

Ante aquellas súplicas, a las que también se había sumado Quiroz y que ya se habían transformado en alaridos, aplasté el acelerador contra el piso y con el sentimiento dolido y la voluntad pateándome en contra, lo encaré nomás.

El pobre animal se avivó muy tarde y en vez de escapar hacia el campo, que es lo que le hubiera convenido y lo que yo rogaba que sucediera, comenzó a disparar delante de la chata por la picada y sin salirse de ella.

- Ijuuuuuu, ijuuuuuu!!!! Ya lo tenemos... Vamos Don Carlos... Ijuuuuuu!!!! Bravo Don Carlos... Así Don Carlos!!!!

Fueron los gritos de guerra de aquellos monstruosos guerreros del desierto neuquino y de cuya influencia yo no pude escapar en aquel momento. Cada alabanza y cada incitación al ataque de la tropa, de mi tropa, me fueron sumando energías hasta convertirme en el último y más valiente de los caciques araucanos.

- Iujuuuuu, iujuuuuu!!!! Ya está... ya está... Sí, Don Carlos, siiiiiiiiii!!!!!!!

Fueron trescientos, cuatrocientos o quinientos metros de loca carrera, con la camioneta a lo que podía y un bicho que, a sólo diez metros de distancia, avanzaba a sesenta kilómetros por hora disparándonos, con sus patas, arena, ramas y piedras que pisaba al afirmarse en el terreno.

Finalmente todo acabó. En su desesperación, el ñandú frenó bruscamente, abrió sus alas con un movimiento burdo y exagerado, contorneó su cuerpo y quedó con su cabeza dirigida hacia un costado de la picada como si supiera que estaba mirando el campo por última vez. Esa fue la imagen que quedó grabada en mi memoria por mucho tiempo, para la que no necesité cámara fotográfica, y que fue tomada un segundo antes de que el desgraciado animal fuera alcanzado por la rueda izquierda de la camioneta.

De más está decir que me había anotado un punto de oro en la consideración de aquellos muchachos. De más está decir también que no pude probar qué tan deliciosa era la carne de aquel animal.

Por la noche, en el pueblo, Don Julio, que se encargaba de nuestras cenas y que se encargó también de desplumar al ñandú, me comentó sobre los dos últimos graves accidentes sufridos por camionetas lanzadas a cazar avestruces en la zona.

Entre la última carta que le envié a mi esposa y la última que ella me escribió, planificamos una comunicación telefónica. Había que resolver varios puntos sobre temas que fuimos acumulando en las últimas semanas y acordar decisiones, por lo que resolvimos hacerlo en tiempo real y en una conversación Entel mediante. Además necesitaba un mimo de su voz y poder decirle cuanto la extrañaba y que Laura, mi pequeña Laura, también pudiera escucharlo.

Lo pactamos para el domingo quince entre las nueve y diez de la noche. Esto implicaba una serie de previsiones y movimientos porque, por un lado, no teníamos teléfono en el departamento de la calle Bauness donde vivíamos en Buenos Aires. Y por otro lado, no había

teléfono privado en el Palace Hotel ni público en ningún rincón de Buta Ranquil.

Lucía debería estar entonces, ese domingo en ese horario, en la casa de su padre. No iba a haber demasiados problemas porque mi familia política solía reunirse los domingos en casa de mi suegro y más en aquel momento en que hacía menos de un año que había enviudado.

Y yo debería tener la precaución de estar por entonces en el Automóvil Club de Chos Malal. Por ello mis previsiones iban a ser: Poder salir desde Buta Ranquil no después de las seis, seis y media, ya que si bien había noventa kilómetros, eran en su totalidad de ripio y la segunda mitad del tramo y el más complicado se hacía hacia el oeste con el sol en contra y en la hora de más declinación. Dos horas a dos horas y media de viaje. Para poder salir debería tener a disposición el único móvil con el que por entonces contábamos y para disponer de él, era menester rezar para que volviera del campo a tiempo y que estuviera en condiciones. En los últimos días la chata había manifestado varias veces sus deseos de parar en un taller mecánico.

Las cosas salieron más o menos de acuerdo con lo planificado. Lo que no pude prever porque no lo sabía, es que el único teléfono público de Chos Malal fuera un desastre. Ubicado en un pasillo, entre la cafetería y los surtidores, la voz que uno podía intuir del otro lado de la línea se mezclaba con el pedido de un café, los olores de los combustibles, la formación de no se qué equipo que daban por televisión y el ronronear de un motor cercano.

La comunicación imponía, para lograrse, la colocación anticipada de diez fichas de cuatro mil pesos cada una y luego, una vez lograda, lo que en nuestro caso costó quince minutos, la alimentación del tiempo con dos nuevas fichas antes de que venciera cada minuto, caso contrario se debería comenzar nuevamente.

No hubo posibilidad humana alguna de resolver cuestiones ni de tomar decisiones ni esperar que me mimaran ni devolver palabras

dulces ni nada de nada de nada si, ni bien puse las dos primeras fichas, tras los saludos, mi esposa me preguntaba:

- *Le digo que sí al tapicero?* mientras el aparato me devolvía una de las fichas.
- *Sí, le contesté y metí la ficha de nuevo. Y arreglá con Fernández,* agregué al tiempo que cayeron al receptáculo dos fichas.
- *Qué Fernández?, González?* me replicó ella. Traté de rescatar las fichas. *Mi hermana se quebró la muñeca,* agregó. Una de las fichas se me cayó.
- *La puta, mala leche!,* exclamé.
- *Qué decís???* llegué a escuchar. Y se cortó.

Dos tipos hacían cola para hablar. Volví a gastar cuatro mil pesos más las dos primeras fichas para aclarar lo de la hermana, para no saber si sí o si no nos otorgaron el préstamo y para no saber si mi nena me estaba escuchando. Y cuando le iba a decir que la extrañaba, goooooooooo!!!!!! vociferó el televisor y la comunicación se cortó.

7

Las diez de la mañana del sábado dos de enero de 1982. Estaba viajando de Buenos Aires a Neuquén y, con mi cabeza apoyada en el asiento reclinado, repasaba las imágenes de los pocos días de licencia en Buenos Aires. Qué rápido había pasado todo. En un soplo cabían Noche Buena, mi hija, los encuentros, Lucía, la Navidad, los saludos, mi vieja, amigos, risas, Año Nuevo, olores, mi hija, Lucía, Lucía y mi hija.

Afortunadamente, cada dos recuerdos, me volvía uno que me llevé como regalo de Navidad: Recostado en mi cama a modo de corta siesta después del almuerzo, escuché el golpeteo de los pasos cortitos y apurados de quien se acercaba por el pasillo. De pronto dejó de hacerlo.

Mantuve los ojos cerrados un instante y los abrí lentamente. Y allí estaba lo que sabía encontraría. Una personita, inclinada levemente sobre el umbral de la puerta del dormitorio y asomada lo suficiente como para verme sin molestar, se sonrió angelicalmente al comprobar que la había descubierto. Y así como había llegado se volvió corriendo con sus pasitos, inseguros y graciosos, a contarle a su madre: pa-pá tá, sí tá!

Otro pensamiento, también de sabor dulce, pugnaba por ocupar un lugar de importancia en mi mente y pedía su atención. No obstante haber logrado inquietar mi ánimo, pude mantenerlo al margen hasta mejor momento. Dos razones me llevaban a hacerlo: Temía traicionar el amor de Laura y había sido hasta allí sólo una sospecha tempranera.

El viernes ocho salimos todos con las dos camionetas a trabajar en el campo. Fue una jornada sin sobresaltos pero con una sorpresa sobre el final del día cuando llegamos al hotel. Atascando un tanto la puerta de entrada y tapada por el polvo que todo el día pujó por entrar a la casa por debajo de ella, encontramos una tarjeta con una invitación singular. Decía la esquila “Los partisipamo que feneció el Marito y lo velamo a la noche. Los esperamo”

Apenas conocía al Marito y mucho menos a su familia. Es más, no sabía si la tenía. Fue un chico solitario que eventualmente veía vagando por las calles del pueblo. Siempre solo y casi siempre dejando marcas en el piso polvoriento con alguna rama o algún palo que arrastraba mientras avanzaba con su mirada fijada al frente. Decían que estaba enfermo pero sólo lo decían como quien comenta que hace calor.

No se por qué, pero me sentí obligado a concurrir a su velatorio. Presentí que pudo haber sido un despecho imperdonable no hacerlo, aunque ni siquiera sabía quién podía haberse sentido despechado. Así que, después de bañarme, previo a la cena y acompañado por Almonacid y Quiroz, me impuse la visita en atención al aviso necrológico recibido y para cumplirla sólo nos restaba caminar por la calle principal hasta dar con el lugar de la ceremonia.

Y no fue difícil dar con la casa mortuoria. Más luces, más gente y más barullo que lo habitual y el oloroso humo a chivito asándose invadiendo todos los poros de nuestros cuerpos indefensos, nos indicó claramente que habíamos llegado. Y las manos tendidas y las expresiones de los rostros y las deferencias para con nosotros, nos hicieron invitados especiales.

Franqueada la entrada, pasamos al gran patio de tierra donde ya tertulaban los vecinos a la luz de unas cuantas lámparas de colores dispuestas desprolijamente en cables que colgaban entre los árboles. Y cuando nos disponíamos a ocupar un lugar alrededor de las ardientes brasas que crepitaban deliciosamente ante cada gota de grasa desprendida por el ejemplar sacrificado para la ocasión, se acercó una señora, más arrugada que vieja, y con mucho tino y respeto nos indujo más que nos preguntó:

- No quieren pasar a saludar al Marito?

Un tanto descolocados por la inesperada aunque oportuna invitación, ingresamos a la habitación de adobe, paja y piso de tierra ubicada hacia un costado del patio e improvisada a capilla ardiente. El infortunado Marito yacía sobre una mesa, apenas cubierto por una sábana, a la espera que se concluyera el féretro que se estaba construyendo en una habitación lindera.

Apenas de haberlo dicho, la anfitriona se encargó religiosamente de corregir mi expresión condoliente para explicarme que el Marito no era ningún infortunado sino que, por el contrario, se celebraba allí toda la fortuna del pasaje a una vida superior.

Un tanto aturcidos por aquella resignación inteligente y sensata, nos adherimos a la celebración y participamos del acontecimiento a voces alzadas, vino y dedos engrasados como otros más de aquel pueblo de costumbres y creencias autóctonas.

A la mañana siguiente, destinamos una de nuestras camionetas para el traslado del cuerpo hasta el pequeño campo santo ubicado a los

pies del Tromen. Un pequeño cortejo a pie acompañó al finado hasta su morada definitiva. Dos viejos, que de otra forma no hubieran podido hacerlo, se subieron a la caja del carro fúnebre y no encontrando mejor posibilidad de viajar seguros, se sentaron sobre el flamante cajón de rústica madera que cobijaba al Marito. Nadie pareció reparar en ello. Sólo nosotros.

8

- *Juedepá, Juedepá!!!* gritaba a viva voz Hernández, pensando quizás que ese era el apellido de quien dormía profundamente en su cama sin tener noción del inminente peligro que corría su vida.

El doctor Barbieri, de la ciudad de Neuquén, cumplía funciones de Juez de Paz con jurisdicción en Buta Ranquil y temporariamente llegaba al norte neuquino para encargarse de los temas que lo ocupaban por entonces. Y por unos días, ocupó la Habitación N° 2 de la Planta Baja del Buta Ranquil Palace Hotel.

No había otro hospedaje en la zona ni otra planta en este hospedaje. Pero sí, dos habitaciones más con las que debimos

arreglarnos mientras duró la permanencia del Juez en aquella localidad. Deseosos de colaborar con la justicia, no pusimos ningún reparo en compartir aquella pocilga con el doctor sino que, muy por el contrario, lamentamos su partida al momento de cumplir con las tareas que lo habían convocado.

Durante el período que nos tocó compartir el hospedaje del establecimiento, en los regresos vespertinos del campo, solíamos encontrar a nuestro vecino leyendo el diario o practicando un solitario sobre un pequeño tablero de madera o bien dormitando. Siempre en esas circunstancias o parecidas. Nunca trabajando.

Cualquiera fuera la actividad, era desarrollada siempre a la sombra del cuerpo del edificio y a la vera del camino. De hecho, en nada se parecía a un juez aquella persona sentada en una ajada silla de madera, en ojotas y apretado short de tenis, cubierta su cabeza con una gorra de tela de onduladas terminaciones tipo Guílligan, el de la isla, y una botella de cerveza Río Segundo de recalentado contenido apoyada en el polvoriento piso.

Toleraba pacientemente nuestro desensillar, el paso por el baño, el consiguiente por la ducha, y soportaba estoicamente nuestras discusiones y ajustes de último momento. A una hora prudente, ya convenientemente vestido con camisa color celeste pálido, pantalón clásico azul marino y alpargatas camperas, comenzaba a exigirnos alguna premura para ser acompañado al comedor de la plaza. Allí don Julio ya nos tendría servida la mesa con la comida que su esposa habría preparado.

Era el momento más placentero, según sus propios y reiterados dichos: el de la cena. Nosotros sabíamos que no. La siesta del juez superaba ampliamente en importancia a cualquier otro momento de su nada ajetreado día.

Y precisamente, en una de aquellas ceremoniosas circunstancias, lo encontramos una tarde en que, logrando escapar a tiempo y a gatas

de una furiosa tormenta desatada en el campo, llegamos a nuestra residencia bastante antes de lo acostumbrado.

No eran muy frecuentes las tormentas. Es más, creo que en el tiempo que nos tocó estar en la zona, solo hubo una. La de aquella tarde. Y fue suficiente.

Grandes nubarrones negros que se asomaron por detrás de las montañas ni bien promediaba la mañana, nos fueron alertando a la par de los consejos de nuestros ayudantes lugareños, que lo que se venía no era para subestimarle respeto. Pese a que reconocíamos y teníamos muy en cuenta los conocimientos geográficos y meteorológicos que la experiencia de vida le había aportado a nuestro personal de trabajo, también solíamos desconfiar de sus aseveraciones que tendían, algunas veces y no tan pocas, a lograr una conclusión tempranera de las tareas. Por lo tanto, y en atención a aquellas prevenciones, demoramos la vuelta a casa hasta que aquellos tímidos primeros nubarrones dejaron de ser una simple promesa para convertirse en una real amenaza de buen chubasco.

Pero la vuelta a casa implicaba primero pasar a levantar al grupo que se hallaba relevando otra de las picadas del área de trabajo. Esto le dio tiempo horario al tiempo climático para que la suposición de que solo nos limitaríamos a soportar un buen chaparrón en nuestro camino de regreso, se transformara en menos de una hora en la certeza de enfrentar un fenómeno monstruoso alimentado por terribles vientos, violentas precipitaciones y estruendosos e inquietantes rayos, truenos y relámpagos.

No hace falta aclarar cómo fue nuestra llegada al Hotel después de veinte kilómetros de dura travesía por rutas invisibles. Invisibles porque la lluvia no permitía ver más allá de la trompa del vehículo y porque jamás nos habíamos dedicado a reparar un instrumento que siempre supusimos inútil por aquellos pagos: el Limpia Parabrisas.

Empapados, con barro hasta las orejas y térmicamente desestabilizados, nos tiramos de cabeza hacia el edificio hasta casi

estancarnos en el angosto pasillo de entrada. En la calle quedaba la sufriente camioneta con todos los bártulos de trabajo amontonados en su caja. Oportunamente habríamos de rescatarlos.

Ahora era tiempo de sosiego. La tranquilidad, el mate caliente, tortas fritas, el baño reparador, ropa seca.

El deseo y la ilusión de ese pequeño oasis placentero duró lo que dura un suspiro. Prontamente alguien alertó que el agua de lluvia se colaba por algunas rajaduras de la losa y comenzaba a dibujar serpenteantes arroyuelos por las ajadas paredes. Enseguida la lámpara de una de las habitaciones estalló al no soportar el caudal de agua que había ingresado a su interior. Los conductos de cables eléctricos se transformaron prontamente en acueductos por donde la lluvia encontró un camino para llegar a las cajas de tomas e interruptores. Por supuesto, cuando corrimos a cortar la corriente hasta el patio donde estaba la caja de tapones, un sonoro corto circuito con chispas y fogonazos se encargó de hacerlo por nosotros.

Pero lo peor aún estaba por llegar. La torrencial lluvia que ya llevaba unas tres horas de continuidad sin solución, terminó por lavar la ladera del pequeño cerro que se levantaba hacia los fondos de nuestra residencia. Desde allí avanzó sorprendentemente un ejercito de chirle barro, ramas y basura, arrastrado por el agua, que presionó las precarias aberturas de comunicación con el patio hasta vencerlas sin más. La horda invasora sitió nuestra fortaleza, rápida e inevitablemente rendida y ocupó sin miramientos todos los rincones, hall, pasillos, cocina, baño y por último dormitorios.

La defensa del Palace reaccionó tardíamente. Uno de los guardias permanecía encerrado en su habitación y ese era el Doctor Barbieri.

- *Juedepá, Juedepá!!!* Comenzó a gritar a viva voz un Hernández de gorra aplastada sobre su cabeza, pantalones arremangados hasta la rodilla y el agua ahogando sus tobillos, “pensando quizás que ese era el apellido de quien dormía profundamente en su cama sin tener noción del inminente peligro que corría su vida”. Al no obtener respuesta,

ordenamos más que autorizamos a nuestro empleado, aún perdiendo el debido respeto por la cadena jerárquica, a que abriera la puerta y constatará lo que para nosotros era una absoluta certeza.

Aplastado contra su desvencijado colchón y ofreciendo su espalda al mundo, por no mencionar su generoso trasero, con su cabeza sirviendo de almohada a la propia almohada que dormía sobre su cabeza, el juez de paz cumplía sin alteraciones con la religiosa costumbre de adorar a Morfeo en la primera misa de la tarde.

- *Juedepá, Juedepá!!!* Imploró por cuarta o quinta vez Hernández, sin alterar en absoluto el clima inmovible de aquella habitación, burbuja aislada del mundo tormentoso que se vivía puertas afuera. Recién cuando fuimos varios los que a coro reclamamos su atención, el doctor con parsimoniosos movimientos y gemidos ininteligibles que pretendían desestimar nuestras advertencias, se sentó en la cama.

Cuando sus pies, tanteando el piso en busca de unas ojotas que navegaban ya muy lejos de su alcance, chapotearon en un charco sin final, el juez perdió la paz y cayó definitivamente en la cuenta de la gravedad de la situación.

Demás está decir que, sin juicio previo, fuimos sentenciados culpables de la inundación del Palace, del deplorable estado de su instalación eléctrica, recuperada tres días después, y del deterioro terminal de la camisa color celeste pálido, del pantalón clásico azul marino y de la gorra de tela de onduladas terminaciones, tipo Guílligan, que pertenecían al Juedepá.

Y Laura, nuevamente Laurita, otra vez Laura. Pesó muchísimo en mi ánimo esa primera semana del ochenta y dos. Porque el once cumplía su primer año de vida y yo estaba tan lejos. Tuve que pagar muy caro mi presencia en las fiestas de fin de año y nuestra previsión de unas vacaciones en Villa Gesell para la primera quincena de febrero. No estar con ella en su primera fiestita de cumpleaños iba a ser un precio muy alto.

De haber estado presente la hubiera agasajado tanto que, si no llegaba a entender que ese era su día, al menos hubiera comprendido que era uno muy especial.

Y entonces decidí que de alguna manera habría de estar cerca y la única que existía era mediante un llamado telefónico. Siendo que el once sería lunes debería hacerlo al banco, donde trabajaba Lucía, y en

horario bancario: antes de las tres de la tarde. Saludaría a Laura a través de un llamado “sorpresa” a su mamá y eso no estaba mal.

Lo que no estaba del todo bien es que debería utilizar nuevamente los servicios del Automóvil Club de Chos Malal y de solo pensarlo se me erizaban los pelos del cuerpo entero. Pero, además, debería prever un plan distinto para la jornada de trabajo que me facilitara la libertad para hacer el viaje.

Por suerte el avance de la obra había sido bueno durante diciembre del ochenta y uno y había arrancado mejor aún con el año que iniciábamos. Esto auguraba seguramente que íbamos a superar en aquel enero la producción del mes anterior. Ciento quince kilómetros de líneas para certificar entregadas el día diez estaba marcando un record que, eso sí, ninguno de nuestros jefes y supervisores se encargó de destacar. Por el contrario, Verazzi ya preguntaba por la línea que ese décimo día recién empezábamos a marcar. Ángel, por su parte y en los dos únicos contactos que tuvo conmigo por entonces, me premió con sendos tirones de bolas por cierta desprolijidad en las planillas de campo y porque la habitación donde guardábamos los elementos de trabajo era un chiquero. No obstante, no era difícil darse cuenta de que estaban conformes.

Es que no sólo la producción, medida en cantidad de kilómetros de líneas certificadas, había sido buena. También sembramos gran parte de la zona con mojones, pintados, visibles y vistosos como le gustaba a Geosource, con información suficiente como para vincular fácilmente buena parte de las líneas proyectadas.

Para eso se necesitó, sin dudarlo, el buen impulso con que se dio arranque al año y la buena voluntad de todo el grupo para hacerlo. Nadie escatimó energías en ese comienzo y por ello el agotamiento hacia el final del día era total.

Esto podría leerse en un parte informal de un comienzo de jornada cualquiera: Todos arriba a las cinco y media. Café, mate, pan de campo, no de parado sino de caminando apurado. Almonacid, pasta

de chile o puta parió en cucharita. Ruidos de tazas, cables arrastrados, órdenes, cadena a full del inodoro, quejas, equipos cargados, risas, motores arrancando. Todos se van al campo. De golpe toda la paz pero también una pila inmensa de planillas, planos, calculadoras, cables y biromes. Desde las seis, ya con los primeros destellos de luz natural, se completa el cálculo de las líneas que la noche anterior a las doce en punto, cuando se corta el generador de electricidad que abastece a todo el pueblo, se habían dejado medio cocinadas.

Pero, había habido otro factor muy importante como para que se hiciera evidente la diferencia entre un mes y otro. Y fue el apoyo que, finalmente, se nos empezó a brindar al grupo y por cuya falta tanto me había estado quejando. Virgilio ya estaba operando con nosotros, teníamos dos chicos nuevos contratados temporariamente, podíamos contar durante un mes entero con un distanciómetro y no ocho días por mes como hasta entonces y ya teníamos dos vehículos. A la Cheyenne se le había sumado la doble tracción del Toyotón y, por supuesto, la cosa cambió mucho.

El once de enero salí temprano para Chos Malal. Me acompañaban uno de los chicos nuevos y Hernández que se encargarían ese día de estaquear parte de una línea. Llevé dos tambores vacíos para traerlos de vuelta llenos de combustible y antes de salir del pueblo, uno de los gendarmes me entregó dos paquetes para despachar en aquella ciudad. Llegados a Pampa Tril entramos hasta la línea de trabajo, dejé a los estaqueros en el punto donde debían comenzar su tarea, recorrí la picada a una velocidad de dejar dos paquetes de estacas por kilómetro y volví a la 40.

Y ni bien orienté la trompa de la camioneta con destino al sur, y como si fuera un presagio de todo lo que iba a pasar, el motor se paró. Cada cinco kilómetros, durante los sesenta que restaban, el motor se detenía. Como si fuera el camello del cuento chistoso, yo sentía que la Toyota me hablaba y me decía: - *Si no me soplás... No sigo!!!*

El tema fue que la tierra había hecho estragos en los conductos y por lo tanto, cada dos por tres, la nafta interrumpía su camino y no pasaba al motor. Llegué finalmente a la ciudad después de tres horas de



Si no me soplás... No sigo!!!

viaje y unas seis o siete paradas. En cada una, para aflojar abrazaderas, deslizar mangueras, sacar el filtro, limpiarlo, soplar mangueras, tragar nafta, soplar, soplar y soplar. Llegué con tanto aliento a combustible que me imaginé apagando la velita de cumpleaños de Laura y volando por los aires con todos los invitados a la fiesta.

Pasé por la gomería de la ruta, dejé una rueda de auxilio para reparar y seguí camino al ACA. Paré en los surtidores. Ordené la carga del tanque, de los tambores extras y el cambio de filtro, alguna manguera y lo que fuera necesario para que yo no tuviera que volver a

soplar en el viaje de vuelta. Mientras tanto, yo cumpliría con la misión más importante que tenía en vista.

Con resentimiento y desconfianza ingresé al lúgubre pasillo que llevaba a la cafetería. Allí estaba la siniestra caja negra como esperándome para una nueva batalla desigual por la conquista de una comunicación, donde yo llevaba todas las de perder nuevamente.

Seguí a paso firme, indiferente a su presencia provocadora y en la caja cambié dinero por las fichas que calculé necesarias para un contacto telefónico decoroso. Aún soporté que el empleado de turno me sometiera al curso obligado sobre el uso del instrumento de comunicación como si yo no supiera de qué se trataba.

Me dispuse con el mejor ánimo ganador que pude aparentar y descolgué el tubo. Tenía tono. Coloqué las diez fichas de rigor. Todas fueron aceptadas por el mecanismo oculto bajo la carrocería descascarada y cubiertas de bollos, prueba más que evidente de las crisis nerviosas sufridas por tantos infelices delante de aquel aparato. Comencé a marcar el número. Ahí descubrí que el círculo del disco giratorio correspondiente al número tres se comunicaba directamente con el del número cuatro, por haber sido quebrado el pequeño puente de plástico que, por lo menos la última vez que yo lo había usado, los separaba. Por lo que, a todos los recaudos previstos por el curso, había que sumarle la precaución de que el dedito índice de uno no se pasará inesperadamente del tres al cuatro y provocara un número equivocado. Completé airoso el número y comenzó a llamar. Esperé impaciente. Atendieron.

- *Capacitación, buenas tardes...*
- *Si, con la licenciada Jasinski...*
- *A ver, un segundo por favor...*

El segundo fueron treinta. Me apresuré a introducir las dos fichas que saldarían el primer minuto e instintivamente coloqué mi mano derecha sobre el receptáculo para recibir la que seguramente sería

rechazada, sino las dos. Clic, clic, ambas monedas fueron aceptadas por el sistema. Noté que dos lágrimas asomaron en mis ojos y no hice nada por evitar que corrieran libremente por mis mejillas.

- *Hola!*
- *Sí, hola!!!*
- *Un segundo, le paso con el Gabinete.*

Otros varios segundos. Fui buscando en mi bolsillo dos nuevas fichas. Ni bien se escuchara un clic algo sordo debería ponerlas. Vamos, vamos, clamaba mi ansiedad.

- *Hola!*
- *Sí, hola!!!*
- *La licenciada vuelve en media hora...*
- *Gracias.*

Sabía. Lo sabía, lo había presentido. No podía terminar bien.

El receptáculo donde caían las fichas era la boca de esa caja negra. Y esa boca se estaba sonriendo.

Volví a la camioneta. Aún estaban cargando los tambores. Otro empleado estaba abocado a la tarea de cambiar el filtro de nafta. Les comenté lo que me pasaba y quedamos en que ellos correrían el vehículo a un costado ni bien terminaran.

- *Usted quédese tranquilo.* Me dijo uno de los empleados asegurándose su propina.

Evidentemente me habían visto nervioso. Me senté a comer un sándwich haciendo tiempo para volver a llamar.

La segunda oportunidad no se desaprovechó. Pude hablar sin inconvenientes y por la noche mi princesita habría de saber que su papá la estaba saludando.

Los que estaban en la cola no entendieron demasiado por qué un tipo que acababa de hablar por teléfono se despedía acariciando y palmeando amistosamente al aparato público del Automóvil Club Argentino como si fuera una novia con la que había terminado de reconciliarse.

Ampliamente satisfecho me dispuse a cumplir con los temas que me habían llevado hasta allí, además del saludo cumpleaños. Hice sacar unas fotocopias de planillas de nivelación en blanco, llevé la encomienda hasta la terminal de ómnibus para su despacho y salí hasta la ruta para llegar hasta la gomería. Aún no habían hecho la reparación por lo que volví hasta la librería a comprar unos carbónicos, busqué hasta conseguir mis Colorados largos en un quiosco medio alejado y pasé por una agencia de autos a hacer una consulta para un hombre de Buta Ranquil.

Volví a la gomería. La rueda estaba lista pero no tenían cambio como para cobrarse el trabajo con el billete que yo les entregaba por lo que nuevamente bajé hasta el ACA para hacer caja chica. Y, como si el aparato me hubiera llamado, aproveché el momento y lo llamé a Ángel para comentarle los avances del trabajo. Por supuesto, recibí dos “qué bien por lo hecho” y diez “qué mal por lo que no se hizo”.

Masticando bronca, pensando en las observaciones de mi jefe y preguntándome por qué carajos se me había dado por llamarlo, pegué una mirada a la caja de la camioneta, comprobé el peso de los tambores, revisé fotocopias y folletos de la agencia, encendí un cigarrillo, tomé la ruta hacia el norte y emprendí el camino de regreso.

Cuando ya llevaba cerca de media hora de viaje y abstraído todavía en los pensamientos sobre las conversaciones telefónicas que había tenido, me percaté de la tendencia de la chata a inclinarse hacia un costado desde hacía unos momentos. Y al mismo tiempo que empecé a sospechar de una posible pinchadura de una de las ruedas delanteras, una gota gigante de frío sudor comenzó a rodar por mis espaldas para recordarme que había omitido olímpicamente retirar la de auxilio de la gomería. La presencia de cambio chico en mi bolsillo no hizo más que confirmar mi torpeza.

Si algo no se me cruzó por la cabeza en ese momento fue la idea de que podría deshacer los treinta kilómetros ya hechos para ir a retirar la goma olvidada. Algún vecino del pueblo se encargaría de hacerlo en oportunidad de algún viaje a aquella localidad. Así que, empecinado en ese pensamiento, cambié la rueda averiada por la segunda de auxilio

que siempre llevábamos y me aventuré al tramo restante hasta Buta Ranquil sin defensa alguna. Sería de muy mala suerte que no llegara indemne a la base.

Una perra fortuna me acompañó en lo que restaba del día. Una segunda cubierta se aplastó contra la llanta cuando no había avanzado ni la décima parte de los sesenta kilómetros que aún restaban para llegar. Entonces sí, estaba perdido. Entonces sí, maldije hasta el agotamiento mi descuido. Eran las cuatro de la tarde, veintinueve grados a la sombra, pero por ahí no había sombras.

Sabía de la existencia, un tramo más adelante, de una escuelita algo escondida en un pequeño valle y que solía ver desde la ruta al pasar por el lugar. Caminé los seis kilómetros que me separaban de ella y encontré a Manuel, el maestro de los nueve alumnos que ese día estaban denotando asistencia perfecta en los registros dentro de un calendario escolar, de septiembre a mayo, con vacaciones en invierno.

Me dijo que ni bien terminara la jornada para la que restaba menos de una hora, me pasaría a buscar y efectivamente, a las seis, después de dejar a algunos chicos en sus casas, estaba socorriéndome. Me llevó nuevamente a Chos Malal, hice reparar las cámaras, no me olvidé de cargar la que había estado toda esa tarde durmiendo la siesta en la gomería, me volvió a llevar, colocamos entre los dos las ruedas en sus lugares y reinicié el viaje.

Cerca de las diez de la noche llegué a Buta Ranquil, no sin antes cruzarme en el camino con la Cheyenne que, con Virgilio y Lagos, iba presuroso al encuentro del Toyotón que, según información acercada por un campesino, había sido visto abandonado en la ruta.

El diez de febrero volví a mi trabajo después de pasar dos semanas de vacaciones en Villa Gesell junto a Lucía y a mi hermosa Laura con su flamante primer añito de vida.

Ya cumplía yo más de cuatro meses en este trabajo que me había llevado por tres al noroeste patagónico. Y ya llevaba otras tantas despedidas de mis queridas mujeres al momento de tener que retornar a Neuquén. Y muy lejos de ir acostumbrándome a aquellas separaciones, cada vez me costaban más. En particular esa última.

Cuando me di vuelta para ver, a través del vidrio de un micro que me alejaba, a mi esposa triste y a mi pequeña hija, con todo el desencanto dibujado en su carita, sin entender cómo ni por qué se le volvía a escapar así su papi, al que hacía sólo un instante lo había tenido tan abrazado, al que había disfrutado hasta el hartazgo durante todo el tiempo de todos los días de dos largas semanas de vacaciones, a su papá que aparentemente la había llevado a pasear una vez más, esa vez hasta allí donde salían los aviones, cuando sólo me empezaba a quedar la imagen de esos ojitos preguntándome: “- *no me estarás dejando papi, no?*”, cuando definitivamente yo también caía en la cuenta de que no las volvería a ver por más de un inmenso mes de trabajo, me dieron ganas de gritar, de parar el tiempo, de volverlo atrás.

Y volviendo atrás estar en la cocina de mi casa, de mi casa de Buenos Aires, no en una casa extraña de una provincia lejana, juntos los tres, Lucía de espaldas, intencionalmente distraída, Laura en mis brazos, acercándonos sigilosamente para que ella rozara con sus pequeñas manitas los cabellos de su madre, para que ésta se diera vuelta y empezara a corrernos hasta el dormitorio al grito de: “*te agarro, te agarro*” y nuestra flor reaccionara con su luminosa sonrisa y su estridente carcajada.

De volver atrás, abrir la puerta y encontrar a Lucía ansiosa por contarme todo lo que Laura había sabido hacer durante el día y a Laura demostrándome de inmediato que todo lo que Lucía contaba era verdad.

Pero el tiempo estaba en el punto justo que tenía que estar y yo ya no estaba en aquel lugar que quería. Tampoco estaba en el norte de la provincia porque ya había pasado el tiempo de Buta Ranquil. A lo sumo volvería por dos o tres días a cerrar algunos temas pero la tarea estaba concluida.

La etapa post descanso me esperaba en Plottier desde donde se cubrían las zonas de Sierra Barrosa, Senillosa y Cerros Colorados. Me quedaría unos veinte días apoyando a ese grupo y después partiría otra vez a Plaza Huincul.

Llegué a Neuquén a las doce y cuarenta y cinco. No había nadie esperándome por alguna de estas dos razones: Me esperaban por la noche porque era raro que CPS pagara un vuelo diurno o nadie había sido informado de que Jasinski llegaba el diez de febrero. Las dos posibilidades tenían el mismo peso de ser probables. De todas maneras, la por entonces pequeña pero pujante Plottier quedaba a menos de diez kilómetros del aeropuerto por lo que me tomé un taxi a cuenta del seguro tirón de bolas de Protto cuando se enterara.

Estuve más de quince minutos en la puerta del hospedaje tratando de convencer al perro de que yo era parte interesada. Cuando finalmente pude ganar su confianza, abrí una de las hojas del único portón de madera e ingresé al patio central, alrededor del cual se disponían todas las habitaciones, en su gran mayoría, deshabitadas. Nosotros ocupábamos dos y en una de ellas pasaría yo esta temporada transitoria.

Encontré una cama vacía y me dormí. A las cinco y cuarto el mismo perro que no me había dejado entrar se encargó de despertarme y entonces empezó mi tiempo de trabajo.

Me fui hasta la casa de operaciones que, al mismo tiempo, era la residencia que Ángel ocupaba con su familia, para dar mi parte de llegada y ponerme al día con la situación general y particular de aquella zona que conocía poco. Y allí, pasmado por las atenciones y sorprendido por el humor que reinaba, pasé el resto del día charlando sobre bueyes perdidos.

La casa era un chalet sencillo pero amplio y cómodo, situado en el centro de una pequeña chacra poblada de manzanos que, además de los frutos, ofrecían al lugar una muy generosa sombra imprescindible en aquellos calurosos días de verano. Si algo no olvidaré de aquel poco tiempo pasado en Plottier, es la salida hacia el campo en los amaneceres atravesando con las camionetas el manzanar, con la lluvia de rayos de luz solar filtrada por los árboles y con los frutos rojos de aquellas manzanas pendientes como luces de un gran árbol navideño, muchas de las cuales quedaban descuidadamente desprendidas en las cajas de los vehículos para regocijo nuestro durante el resto del día.

Ángel estaba hecho eso, un ángel. Al día siguiente me volvió a recibir en la casa desde muy temprano. Despachó las chatas y, como si hubiera tiempo para todo, volvimos al tema de los bueyes de la tarde anterior. Jugué con sus hijos a la pelota y a las muñecas y su esposa María Martha nos sirvió el desayuno y muy atenta nos proveyó de café, mate y galletitas durante el resto de la mañana. Un buen almuerzo de zapallitos rellenos, hasta casi diría como a mi me gustaban, como prólogo de una corta siesta por invitación insistente del propio Ángel:

- Andá Carlos, andá, tirate un ratito que te va a hacer bien!!!

Por la tarde más galletitas, café, panchos, bebida fresca y distendidas charlas en familia sobre las merecidas vacaciones en Gesell, el tiempo, la lluvia, las flores y la sicología de los sapos. O algún rayo le había caído muy cerca o algo, nunca reconocido ni por elogio ni por mejora del salario, se había hecho bien durante el último mes en la zona de Pampa Tril.

Finalmente el doce, y ya por decisión personal, me fui con uno de los grupos al campo. Y como para volver en mí, después de un largo desmayo, la nueva zona me recibió con un buen cachetazo de viento, tierra y piedras que sólo dejó de dolerme cuando, ya de noche, me refugié en la cueva de mi hospedaje, después de una visita a la central telefónica a la que acudí para recibir una noticia que esperaba con ansiedad desde hacía más de un mes.

El viento del día fue la excusa perfecta para justificar ante mis compañeros la hinchazón, la humedad y el color rojo de los ojos con que me presenté esa noche. Pero si tanta molestia tenía, qué es lo que me tenía tan feliz, fue la pregunta adecuada. No tardé nada en develar que Lucía me acababa de confirmar su segundo embarazo.

Mal dormido y con una felicidad chorreando por todos los poros volví al campo al día siguiente. Y, a las tres de la tarde, llegué con una nivelación hasta la última estaca de aquella picada que se sumergía en el azul profundo del lago de Cerros Colorados. También me sumergí yo y en sus frías aguas terminé por decantar la novedad y caer cabalmente en la cuenta de mi nueva situación.

El quince de febrero me fui para Buta Ranquil con la "Dahiatsu" a buscar el resto de los bártulos que aún quedaban en nuestro ya querido hotel. Entre aquellos restos estaba Mario Ribas. Gran persona, afable, siempre cerca, atento, colaborador. Debió encerrarse en los baños y golpear sus puños y cabeza contra las paredes en los momentos de ira, porque fuera de ellos, jamás lo vi de mal humor. Excelente profesional formado en la Universidad de La Plata. El mejor topógrafo que conocí.



Covunco era, por entonces, un pequeño caserío al borde del río y el Regimiento de Infantería de Montaña 10. Y la guardia de entrada al

regimiento parecía ser la atracción turística de aquella localidad ya que, inevitablemente, cualquier vehículo, que por delante de ella pasara, se detenía. Al menos, en lo que a mí respecta, las tres veces que lo hice viajando hacia el norte me detuve, porque el lugar era atractivo y porque fui invitado a hacerlo por el soldado vigilante de turno. Y las tres veces se repitió una escena parecida a la que sigue:

- *Buenos días caballero, cómo anda usted?*
- *Bien gracias.*
- *Lo molesto apenas un instante...*
- *Sí, como no.* Contestaba mientras extendía mi mano hasta la gaveta para alcanzar los documentos.
- *No, no. No hace falta, por favor. Simplemente es por saludarlo.*
- *Ah, bueno, gracias.*
- *Viaja lejos?*
- *Buta Ranquil.*
- *Ah!! Un lindo trayecto todavía, ja, ja.*
- *Y sí, ja, ja. Todavía tengo un buen tirón.*
- *Y dígame señor, podría llevar a dos personas hasta Bajada del Agrio? Aquí cerquita.*
- *Sí, como no.* Un tanto sorprendido.
- *Gómezzzz!!!* Giraba sobre sus botas el vigía gritando hacia la casilla de guardia.

Por detrás de la casilla asomaban inmediatamente Gómez y su señora y sin mediar demasiada presentación ni saludos se subían a la cabina porque el micro que pasaba por Bajada del Agrio ya había llegado.

- *Y dígame caballero.* Proseguía el soldado de la patria, devenido en asistente de empresa de transporte de pasajeros. - *Una persona viaja a Chorriaca. Usted lo podría acercar hasta el acceso? Lo deja ahí en el acceso, nomás!!*
- *Si, claro, si no tiene inconvenientes de viajar en la caja.*
- *Rodríguezzzzzz!!!* Entonces, como por arte de magia, se aparecía Rodríguez con unas bolsas y un pequeño cerdo y se trepaba sin ningún reparo a la camioneta.

- *Bueno, me voy yendo....*
- *Claro, claro. Buen viaje. Pero... pero antes de que parta, usted pasa por Chos Malal, no?*
- *Y sí, está en el camino.*
- *Es sólo una persona más. Lo acercaría? Se lo va a agradecer porque ya el colectivo pasó y van muy pocos para allá.*
- *Bueno, pero nadie más, porque el corazón es grande pero el coche, usted lo ve, no?*
- *Nadie más, nadie más, gracias. Pedrooooo!!!* Entonces, se aparecía Pedro y detrás de Pedro, Pedrito de siete u ocho años, sus bicicletas, unos baldes de albañil, unas cucharas.
- *Gracias caballero. Buen viaje. Cuando necesite algo, ya sabe.*

En Chos Malal, ya sin mis compañeros de viaje, paré a almorzar porque era la una del mediodía y la una del mediodía siempre fue, para mí, buena hora para almorzar.

Pasé adrede por el pasillo donde estaba mi viejo amigo el teléfono público dándole a entender que no se preocupara pues ese día no tenía intenciones de molestarlo. Me dirigí al bar-restaurant y habiendo para elegir cualquiera de casi todas las mesas, me senté a la que estaba más cerca del televisor. Estaba sintonizado un canal de Buenos Aires transmitiendo el noticiero del mediodía.

De golpe, la imagen de Eduardo Trinchero con su rostro ensangrentado, ayudado a salir por un asistente médico y dos policías desde un Fiat 600 bastante estropeado, hizo que se me atragantara el bocado de pollo y papa que estaba saboreando. Había colisionado contra otro vehículo en una esquina de Versalles, cercana a la de su domicilio. Presté más atención a las imágenes que me ofrecía la pantalla. No cabía ninguna duda. Mi colega y amigo, con quien había cursado las últimas materias de la carrera, se había terminado de pegar un flor de palo y muy conmocionado lo estaban trasladando para su atención.

El teléfono público me miró y me dijo: - *Nunca me vuelvas a decir: " hoy no te necesito "*.

Compré las fichas de rigor y llamé a mi esposa para que averiguara sobre el asunto.

Con el tiempo me enteré que, estando a más de mil kilómetros de distancia, fui el primero en saber sobre el accidente de Eduardo que, por fortuna, no trajo aparejada ninguna consecuencia.

Antes de salir del A.C.A., el despachante me pidió por un lugar en la camioneta para llevar a María, una mujer que había hecho algunas compras de cosas que no se conseguían en Buta Ranquil. Y apenas entrando en ruta un soldado de Covunco, en viaje a San Rafael, también se sumó al pasaje. María resultó ser medio cuñada de Pedro y tía de Pedrito. Y también conocía a Rodríguez. El colimba me dijo que Gómez, el de Bajada del Agrio, era un hijo de puta.

En Buta Ranquil, con Mario, resolvimos en cinco días lo que teníamos previsto en dos, por lo que recién hicimos el viaje de vuelta el domingo siguiente. Y como que era domingo volvimos paseando. Y como que estábamos paseando, al llegar a la altura de Pampa Tril, hicimos una parada sobre la misma ruta, bajamos nivel y mira y nos dispusimos a resolver el misterio de las aguas que, en aquella zona, desafiaban triunfantes la ley de la gravedad.

Lo que nos asombraba soberanamente, siempre que por allí habíamos pasado, era que las aguas que corrían por las cunetas adyacentes a la calzada de la ruta, a lo largo de un tramo de aproximadamente quinientos metros, lo hacían en el sentido contrario al lógico que obligaría la pendiente del terreno. Viajando hacia el norte, la pendiente era ascendente y las aguas trepaban su camino al tiempo que nuestra camioneta hacía lo mismo. Sabíamos que no podía ser así pero no pudimos alejarnos de la zona sin comprobarlo.

Los resultados de la nivelación sobreyeron inmediatamente de culpa y cargo a las pobres aguas, condenando por falso testimonio a la ruta por mostrarse con pendiente ascendente cuando en realidad se trataba de un tramo en bajada. Y a poco de investigar un poco más descubrimos al cómplice que terminó por develar definitivamente el

misterio. El Chihuido de Tril, plantado al final de la recta sospechosa, con su fantasmal figura de anchas faldas en la base afinándose delicadamente hacia la cima, lograba la increíble ilusión visual en aquel que lo contemplara desde el otro extremo del tramo.

Camino de regreso a Plaza Huincul habríamos de tomar conocimiento aún de un lamentable accidente en Bajada del Agrio. El intendente de aquella localidad perdió su vida cuando estrelló el automóvil en el que viajaba contra uno de los camiones Vibros de Geosourse que, al igual que nosotros, se trasladaba hacia el sur por cambio de zona.

No había finalizado aún el mes de febrero cuando volvía a estar en la vieja casa de mi viejo primer destino.

Por entonces me hallaba sólo, como avanzada del grupo, para ir preparando el terreno. Con una primera misión de amo de casa a fin de limpiarla a fondo ya que había estado abandonada y de eso me encargué. Contraté a una señora para cocinar y lavar nuestras ropas ya que la tucumana se había vuelto a sus pagos. Compré camas, colchones

y frazadas y me quedó tiempo para reconocer parte del terreno de trabajo.

Ya, ni bien trascurriera una semana, todo estaría nuevamente en movimiento. Todo el alboroto, todo el ruido y todo el cansancio de la jornada habitual de trabajo.

Y el primer fin de semana del mes de marzo fue especial e inolvidable. Mi señora y mi hija me visitaron. Y unos días más tarde devolvería, a través de una carta a mis mujeres, las imborrables impresiones que tal encuentro me dejó:

Plaza Huincul, miércoles 10 de marzo de 1982

Querida Lucy:

Recién hoy puedo escribir esta carta que debió haberse hecho el domingo pasado por la noche.

Ese beso que Laura, con toda su dulzura y su inocencia, me dio a través del vidrio en el aeropuerto me llenó el corazón de alegría y resolvió el estado de tristeza en que me estaba sumiendo en aquel momento. Es que pareció que Laura había comprendido perfectamente esta situación de trabajo y me saludó como que todo era normal, como que estaba bien lo de estas separaciones temporarias, como que me deseaba suerte, como diciéndome que no me preocupara, que estuviera tranquilo, que ya nos íbamos a volver a ver, que ya muy pronto volveríamos a jugar juntos.

Y por un momento quedé desubicado. Yo era el que no entendía muy bien lo que estaba sucediendo. Me quedé triste, es cierto, pero es más cierto Lucy que en el pecho me explotaba el corazón porque no cabía en él más dicha. Estaba tranquilo, satisfecho, estaba contento de haberlas visto.

Fueron dos días intensos que por eso mismo pasaron tan rápido. La alegría de tenerlas aquí después de tanto tiempo programándolo. La tristeza de esa despedida al finalizar el plazo tan corto que tuvimos.

Con esa mezcla de sentimientos había subido a la terraza para darles un último saludo, pero no lo hice. Ni siquiera levanté la mano. Yo no las estaba despidiendo. Ustedes dos se estaban quedando conmigo. Por eso simplemente me quedé parado, perdido entre la gente, mirando como carreteaba y tomaba vuelo aquel avión.

Qué rápido alcanzó altura! Muchas veces, siendo un chico, me quedaba observando aviones que atravesaban largamente el cielo sin poder imaginarme a la gente dentro de ellos. Nunca, como esta vez, me quedé tan admirado por esa contemplación. Mi esposa y mi hija estaban allá arriba.

Me fui caminando despacio sin perderlo de vista hasta que desapareció entre algunas nubes. Más adelante había un claro y, como aquel chico de entonces, me quedé esperando que reapareciera.

No apareció más. Ya estaba solo. Ahora sí, se habían ido. Tuve ganas de llorar pero ahí me di cuenta que estaba feliz, muy feliz. Y entonces sí, escaparon unas lágrimas de mis ojos. Y entonces sí, hubiera deseado unos minutos más porque me había olvidado de decirles tantas cosas lindas.

13

El dieciséis de marzo fue un día patagónico. El viento fue impresionante. Encerrados en la cabina de la chata fuimos protagonistas, sobre el final del día, de una película de catástrofe que se estaba filmando en nuestra propia zona. Durante casi dos horas estuvimos anclados en el desierto de Piedra Chenque, sometidos al zamarreo de la chata, temiendo por su estabilidad, sin más que hacer

que contener con las yemas de nuestros dedos al parabrisas, tratando de evitar su estallido ante la cantidad de tierra, ramas y piedras que furiosamente el fenómeno disparaba contra él.

Estaba llegando el otoño y de alguna manera el tiempo nos lo estaba haciendo saber. Y con el otoño llegó el viento. Y con el viento llegó ... el tano Ravana.

Desde hacía más o menos dos meses, estando yo todavía en Pampa Tril, apareció por Plottier una persona para sumarse a los grupos de trabajo. Venía de la mano de Ángel y, por lo que pareció de entrada, iba a seguir de la mano de aquel. Eran íntimos amigos, hicieron juntos el colegio secundario y juntos estudiaron Agrimensura. Se recibieron juntos y juntos trabajaron en algunos lugares del país, incluso en Paraguay y Brasil. Sus familias se visitaban. Sus hijos jugaban sin pelearse.

Lo conocí en los pocos días que estuve en Plottier y lo seguí conociendo en los días que ya llevába de nuevo en Plaza Huincul. Y sin dejarme influenciar por la opinión que de él ya tenían los que más lo habían tratado, rápidamente me di cuenta que coincidía con aquellas opiniones, la que yo me estaba formando: El tano Ravana era un desastre. Pero es claro, Ángel lo había traído y la ceguera, pero más que la ceguera el orgullo, le impedían ver lo que los demás veían.

Y el tano, ni corto ni perezoso, fue tomando posición y se empezó a hacer ver como la mano derecha de nuestro jefe. Daba pena ver que Ángel, estando Ravana presente, tirara de las bolas a cualquiera, entre ellos a mi y no sólo una vez, por algún tema mal resuelto, siendo el propio tano generalmente el principal responsable de aquello que se cuestionaba. Y lo era porque, en ese tema y en todos los demás, el tano tocaba de oído. Entonces, la pena se transformaba en bronca y la bronca terminaba malhumorando al grupo.

Pero el tano Ravana, además de ser un escollo a la hora de encarar el trabajo de campo, en la convivencia diaria se convirtió en un grano tan urticante que no alcanzaba con rascárselo. Durante la noche

mientras dormía tenía un buen ronquido. Y por las mañanas, se despertaba mucho antes de que sonara el primer despertador, pero mucho antes, una hora antes, y empezaba a hacer toda clase de ruidos y macanas como llevarse sillas por delante, cuando no tirarlas, prender las luces, caérsele tazas al piso.

Un viernes decidimos ir juntos al campo. No se si él decidió acompañarme o yo decidí acompañarlo a él, pero sí se, que aprovechó para mostrarme que venía a dirigir. No creo haber estado de acuerdo pero lo dejé hacer. No hicimos nada en todo el día. Fue, vino, se paró, dudó, se sentó, dijo “bueno”, ordenó, contraordenó, se enojó, levantó al grupo y volvimos a la base más temprano que de costumbre.

El sábado se levantó, me despertó y me ordenó hacer lo que había decidido mientras roncaba:

- *Jasinski, te vas con Lagos y cuatro muchachos y se nivelan toda la 17060, mitad cada uno.*

Pasaba por alto el tano Ravana mi condición de encargado no destituido oficialmente y con mayor experiencia en la tarea. Evidentemente su íntima amistad con el jefe le estaba permitiendo esa posibilidad. Yo necesitaba el trabajo, estaba para colaborar y así lo hice. Es claro que lo que no hice, fue nivelar la 17060 porque ya estaba nivelada y certificada.

Ángel se estaba tragando un sapo y lo digería lentamente. Esa era la opinión unánime a la que no adhería el tano. Por mi parte, lo traté bien y no había tenido problemas personales aunque sus inadecuadas y hasta insólitas instrucciones aconsejaban lo contrario. Por lo pronto, los cuatro días en Plottier habían pasado rápido.

La zona de Pampa Tril se cerró definitivamente sin la presencia de Ravana y por entonces en Plaza Huincul, aún con el tano presente, el trabajo caminaba con buena producción. Estábamos a mitad de mes y se habían superado los ciento veinte kilómetros llevándole más de cuatro líneas de ventaja a los vibros.

Ángel, con licencia en Buenos Aires, dormía tranquilo. En la última conversación telefónica había bostezado descuidadamente un “muy bien, che” que desnudó su complacencia y a mí me había descolocado. Sólo, medio dormido, pudo haber demostrado su conformismo, pero lo había hecho. Me pidió que me complementara con el tano Ravana y que lo ayudara a calcular La Barrosa. Esa zona se había dejado de manejar desde Plottier para pasar todo a nuestra base de Plaza Huincul. Yo debía ayudarlo a él. Zingoni ni mencionó que su tano me ayudara a mí en el cálculo de Piedra Chenque. Finalmente me rogó que nadie lo molestara hasta el veintidós por nada de nada de nada.

- *Me entendés?? Por nada!!!* Seguía repicando el tubo en el locutorio.

El domingo siete de marzo no trabajé porque por primera y única vez me visitaban desde hacía dos días Lucía y mi hija y había destinado ese día y una camioneta, para mostrarles la zona de trabajo y llevarlas hasta el aeropuerto hacia el final del día. No había descuidado sin embargo, asistir al grupo que estaqueaba en el campo.

El lunes ocho, el tano Ravana volvió a ejercer su pretendida autoridad y yo, de alguna manera, pude arreglar las cosas como para que no se perdiera de nuevo el día, siempre tratándolo bien aunque ya hacía esfuerzos por lograrlo. La gente se fue al campo, Ravana a Plottier a buscar unas carpetas que allí habían quedado y yo me quedé trabajando en la casa. Hacia el mediodía volvió el tano diciendo que no había podido llegar a Plottier. Por la tarde yo seguí calculando y el tano jugando a calcular.

El nueve me fui al campo con mi grupo e hicimos un buen día de trabajo. El grupo de La Barrosa tuvo un día muy flojo, con el tano sentado en la casa, en su centro de comandos, apretando los botoncitos de una máquina que no caminaba.

Llegamos a Plaza Huincul un poco más tarde que lo habitual, muy cansados y todavía conmovidos por la tormenta de viento y tierra que nos había retenido en el campo. Me bañé y, mates mediante, me senté a

planificar el día siguiente antes de ir a cenar. El tano Ravana había salido.

A los cinco minutos, cayó como leche hervida y, sin mediar saludo alguno, me dice:

- *Hablé por teléfono con Ángel. Dice que lo llames urgente, que hay una serie de problemitas que quiere aclarar con vos.*
- *Problemitas? Dije yo. - Qué raro! No me imagino cuáles.*
- *No se cuáles. Pero andá yá, que te está esperando.*

El tano siempre lo tuvo a Ángel como un Dios. Sobresalía la amistad, naturalmente, pero lo trataba con exagerado respeto. De su boca y refiriéndose a su amigo, nunca salió otra cosa que no fuera: “Nunca lo vi equivocarse”, “si el dice que es así, ponele la firma que es así”, “esto lo calculó Ángel, así que está bien”, etc., etc. Y como que era un Dios, en ese momento no se lo podía hacer esperar, había que salir corriendo a llamarlo.

Yo seguí sentado, con mi vista en los planos y sólo dije:

- *Ya voy.*

El tano se paró cerca de mí, apoyó sus palmas en la mesa y temblando me gritó, sin poder evitar que sus anteojos se resbalaran por su nariz y cayeran sobre los papeles:

- *Yá!!! Andá yá!!!*
- *Ya voy.*

Ofuscado Ravana no supo qué decir y se me quedó mirando. Le repetí:

- *Ya voy Ravana. Lagos se está bañando. Cuando termine, vamos a cenar y de paso, llamo a Ángel.*

Habíamos comenzado a ir, por las noches, a la sede del club Alianza de Cutral-Có, que nos quedaba a unas veinte cuadras de distancia y dónde nos preparaban un menú fijo por cena, para todos

igual, que pagábamos al finalizar el mes. En la misma cuadra y sobre la misma vereda, estaba el locutorio.

- *A los muchachos los llevo yo. Vos andá que Ángel no tiene tiempo para andar esperándote...*

Replicó el tano y ya echando humo por los poros de su rostro colorado escupió:

- *Y andá yá, o mañana juntas tus cosas y te vas para Buenos Aires!!!*

De golpe, todo fue silencio. Lagos cortó la ducha porque le impedía escuchar con claridad. Durán se apareció lentamente por el pasillo. Almonacid se sentó sobre la cama donde se había recostado. Los maquinistas dejaron de reírse. Todos, alguna vez, habían manifestado algún malestar por las actitudes del personaje, pero nunca nadie lo había hecho público. Yo sabía que tenía la hinchada a favor pero... el era tan amigo de Ángel.

Por supuesto no me quedé callado. Con toda la indignación acumulada, aunque todavía con una sorprendente tranquilidad, reaccioné antes de que el tano terminara de decir Buenos Aires. Se me dibujó una sonrisa irónica al tiempo de espetarle:

- *Y quién me va a echar? Vos? No entendí bien... Vos me vas a echar???*

Ahí me di cuenta que, por primera vez, no lo había tratarlo de usted.

El tano estaba fuera de sí, echaba chispas y mi tono burlesco lo desequilibraba. Me sentía ganador pero por dentro pensaba: “Capaz que me haga echar el desgraciado, es tan amigo de Ángel”. En medio de su tartamudeo, el tano me dijo imbécil, yo le contesté: chiquilín.

Fueron cinco minutos de batalla verbal. Lagos terminó con su baño y junto con el chileno nos fuimos a cenar. El operador de

Cipolletti me vio nervioso y se sentó al volante antes de que yo lo hiciera.

Hablé con Ángel. Para qué? Hubiera cenado antes. Después no lo pude hacer. En el restaurante había un televisor encendido. Jugaban Argentina y Checoslovaquia. Creo que cero a cero, no se, no vi nada.

- *Hola!*
- *Ángel? Qué tal? Habla Carlos. Te llamo porque ...*
- *Vos no hablés. Vos escuchá. Hablo yo, porque yo soy el que mando y el que pago.*

Escuché atentamente durante veintitrés minutos. La comunicación salió trescientos setenta mil pesos. Ángel empezó:

- *Me dijo Ravana que usaste un vehículo de la empresa para pasear "todo" el domingo con tu señora y no lo mandaste al campo. Que usaste el vehículo de la empresa para traer el viernes a tu señora desde el aeropuerto y llevarla de vuelta el domingo. Que no fuiste a Plottier a buscar las carpetas. Que no le das gente para trabajar en Barrosa...*

Dejando de lado que fui a buscar a mi señora el viernes al aeropuerto, sí, pero de noche, terminado el día de trabajo y pagando el combustible gastado, que paseé con mi familia el domingo, sí, pero habiendo dejado a la gente en cada lugar de trabajo primero y recogido al final del día, que no fui a Plottier a buscar las carpetas, sí, pero porque era Ravana quién las iba a ir a buscar, dejando de lado todo eso, lo que no deglutí era que dijera no haber tenido gente para ir a su zona. Justo ese día, ese mismo día martes, en que habíamos ido tres a Chenque con buen resultado y habían salido seis a Sierra Barrosa más cuatro que estaban permanentes en campamento con resultado malo y el tano sentado en su escritorio.

Que hiciste tal cosa, que no hiciste tal otra, Ángel siguió descargando todo el veneno que le había inoculado "ravana". Cuando terminó de vomitar, pude hacer mi descargo y finalmente, la conversación derivó en cuestiones generales del trabajo, en saludos

para la familia, y en algunas recomendaciones con respecto al trato para con el tano, en cómo complementarme con él, en entenderlo, en tratarlo bien... Lejos, muy lejos estaba yo de poder hacer algo de aquello que se me pedía.

Estaba aún dentro de la cabina cuando lo vi entrar al local de la agencia telefónica. Colgué el auricular, salí, pagué y me fui. En el aire quedó flotando:

- *Y?... Ya hablaste?* Inquirió la voz entrecortada de un tano temeroso.
- *En la casa, después de la cena, arreglamos ésto.* Replicó la voz inquietante de un ruso herido.

El tano ravana se disponía a hablar nuevamente por teléfono. Me preguntaba: A quién? A Ángel? De nuevo?

Esa fue la última vez que vi en mi vida al tano ravana.

Llegamos a la casa a las once y media. El tano no había vuelto. Los muchachos se fueron a acostar. Me quedé leyendo algo, pero más esperando. Pasó una hora. No me podía imaginar qué estaría haciendo ravana a esa hora en la calle, pero tampoco me importaba. Como no llegaba, me fui a dormir.

Por la mañana el tano no me despertó. No despertó a nadie. No hubo ruidos. El tano no estaba. Las valijas del tano no estaban.

Apareció Durán, muy mal dormido, diciendo que ravana lo había despertado a las dos y pico. Lo obligó a levantarse y se hizo llevar a Neuquén. Nada comentó en el camino, salvo que lo necesitaban urgente en Buenos Aires. Durán lo dejó en el Hotel Alfa y a las cuatro y media estuvo de vuelta en Plaza Huincul. A las seis se presentó a trabajar.

Por la mañana llamé a CPS para comunicar la novedad. La respuesta de Protto fue contundente:

- *La puta!!! Encima que me hace cagadas, me utiliza gente y vehículos para hacerlas!!!*

A continuación me pidió que me quedara tranquilo, que manejara los dos grupos, que sacara el trabajo adelante mientras me enviaban refuerzos. Por lo pronto ya viajaba un calculista. Y que lo volviera a llamar al día siguiente, que lo tuviera al tanto.

- *Ah,... a Ángel no lo llames. Está descansando.*

14

Dormía plácidamente y totalmente entregado al sueño. De no haber sido así, no me hubiera sobresaltado como lo hice. Lo cierto es que de repente, a las tres de la mañana, había quedado sentado en la cama.

Un desagradable ruido me arrancó de un sueño donde los bomberos del destacamento se arrojaban, a medio vestir, prendidos al caño vertical y a través del agujero de la losa, para treparse al autobomba que ya salía en auxilio de quienes lo habían pedido. Ese sueño, recurrente en mi, se anticipaba durante el descanso a la realidad de todas las mañanas en nuestras salidas al campo. Los bomberos, mis compañeros, el agujero, la puerta del baño, el autobomba, el toyotón.

Pero la hora no era la acostumbrada y el ruido no provenía del despertador.

Diez minutos estuvieron Pablo Verazzi y un asistente, a esa altura de la madrugada, golpeando la puerta de la casa sin que nadie se percatara de eso. Por lo tanto, decidieron usar un palo contra el portón metálico de entrada como llamador.

La estaca 856 de la Picada 18062 no estaba en su lugar. Es decir, a la estaca 853 seguía en orden la 854, luego la 855 e inmediatamente la 857, luego la 858, 859 y todo bien después. Y frente a la estaca 857 de la 18062 estaba parado ya, por más de una hora, uno de los temibles Vibros del grupo 5018. Era increíble. Lo que no conseguía ni la más sagrada de las celebraciones como la Navidad, lo lograba una pequeña estaca de frágil madera y apenas cuarenta centímetros de altura y que ni siquiera estaba presente: Tener paralizado en la noche al Vibro de Geosource.

Pero claro, ésto, que suena heroico, en realidad significaba un gran trastorno que, o bien se solucionaba prontamente o alguien compensaría, con una mancha en los antecedentes o con el bolsillo, el “gran agujero económico” que se estaba provocando a la empresa yanqui de exploración.

- Quienes estuvieron estaqueando la 18062? Briones y quién más? Sosa? Despertá al gordo, andá. Durán, rajá a buscar a Sosa a su casa. Quién niveló esa línea? Lagos? Arribaaaa Lagoossss!!!!!! Te tengo que preguntar algo.

A la media hora, ni bien Durán llegó con Sosa, partimos raudos a solucionar el asunto. Los peones no habían notado, al momento de colocar las estacas en la picada, ninguna anomalía en la numeración de las mismas. Es decir, sacaron del paquete la siguiente en la fila y la clavaron sin más. Siempre detrás de una cualquiera estaba la que le seguía en orden. No tenían por qué suponer en aquel maldito instante que a la 855 no siguiera la 856. Ese fue el alegato entre bostezos y

lagañas con que Briones y Sosa se despacharon mientras viajábamos por la ruta rumbo al campo.

Por su parte, para Lagos había sido una absoluta novedad que la tan mentada estaca no estuviera exponiéndose a un costado de aquella picada. Es más, en la página correspondiente dentro de las planillas de nivelación, constaban las lecturas de hilo superior, inferior y medio del nivel y cota calculada para todas las estacas, inclusive para la 856. Es decir, comenzó a reconocer Lagos, que siguió nivelando hasta el final de la picada sin haberse percatado del error. Su abultada y negra barba empezó a tornar a un tono marrón, prueba irrefutable de que su rostro se estaba enrojeciendo. Quedaba claro que, ni al menos en una de las cuatrocientas estacas que restaron, tomó la precaución de controlar que aquella que leía coincidía con la que anotaba en ese mismo momento, control que se suponía necesario por lo menos cada cincuenta estacas.

Producía siempre cierta inquietud dejar la ruta tan firme y segura para adentrarse en la aventura de huellas arenosas y traicioneras, ricas en sorpresas desagradables como rocas sueltas, animales muertos o ramas punzantes. Producía cierta inquietud de día. En ese momento lo estábamos haciendo en la oscuridad cerrada de las cuatro de la mañana. Varias veces volvimos sobre nuestros pasos por haber elegido mal alguna de las opciones que se nos presentaban en las bifurcaciones de la huella. Varias veces volvimos sobre nuestros pasos y volvimos a volver sobre los mismos, cuando la opción elegida había sido buena pero no lo creímos. Eso nos solía pasar a plena luz del sol. En la noche, sin referencias confiables, nos pasó el doble de veces.

Por fin llegamos para desánimo de camioneros y operadores de Geosource que disfrutaban de una siesta inesperada gracias a nuestro descuido. Bastó correr desde el punto conflictivo de la línea y hasta el final, una a una, cada señal reemplazando a la siguiente para hacerle así lugar a la, desde entonces famosa estaca 856, cuyo número quedo grabado a fuerza de hacerlo con un marcador negro. Por su parte, la

planilla de nivelación y el prestigio de Lagos quedaron intactos. La última estaca de la 18062 se eliminó y a nadie le importó demasiado.

Los últimos días de mayo y primeros de junio de 1982 se vivieron con la pesadez y la angustia que provocaban las noticias que llegaban desde el Atlántico sur.

El 31 de mayo fue un lunes gris, no demasiado frío pero oscuro y muy ventoso. Mientras me trasladaba a Villa Regina con la misión de colaborar, durante dos o tres semanas, con el grupo que trabajaba la zona denominada Chelforó, la radio de la camioneta me taladraba el cerebro con las noticias que no quería escuchar, pero que comenzaban a poner verdades sobre mentiras con relación al conflicto con los ingleses sobre las Islas Malvinas. Comenzaban a circular las listas con muertos y desaparecidos que hasta entonces se ocultaron. Y entonces todas las dudas, toda la incertidumbre creada por la desinformación en la que habíamos vivido, se empezó a cristalizar en una cruda realidad

que nos hablaba de un fracaso con resultados desastrosos, muy pronto a definirse.

Villa Regina era por 1982 una ciudad sexagenaria de veinte mil habitantes ubicada en el corazón del alto valle del río Negro. Cruzada de este a oeste por la ruta nacional 22 de alto y constante tránsito, era paso obligado de acceso a los paisajes cordilleranos del sur y centraba su actividad económica en la productividad frutícola de peras y manzanas y elaboración de sidras y vinos.

Pujante y atractiva ciudad sólo me cobijaría por unos veinte días hasta que no se necesitara más el reemplazo que había ido a cumplir. Y ésto, es lo que más fui lamentando a medida que pasó el tiempo y más la fui conociendo. No obstante, siempre agradeceré mientras viva, el regalo que aquella localidad me tenía preparado para el atardecer de uno de aquellos días.

El dieciocho de junio, apenas cuatro días después de la rendición en Malvinas, el fútbol nos iba a permitir un pequeño desahogo al castigo que venían sufriendo nuestros ánimos. Por el campeonato mundial que se disputaba en España, Argentina jugaba frente a Hungría. El único grupo que estuvo haciendo tareas de campo ese día en Chelforó, regresó temprano y a las cinco y media de la tarde, hora local en que comenzaba el encuentro, ya había sido despachado. Con entusiasmo seguí por radio las alternativas del partido para darme cuenta, promediando el partido, que me había quedado sin mis Colorados largos.

Cuando alrededor de los quince minutos del segundo tiempo Maradona y Ardiles con sendos goles, en menos de dos minutos, elevaron la cuenta a un 4 a 0 contundente, decidí salir a la calle en busca de esas provisiones, para lo cual me abrigué lo suficiente ya que la temperatura era muy baja y se había pronosticado para la noche estar por debajo del cero con posibilidad de lloviznas.

Caminé unos doscientos metros hasta llegar a la calle por la que se podía cruzar la ruta y después de ello, otros quinientos para llegar a

un local de libros, diarios y revistas donde también se conseguían algunas golosinas y cigarrillos. Dos paquetes de Colorados estaba bien para completar aquella noche y estar tranquilo al día siguiente, más si se pensaba que habría lluvias.

Ya volviendo me di cuenta que, como lo había previsto el Servicio Meteorológico, se había puesto a chispear. Y a poco de caminar comencé a sentir en el cuero cabelludo el rigor del frío del aire y lo heladas que eran aquellas chispitas de agua que mojaban mi cabeza. Apuré el paso y llegué al cruce de la ruta.

Fue en ese momento, estando parado al borde de ella, dejando que un automóvil que viajaba en sentido a Neuquén sobrepasara mi posición para poder cruzar, que vi un espectáculo que jamás había visto. El vehículo, al acercarse, encendió sus luces altas y repentinamente el aire, en aquella noche oscura, se llenó de blancas y resplandecientes navecillas que bailaban sin control. Miles de guioncitos blancos, muy blancos por la contraluz, inundaron mi vista y mi alma de un mágico e inolvidable instante. Estaba nevando y yo, con mis treinta y un años, lo contemplaba por primera vez.

16

De nuevo en Plaza Huinul, pero ya sobre la Ruta Provincial 17 la que, llamada en sus primeros metros avenida Mariano Moreno, atraviesa prontamente el campo para llegar, después de recorrer setenta y cinco kilómetros, hasta los pies del embalse en Picún Leufú.

Esta vez, ocupando una típica lugareña construcción de una planta, con ventanas y celosías de madera, ubicada ahí nomás de cruzar el canal colector de la ciudad, a apenas doscientos metros del viejo caserón de la tucumana donde habíamos estado hasta fines del año anterior.

Estrenamos esta casa al mismo tiempo que lo hacíamos con el invierno de aquel año. Ya los pulóveres, gorras, sacos y bufandas se habían hecho dueños de los percheros que tan aliviados de trabajo habían estado durante los meses de verano. Los fríos, las lluvias, los vientos, habían empezado a inquietar los ánimos y a endurecer los humores.

Los días de sol se fueron acortando quitándonos horas al trabajo de campo. El horario de luz se contrajo. La extensión de las líneas no. Los camiones de exploración seguían trabajando las veinticuatro horas por día de siempre. Y lo hacían a pesar de que el mes de julio nos había sorprendido con varios días de copiosas lluvias, frío y viento molesto.

La nueva zona a explorar presentaba un terreno arcilloso y cortado por lo que el barro pasó a jugar un papel negativo para nuestra intención de un avance regular en el trabajo. Nuestros desplazamientos por huellas y picadas se volvieron complicados y las más de las veces debíamos internarnos en ellas a pie, soportando grandes pesos en nuestros calzados por el barro pegado a las suelas y grandes distancias a recorrer para acceder a los vehículos.

Sin embargo, los dueños del trabajo exigían que la reducción de la producción fuera mínima pero, para lograrlo, no ponían el ojo en el aumento de personal como factor de compensación o en el aumento de sueldo que estimulara el mayor esfuerzo.

Solo la lluvia blanca, que aún demoraría unas semanas en hacerse presente, constituiría el obstáculo insalvable que entorpecería la obra. La nieve lograba impedir el normal tendido del cableado que acompañaba el avance de los vibros y entonces, mientras perdurara el manto blanco sobre las picadas, la exploración se interrumpía, y si ésto sucedía, con poco nos poníamos al día con lo atrasado, las exigencias se relajaban, las urgencias desaparecían, las visitas de los supervisores se espaciaban.



Con Guido Escobar, Virgilio Da Ré y Denis

Y estas circunstancias, que se dieron con más asiduidad hacia fines de julio, agosto y buena parte del mes de septiembre, daban lugar a la apertura de la temporada de actividades del Club Social y Deportivo CPS, filial Plaza Huincul.

Entre los socios activos constaban en la lista Mario Ribas, Virgilio Da Re y Carlos Jasinski. Socios en tránsito Jorge Strifezza, Jorge Galloni, Angel Zingoni. Socios adherentes Lagos, Bravo, Menis y Guido Escobar.

Durante las horas del día en que se imponía la suspensión de tareas en el campo, los fondos de la casa se liberaban de estacas, hierros y cables para convertirse en campos de juego de diversos deportes: vóley, tenis y básquet entre los preferidos.

Durante la noche las actividades lúdicas se imponían por sobre las intelectuales, por lo que el repiquetear de dados sobre la mesa de

madera, el orejeo de las barajas en la expectativa de haber sido servido con una pierna o un par doble al menos o el cruce repentino de un real envido ganado con un treinta y uno de mano, colmaban de jolgorio las horas previas al merecido descanso nocturno. Necesario y reparador respiro para tener el cuerpo y la mente bien dispuesta en pos de una nueva jornada que llegaría, Dios mediante, con mucha nieve en el campo e intensa actividad en el Club Social y Deportivo.

También los sábados de la temporada invernal se distinguieron de los de otros meses del año. Un generoso asado de carne, achuras, matambre y pollo, acostumbraba romper la rutina de los fines de semana. Y se destacaron, por lo menos en aquel año 82, por la presencia de Lucrecia, esposa de Mario, quien pese a haber llegado para cumplir tareas administrativas, se destacó por las culinarias al momento de preparar ensaladas como guarnición de aquellos asados: tomate y lechuga, tomate, ají morrón y cebolla, escarola, naranja y cebolla y la especial de apio, manzana y palta.



Lucrecia, Denis, Guido, Virgilio y Mario.

El fin de la cena sabatina daba lugar a la apertura de la sala de juegos que extendía generosamente su horarios hasta las dos o tres de la madrugada.

No se alteraba el horario en que sonaban por la mañana los despertadores, por lo que el domingo solía ser un día de pesado trajinar, más aún si mejores condiciones climáticas permitían, circunstancialmente, un viaje a la zona de trabajo. Pero el transcurrir de la semana, con la perspectiva puesta en el sábado siguiente, la hacían absolutamente más llevadera.

Existieron otras formas de distender la tensión acumulada en aquellos encierros forzados por el clima. No habiendo, como en estas épocas, playstation ni celulares ni netflix, lo ideal para matar horas ociosas se remitía a gastar algunas bromas con aquel que, entre los convivientes de la casa, estuviera de turno. Y como en todo grupo, siempre hay uno o dos que no están dispuestos a perderse ninguno de los turnos e involuntariamente ocupan ese trono a elección de los demás. Virgilio era uno de ellos.

Muy metódico para toda su actividad diaria, cumplía rigurosamente con ella. Había una hora para levantarse, una hora para comer, una para ir al baño, una para mirar, una para acostumar, una para dudar, una para gritar un gol aunque el gol se hubiera producido tres horas atrás. Imagínenlo si, con ese metodismo, a la exacta hora de tener que ir a bañarse no encontrara entre sus enseres, por ejemplo, su particular jabón de tocador.

Si a las nueve de la noche era hora de cenar en el Alianza, a las ocho y cuarenta y cinco ya estaba sentado en alguna de las camionetas que, con motor encendido por él, esperaba estacionado en la puerta. Bañado y vestido con ropa de cenar en el centro, rasurado y peinado convenientemente para aquella rutinaria ocasión, nuestro compañero aguardaba impaciente golpeteando con los nudillos de sus dedos sobre el tablero del vehículo.

Ese era Virgilio y ahí estábamos nosotros para jugarle alguna broma que desestabilizara un poco el orden riguroso de su accionar.

Las veintitrés solía ser un buen momento para comenzar un descanso, de al menos siete horas, hasta aquella en que nos

levantábamos para iniciar un día de trabajo. Sobre todo en época invernal. Acostumbrábamos llegar de la cena y repasar algún orden de trabajo para el día siguiente mientras tomábamos recalentado café sobrante de la mañana. Algún comentario de última, alguna risa, algún último chisme.

Mientras esto sucedía, Virgilio, sentado en su cama, ya había iniciado una sistemática y diaria sesión mental tendiente a conciliar el sueño. Cerraba sus ojos, apoyaba los codos sobre sus rodillas flexionadas, hacía fruncir levemente el ceño con los dedos índices y medios de sus manos clavados en las sienes y se sumergía hermética y decididamente en un mundo interno a resguardo de cualquier estímulo exterior. Y el rigor puesto en juego y la extraordinaria disciplina aplicada en aquel ejercicio, lograba muy rápidamente que el cometido se cumpliera, cuando su cuerpo, ya en trance y fuera del dominio de la voluntad, se desplomaba sobre las sábanas y desaparecía por debajo de las frazadas que las cubrían.

Nada, absolutamente nada, podía interrumpir ese proceso una vez que se hubiera iniciado. Ni los comentarios aún en voces altas del resto de nosotros, ni las luces encendidas, ni alguna radio destilando rock nacional como música de cuna para su dueño, ni el humo de trasnochados cigarrillos, nada lograba perturbar la automatizada entrada en sueño del querido colega.

Tan profundo y riguroso descanso hacía que, no estando ya “ravera” en el grupo, fuera Virgilio el primero en despertarse cada mañana. Y así como automático era su arribo a la cama por las noches, lo era su despertar en las mañanas. Con un movimiento elástico se sentaba, desacomodaba la ropa de cama, giraba el torso hacia la derecha con sus piernas extendidas, las flexionaba seguidamente hasta apoyar sus pies en sendas pantuflas y se incorporaba.

Esa noche, la noche en que le tocó el turno, esperamos pacientemente los cinco minutos que duraba la función. Ya entró en su pieza, fue el primer aviso. Ya está sentado en la cama, siguió el informe

de quien estaba a cargo de seguir sus movimientos. Ya está, dijo el vigilante. Esperamos cinco minutos más y actuamos. Dos tomaron la cama por su cabecera. Otros dos lo hicimos por el pie. A una señal gestual, hicimos el esfuerzo, no carente de alguna flaqueza o titubeo, para levantar cama y ocupante. La giramos ciento ochenta grados y la volvimos a depositar contra la pared como había estado al principio. El bello durmiente no experimentó ninguna reacción, ni la más mínima. Siguió roncando levemente y en el profundo sueño como ya estaba.

A las seis de la mañana Virgilio se encargó de despertarnos. El grito fue fuerte y muy sincero. El golpe de sus piernas extendidas contra la pared, al girar bruscamente hacia la derecha como siempre lo hacía, fue seco y muy doloroso.

El rencor duró cuatro días, tanto como el hematoma. Ya más tranquilo y aceptando la broma como una ocurrencia divertida de sus amigos, Virgilio volvió a hablarnos. Eso sí, acomodó su cama colocándola a medio metro de la pared. Los siguientes tres días se encargaron de enterrar el asunto.

Por eso a la semana, justo a las veintitrés horas, el informante alertaba: Ya entró en su pieza, ya está sentado en la cama, ya está. Volvimos a esperar cinco minutos más. Esta vez, dos a un costado de la cama, dos al otro. La punta del cable de acero de veinticinco metros que usábamos para estaquear, fue aferrada a una pata. La otra punta comenzó a pasar por debajo de la cama y a volver por arriba. De nuevo por abajo y de vuelta por arriba. Lenta pero progresivamente fuimos enrollando el cable hasta el momento en que estuvo listo el matambre.

A las seis de la mañana, el grito ya no fue de dolor. No fue aterrador. Fue intimidante. No conocíamos un Virgilio tan mal hablado. Sus amenazas hacían que dudáramos sobre la conveniencia de desatarlo o no. Pero había que terminar de nivelar la 18040 y para eso necesitábamos al mejor de los topógrafos. A los quince días volvió a hablarnos.

A Virgilio no les gustaban los gatos. Y dos gatos vecinos solían acercarse todas las noches en busca de restos de nuestras meriendas. Sabiendo de nuestra generosidad entablaron una tierna amistad con nosotros. Tanto, que aquella noche tan fría, durmieron cobijados por frazadas y calor humano.

Al mes, días más, días menos, Virgilio volvió a hablarnos. A regañadientes.

El veintinueve de julio de ese año 1982 no fue un día más en aquella estadia neuquina, por lo menos no para mi vida. Aquel jueves había amanecido frío pero muy soleado lo que presagiaba, sin saberlo yo todavía, una jornada con grandes noticias.

Un grupo con Lagos a la cabeza y Durán al volante y otro con Bravo y Guido ocupando aquellos puestos, partieron temprano, con la Daihatsu y la Hilux, a cumplir con las tareas de campo encomendadas. Estaqueros y mireros completaban, atiborrando las cabinas de ambos vehículos, los planteles que ayudarían a llevarlas a cabo. El frío imperante por aquellos días, obligaba a un viaje de ida incómodo. Ya en las vueltas y con la temperatura un tanto más afable, algunos de los muchachos elegían regresar viajando más distendidos en las cajas.

En la casa de la Avenida Moreno quedábamos Ángel, que nos visitaba unos días, y yo dispuestos a calcular una parva de planillas de nivelación.

El Toyotón estaba internado en un taller mecánico con una prescripción de aproximadamente quince días de reposo severo, tras una difícil operación a corazón abierto. Y en la amplísima vereda de la puerta de calle descansaba, ajeno a todo el ajetreo diario, el Opel tres puertas rojo del gordo Strife. Esperaba el regreso de su dueño que gozaba, en Buenos Aires, la licencia mensual reglamentaria.



Con Ángel Zingoni, Jorge Strifezza y Lucrecia.

Ni bien terminado el desayuno, que solíamos tomar los “caseros” pos-despacho de los grupos de campo, Ángel pidió un taxi para ir hasta el locutorio del pueblo. Debía recibir unos datos para agregar a una presentación a licitación que se haría por esos días en Cipolletti. A las nueve y pico regresó a la casa puteando:

- *Sólo a mí se me ocurre que Protto va a estar a las ocho de la mañana en la oficina!!!.*

El mismo Alfredo Protto le había hecho esa promesa el día anterior, diciéndole que a las ocho estaría en las oficinas de CPS de la calle Salta:

- *Y mirá que voy a estar entre las siete y media y las nueve, después me voy.*

Ángel hizo un último llamado a las nueve y Blanca, la secretaria, le comunicó que no había noticias de él.

Dejé de prestarle atención al problema de mi jefe a las once de la mañana, que hasta esa hora siguió despotricando, cuando golpeó a la puerta de la casa el empleado de la oficina de Correos. Traía un telegrama dirigido a mi persona que, no por esperado, dejó de ser una sorpresa.

Del régimen inicial de treinta por siete que constaba en mi contrato de trabajo, treinta días en Neuquén y siete en Buenos Aires, siempre incumplido en desmedro del contratado, yo había optado, para el período que estaba cumpliendo, quedarme lo máximo posible hasta acercarme a la fecha del diez de agosto, estipulada con aproximación para el nacimiento de mi segundo hijo.

Esperaba, de esta forma, compensar con más días mi estadía pos parto en Buenos Aires. Había llegado a la zona de trabajo el veinticinco de junio por lo que ya llevaba treinta y cinco días que, sumados a los doce que faltaban hasta la fecha prevista, me prometían once de licencia en compañía de mi esposa y ya, mis dos hijos.

Por eso, el veintinueve de julio aún estaba en Plaza Huincul, cuando llegó la noticia.

Estuve parado, por no decir paralizado, unos instantes con mi vista clavada en ese telegrama. Ángel, a dos metros de distancia, también petrificado, me miraba ansioso sin expresar palabra alguna.

Hacía una semana larga que me sentía muy raro. Que no podía contener mi compostura y que cualquier circunstancia podía sacarme de quicio como volver a colocarme en él. En un instante estaba enojado y en el siguiente pleno de felicidad. Y en una carta que le envié a Lucía sólo ocho días atrás, le contaba que había tenido un sueño donde, muy radiante y hermosa, ella me ofrecía un bebé y ese bebé era Alejandro.

Pero confesé también que la había visto a Laura enseñándole a jugar con muñecas a su hermanita menor. Y estaban muy contentas y eran muy parecidas. Y entonces era Natalia.

El telegrama que me enviaba mi cuñado Titi, en letra cursiva escrita a mano, decía:

“Luci internada. Felicidades”

Inmediatamente, el puesto de taxis volvió a recibir desde nuestra casa una solicitud de servicio para viajar hasta el locutorio. Mi jefe aprovechó el viaje para repetir su intento de comunicarse con Protto.

Mis nervios, más nerviosos que yo, me impidieron marcar con precisión los números de los teléfonos a los que quería llamar. Y cuando lo hacía correctamente, mis intenciones se topaban con ausencias. Por supuesto, en mi casa no había nadie. En lo de Titi no me atendieron. En lo de mi suegro tampoco.

Veía a Ángel a través del vidrio de la cabina, en la que hacía ya media hora que estaba encerrado, y descubría, en su cara, que Protto seguía sin aparecer. Eso me inquietaba aún más.

Entonces le tocó el turno a Jorge, el hermano de Lucía.

Maldiciendo, estaba por colgar el tubo cuando, al noveno o décimo tono de llamada, atendió su hijo Daniel:

- *Hola*
- *Uuuyyy, si, hola, hola. Yor?*
- *No está. Quién habla?*
- *Carlos. Quién habla, Daniel? Sos vos?*
- *Carlos? Tío? Riéndose. Macho, dijo la partera!!! Escuchás tío? macho dijo la partera!!! Tío?... Carlos?... Tío??*

Yo había caído sentado en un banquito de madera que, a duras penas, pudo soportar el peso de mi cuerpo y el de mi alegría que pesaba mucho más.

Tras el sacudón, Daniel me comunicó que sólo sabía lo que dijo la partera, que todos estaban camino al sanatorio y que “todo bien”.

Todo bien allá, por suerte, pero todo mal acá, pensé yo.

- *Andate ya!!* Me dijo Ángel.

Eso no hacía falta que me lo dijera. Lo tenía pensado desde siempre. El problema era cómo. A Buenos Aires sólo había un vuelo diario y partía a las 19.15 horas. El único micro del día de la línea “El Petróleo” entre Plaza Huincul y Neuquén ya se había ido temprano por la mañana. Las dos camionetas estaban en el campo incomunicadas absolutamente con la base. La tercera desarmada en el taller mecánico. Mi sueldo era aceptable pero no daba para liquidarlo en cien kilómetros de ida y cien de vuelta de un taxi particular.

Sin otra “solución a la vista”, esperé rogando inútilmente que alguno de los dos grupos tuviera algún inconveniente en el campo que lo obligara a regresar tempranamente y así contar con uno de los vehículos. Y rogando, se hicieron casi las cinco de la tarde. No conocería a mi hijo esa noche. Tendría que postergar nuestro encuentro veinticuatro horas.

Hasta que, contemplando con Ángel, a través de la ventana de la casa, el infinito que era la distancia con Buenos Aires, apareció en nuestro campo visual, entonces sí, una “solución a la vista”. Ahí estaba el Opel tres puertas rojo del gordo Strife a la espera del regreso de su dueño.

- *Pero no están las llaves,* dije yo tras la propuesta de Zingoni.

Un destornillador se encargó de abrir las puertas y un generoso tablero abierto del Opel permitió conectar los cables pertinentes para darle arranque. El tanque tenía combustible suficiente. *Gordo lindo!!!*

pensé yo. Partí lo más rápido que pude, no sin antes recibir un afectuoso abrazo de Ángel con dos deseos: Lo mejor para mi familia y que no pinchara una cubierta en el viaje hasta el aeropuerto, ya que la rueda de auxilio estaba desinflada y rigurosamente sujeta con candado.

Nada de eso sucedió y a las siete menos cuarto estaba llegando atropelladamente al mostrador de un aeropuerto llamativamente despoblado. Había dejado el Opel estacionado en la playa desierta y en el rincón más alejado del edificio. Acomodé en lo que pude los cables, trabé las puertas por dentro y salí por el portón trasero del baúl dejándolo perfectamente cerrado y a la espera del regreso de su dueño. Y no dudé que, en definitiva, le estaba haciendo un gran favor al gordo.

- *No, imposible. El avión ya está despachado. No hay más pasajes.* Me espetó sin más la única empleada mientras empezaba a guardar sus pertenencias.
- *Pero, es que tengo que viajar urgente a Buenos Aires.* Exclamé ansioso.
- *No insista señor. Es tarde, es imposible, ya le dije.*
- *Pero, es que tengo que viajar urgente, ... urgente.*

La emoción jugó a mi favor cuando obligó a mis ojos a vidriarse y dejar escapar dos lágrimas, lo que hizo titubear a la despachante. Al mismo tiempo, yo había sacado el telegrama de la mañana y se lo mostraba a la señorita tapando con mi dedo pulgar, de la leyenda “luci internada, Felicidades”, la parte que decía Felicidades.

- *Ve, ve. Internaron a mi señora. Por favor... Es urgente.*
- *A ver... Espere un momentito.*

A partir de allí, se inició un operativo de compra-venta de pasaje, control de documentos, apertura de la nave y abordaje que hicieron que en menos de diez minutos estuviera ocupando uno de los muchísimos asientos desocupados de aquel avión.

Ya en vuelo, por la ventanilla fui contemplando y calculando la distancia con Buenos Aires que ya no era el infinito.

19

Salir de la cama a las seis de la mañana en pleno invierno, calzarse otro par de medias sobre aquellas con las que uno durmió, sumar a las ropas usadas como pijama las otras más gruesas que nos protegerían del frío del campo, pisar los helados mosaicos para llegar al baño donde habría que aflojar las heladas canillas para lavarse la cara con el agua que parecía provenir de los cercanos glaciales neuquinos, se soportaba. Lo que no se podía afrontar sin que no quedara afectado el ánimo para toda la jornada, era llegar a la cocina después de semejante hazaña y encontrarse con los inspectores Michell y Verazzi sentados a la mesa masticando nuestras galletas para el desayuno.

Nunca estuvieron presentes para algo bueno y aquel día no era la excepción. “*La picada 17073 no está estaqueada*”, fue la noticia primera de la mañana antes de que la radio nos informara de los dos grados bajo cero y de la victoria ajustada de Independiente de Neuquén contra nuestro Alianza de Cutral-Có en la tarde anterior.

Con Mario nos miramos y con un poco de mate cocido tratamos de digerir la noticia por un lado y a los portadores de la noticia por el otro.

Lo primero, primero, y era que la 17073 estaba estaqueada. O por lo menos debería estarlo. Lo segundo era que no era incumbencia de Geosource venir a comentarnos si una picada se había o no trabajado. Bueno, por ahí, sí lo era porque después de todo eran nuestros contratistas y debían inspeccionarnos. Pero no nos gustaba el modo de hacerlo. Nos sentíamos espiados. En todo caso, podían patalear si hubiéramos incumplido con la entrega de una línea en la fecha programada, cosa que nunca, bueno, alguna vez, bueno, algunas veces

había sucedido. Lo real es que no nos caían del todo bien y en este caso teníamos la razón. Y nos comieron las galletas.

El argumento, estúpido como siempre, fue que, por casualidad, pasaron cerca de la línea en cuestión y como quien no quiere la cosa la recorrieron un tramo y a poco de hacerlo, descubrieron que aún no estaba estaqueada. Y eso no se condecía con el parte que, dos días atrás, habíamos dejado en el departamento de topografía del campamento de Geosource.

La visita de Sherlock Holmes y Watson fue fugaz. Tan fugaz que, aún no completado el plantel de peones y operadores para salir al campo, ya se habían ido. Tan fugaz que les tomó el tiempo necesario como para poner cizaña en nuestro seno, comer las galletas y dejarnos en claro que ellos siempre estaban sobrevolando.

Lo peor es que se truncaba parte del plan que habíamos estado trazando hasta la medianoche anterior como hacíamos habitualmente. Si fuera cierta la denuncia, el grupo destinado a nivelarla ese mismo día debería partir a hacer tareas complementarias en otra línea, a la espera que, el de estaqueros que ese día tenían destino fijado, volviera sobre la 17073 a cumplir con el trabajo no realizado.

Viajando hacia el campo, confiábamos plenamente en el parte presentado en donde constaba con letra bien clara que la línea había sido estaqueada. Sosa y Sandoval, que habían estado destinados a aquel trabajo y que esa mañana viajaban con nosotros volviendo a la escena del crimen, estaban heridos de muerte en sus orgullos y no nos hablaban. Cómo podíamos dudar de ellos? Sabíamos, con absoluta seguridad, que estábamos haciendo ese viaje al divino botón y encima, ganándonos la desaprobación de nuestra propia tropa. Pero no alcanzarían las horas de varios días para enrostrarles el desatino a esos amargados de Michell y Verazzi.

A las siete y media de la gélida mañana estábamos parados Mario y yo en el arranque de la picada en cuestión. Dos metros más atrás, como el Reglamento de Usos y Costumbres Sísmico dispone, y la ética y

el escalafón también, y las circunstancias, comparecían los inculpados que habían sido llamados a indagatoria. Y allí, delante de nuestras propias narices, el cuerpo del delito: La 17073 no estaba estaqueada. No estaba estaqueada. No... estaba... estaqueada!!!.

Mirábamos a Sosa, mirábamos a Sandoval, Sandoval miraba a Sosa, Sosa devolvía la mirada incrédulo, Mario decía que habíamos quedado como el culo. Yo no lo decía pero tenía ganas de arruinar mis flamantes borceguíes en los culos de Sosa y Sandoval.

Sin embargo, algo no encajaba del todo. Era tal la firmeza con que los dos peones defendieron sus posturas en cuanto a que habían estado en ese lugar y que desde allí habían arrancado colocando la primera estaca, y que a doscientos metros nomás habían estado entretenidos sacando a un cuis de su cueva y efectivamente a doscientos metros nomás estaba esa entrada de cueva bastante destrozada, y que la barda a dos mil metros al frente y que la tapera que se veía en la ladera del cerro y que una picada vieja de YPF que cruzaba apenas superada la barda y etcéteras de argumentos verificables, que con Mario empezamos a sospechar sobre la existencia de un plan siniestro y oscuro de levantamiento de estaqueos por parte de la empresa contratante, seguramente para desprestigio de los que los tenían que hacer. Después de todo eran los únicos que se movían de noche por el campo.

Completaban el trabajo sucio los buchones Michell y Verazzi, viniendo primero a comunicarnos la irregularidad, segundo a comerse nuestras galletas y tercero, y seguramente ya lo estarían haciendo, presentando la denuncia en YPF con copia a la empresa CPS.

Lo que no lográbamos comprender era el por qué de la intención del desprestigio para con nosotros. Pero bueno, cuando uno es mala leche!.

Ya indagaríamos a su tiempo sobre el extraño proceder de esta gente sin develar pronta e irresponsablemente nuestras sospechas. Mientras tanto, dejamos a Sosa y Sandoval colocando nuevas estacas

en lugar de las ausentes, para lo cual fuimos dejando paquetes hasta la trepada de la barda y nos fuimos a asistir a uno de los otros grupos. Cerca del mediodía volvimos a la 17073 para verificar que todo anduviera bien y, ya en la parte alta del terreno, nos adelantáramos un poco a la posición de los estaqueros para ir preparando un pequeño asadito de hamburguesas que ya iba siendo hora.

Pero, para nuestra sorpresa, ni bien superada la barda, encontramos a nuestros muchachos tirados a un costado de la picada y dormitando a la sombra de la jarilla. Es que a continuación del improvisado dormitorio, muy horondas, cada veinticinco metros, hasta el infinito, aparecían las estacas que habían sido declaradas fugadas. Sólo habían faltado, entonces, las del primer tramo, bajo y plano, que se estrellaba contra el abrupto corte del terreno.

Caminaban Sosa y Sandoval, Sandoval y Sosa, S y S, con porte victorioso mascullando alguna presentación contra el Estado omnipotente. Dos metros más atrás, contradiciendo leyes y reglamentos, Mario y yo. Trepamos al vehículo en silencio. Al rato, marcháramos lentamente de regreso, al paso de nuestro propio desconcierto.

Dejamos a un costado, casi sin reparar en él, como tantas otras veces lo hacíamos, el ranchito de adobe y paja desde donde sabían saludarnos dos o tres niños, siempre que por allí pasáramos. Ese día no se los vio. Claro, la temperatura no llegó a superar los dos grados ni siquiera al mediodía. La casa estaba cerrada. Se los podía adivinar acurrucados frente a un fogoncito, con las palmas de las manos frotadas y extendidas hacia él.

Salía humo por la pequeña chimenea de lata que asomaba cincuenta centímetros por una de las paredes de costado. Llamativamente, ese día, el humo traía olor a pino. No al típico de la jarilla que arde.

Un personaje histórico de CPS fue el gordo Vega.

Corpulento por su caja torácica y gordo por su panza, se desplazaba con cierta dificultad que lo obligaba a un lento caminar. Acompañaba su andar un acompasado balanceo a izquierda y derecha según la pierna de apoyo. Las limitaciones físicas se extendían a su hablar ya que lo hacía a través de un leve tartamudeo que retardaba la definición de sus ideas o decisiones. Y no respiraba bien, forzado por su pesada estructura y por la cantidad de cigarrillos que era capaz de fumar por día. Finalmente, el colesterol lo catapultaba a ser un hombre de grandes valores, de grandes valores de colesterol que lo condenaban a andar por la vida con un sistema circulatorio obstruido y funcionando a un porcentaje de efectividad mucho menor que el necesario.

Pero nada de aquello calificaba en su perfil laboral. Era un aceptable profesional, fácilmente adaptable a las variables condiciones del trabajo y a las distintas geografías donde éstos se desarrollaban, por lo que estuvo en CPS casi desde los inicios. Y también estuvo, aunque temporariamente, en Neuquén.

Me tocó conocerlo en un viaje de vuelta a Buenos Aires que servía para devolver la Hilux a las oficinas centrales y con ella a Vega que había llegado a Plaza Huincul para llevársela. Un mil ciento y pico de kilómetros me sobraron para saber quién era.

Salimos a media mañana de un sábado con la intención de hacer noche allí donde ésta nos sorprendiera. Un rápido cálculo me hizo pensar que al día siguiente nos despertaríamos en alguna de las localidades ya bastante cercanas a la capital, Olavarría, Azul, quizás Las Flores. Por lo que al pasar por el locutorio antes de salir del pueblo,

anticipé a mi familia mi llegada para el mediodía del domingo y no pude evitar el salivar de mis glándulas cuando imaginé la raviolada que seguramente me iba a estar esperando.

El gordo se sentó al volante de la camioneta y me dijo:

- *Ma...manejo yo.*

Bárbaro, pensé y le dije.

El primer tramo de cien kilómetros hasta la ciudad de Neuquén fue tranquilo. Demasiado a mi entender. El día templado y soleado invitaba a pasear y el gordo se lo tomó a pecho. A poco de salir a la ruta sacó un casete de tangos y lo puso sin preguntar. Todo bien. Quizás un poco alto el volumen.

La capital de la provincia nos vio llegar cerca de las doce. No nos vio pasar. Nos vio llegar. Llegar, entrar y buscar un lugar donde almorzar. Ni siquiera habíamos recorrido el diez por ciento de la distancia a casa.

A las dos de la tarde estábamos pagando la cuenta y media hora después retomando el camino. Un primer ajuste en el tiempo de viaje me decía que cuatro horas y media para estar sobrepasando Cipolletti alteraba considerablemente mis cálculos iniciales. No dije nada porque el gordo, que seguía al mando de la conducción, había mejorado levemente el promedio de velocidad. Mientras tanto, otros tangos le dieron fondo musical al paisaje del valle del río Negro que, desde la cabina de la Hilux, podíamos admirar.

Al gordo Vega le gustaba el tango y le gustaba demostrar que sabía sobre el tema. De golpe me preguntó:

- *A vos, qué... qué tango te gusta?*

Fui sorprendido, ya que la consulta inesperada se daba sin saber el interesado si, al menos, la canción ciudadana figuraba entre mis preferencias musicales. Repasé urgente en mi memoria la no muy

nutrida lista de tangos que, de vez en cuando, me gusta o me detengo a escuchar.

- *Yyy.... Barrio de Tango, puede ser.*
- *Qué... qué te gusta? Me miró serio, como si le hubiera tirado el título de una cumbia.*
- *No sé... la letra es buena,... buena. Describe bien. Luna y misterio... Los sapos... en la laguna. Luna y mist.....*
- *No. Me...mejor es Remem...membranzas.*
- *Bueno. Puede ser.*

Cerca de las cinco de la tarde llegamos a Choele-Choel, donde decidimos reponer combustible aunque las reservas nos hubieran permitido seguir adelante tranquilamente. En quince minutos cumplimos con el tanque del vehículo. Pero, nos llevó más de media hora cumplir con los nuestros. Un buen café con medias lunas para olvidarnos, por un rato, cuánto faltaría para la cena.

Pero, lejos de preocuparme ya por el tiempo que nos estaba demandando el viaje, me inquietó verlo a Vega treparse nuevamente a la camioneta por el lado izquierdo. Pensando en mi seguridad, le sugerí manejar un poco, reemplazándolo en una actividad que lo había tenido ocupado por casi siete horas. Pero era cierto también que no era mucha la confianza que nos profesábamos por entonces, ya que había sido muy escaso el tiempo a medirlo desde que nos habíamos conocido, días antes en Plaza Huinul. Por lo tanto, decidí no avanzar más allá en mis pretensiones de moverlo de su posición de comandante.

No obstante, la duda sobre su resistencia al cansancio ya se me había clavado. Y había nacido unos cuantos kilómetros antes del reciente destino, cuando había comenzado a girar su cabeza a izquierda y derecha buscando con sus ojos algo más allá de las ventanillas, que evidentemente no encontraba. No satisfecho con ello, había empezado a refregarse la frente con su mano desocupada para desplazarla

después a lo largo de su calvicie y peinarse los pelos que no tenía. Y finalmente, había tarareado un tango acompañando al reproductor, mientras éste emitía otro tango. Me incomodaba sospechar que esos detalles de su conducta estuvieran preanunciando un cabezazo que interrumpiera fatalmente nuestro recorrido.

Con esa inquietud y con la promesa poco convincente de pasarme el volante ni bien lo necesitara, emprendimos el tedioso e insoportable tramo de doscientos cuarenta kilómetros de absoluta rectitud en la ruta 22, sin ningún tipo de curvas, ni verticales ni horizontales, ni leves ni pronunciadas, entre Choele-Choel y Río Colorado, que se toma como ejemplo de lo que no se debe hacer en construcción de caminos, en cualquier cátedra de Obras Viales y Transportes de facultades de Ingeniería del país.

El gordo tenía la vista en el frente y yo mi vista en su vista. Perseguía en silencio todos los gestos de su cara. Cualquier pequeño estancamiento, en su pose corporal, me ponía en alerta.

- *Alberto, cebo unos mates?* Alcé la voz como si lo tuviera a diez metros de distancia.
- *Nooo. Me... me provoca acidez.*

Puteé para mis adentros. Me cebé unos mates y, como sin querer, le tiraba un pequeño chorro de agua caliente en la pierna cuando, a mi entender, Vega iniciaba una caída decisiva y sin retorno, hacia un estado de inconciencia cerebral. Al menos, provocaba su reacción.

- *Qué... qué hacé? Bo... boludo.*

En la rodilla no te da acidez, pensaba.

Le hice poner en el pasacasetes uno de milongas, otro de Alberto Castillo y alguno de entreveros de Edmundo Rivero. Ninguno de los melancólicos o lacrimógenos de porque se te fue la mina o de porque ya no estás.

Hice malabares. Pero doscientos cuarenta kilómetros eran muchos y esa recta interminable pudo antes que yo.

No obstante, cuando le estuve por decir al gordo que esas pequeñas curvas que estaba tomando no figuraban en los mapas, cuando pensé en convencerlo asegurándole que por prescripción médica yo debía manejar un vehículo en ruta dos horas por día mínimo, cuando ya lo encaraba para decirle se va a la mierda, basta, justo en ese instante, en ese momento, el gordo me dice:

- *Estoy un po...poco cansado. Querés ma...manejar un poco vos?*

Dormimos en Bahía Blanca.

Por la mañana, salimos rumbo a Sierra de la Ventana. Manejaba yo.

A poco de salir, Vega me preguntó:

- *Pa...para vos, cual es el me...mejor tango?.*

Pensé un poco. Traté de recordar la conversación del día anterior. Qué tango me había dicho el gordo que le gustaba? Hice el esfuerzo inútilmente.

- *No sé, puede ser Nostalgias.*
- *No. Na...naranja en Flor.*
- *Es bueno. Puede ser.*

Llegamos a Buenos Aires a las seis de la tarde. Por teléfono le comuniqué a Ceriani que habíamos llegado. Que al día siguiente pasaría por la oficina. Me preguntó por el viaje y por el gordo Vega.

- *Todo bien, le contesté.*
- *No porque viste, siguió hablando. Vega, con el problema de circulación que tiene, a veces se queda dormido. No le llega sangre a la cabeza.*

Por la noche, felizmente en mi casa, cené con mi familia. Ravioles.
Recalentados.

A principios de noviembre de aquel año 82 se cerró la etapa de la sísmica en mi vida. Razones extrañas a la actividad tornaron escasas las tareas para las que habíamos sido convocados por lo que se hizo inevitable y obligado el levantamiento de los grupos que trabajaban en aquella zona del sur argentino, entre ellos los nuestros.

En mi caso, los vientos patagónicos lograron desplazarme pero no lo suficiente como para hacerme caer de aquella zona sureña. Y entonces, una mañana aparecí por Río Colorado en la provincia de Río Negro, sobre la mismísima Ruta 22 por donde el mes anterior había sufrido el viaje de iniciación con el amigo Vega.

Esta vez trabajaría en la vinculación de parcelas rurales a la red catastral de aquella provincia, y lo hicimos colocando señales y proveyendo información de cotas de nivel y coordenadas a una zona ubicada entre Gaviotas y Montes de Oca, a unos veinte y hasta cuarenta kilómetros al sur de la ruta 22.

Como la última vez en Plaza Huincul, y sospechando que tan mal no lo había hecho, me encomendaron ubicar residencia, convenir presupuestos de cenas por tiempo indeterminado en algún lugar conveniente, contratar una cuenta corriente con la estación de servicio del pueblo para la carga diaria de combustible, conseguir dos o tres ayudantes para las tareas de campo, taller mecánico para atención de los vehículos, etc., etc.

Había llegado acompañado de Guido Escobar y, ocupándonos de estas tareas, esperábamos a un segundo equipo que llegaría en dos o tres días desde Buenos Aires para arrancar “con todo” antes que comenzara el último mes del año.

Mientras seguíamos esperando, después del tercer día, hicimos tareas de reconocimiento viajando hasta la zona de trabajo. Y la

primera impresión que nos trajimos de vuelta y que la dejamos en la duchas de los baños del Hotel Ancona donde nos habíamos alojado, es que había tierra, mucha tierra, todo tierra, nada más tierra. Y faltando aún un mes para el inicio del verano, la temperatura llegaba a superar diariamente los treinta grados. Por lo que la combinación tierra y calor hizo que el arranque fuera fatal.

Y, hablando de fatalidades, al quinto día llegó finalmente la Ford que traía al equipo que compartiría el trabajo. Guido entró a mi habitación, golpeó suavemente la puerta del baño donde yo terminaba de sacudirme las penurias de otro largo día y me lo anunció con calma y tacto:

- *Es el gordo Vega. Vino con Ramón.*

Mi suerte estaba echada.

Teníamos reservado en el Ancona dos habitaciones dobles. A veces no se, como aquella vez, por qué llaman dobles a algunas habitaciones que, en realidad, no llegan a ser ni la mitad de algo mínimo. Lo cierto es que en cada una entraban dos camas, una pequeña mesa de luz entre ellas y una silla de madera en un rincón que servía de perchero.

Inmediatamente, Ramón se apresuró a elegir compañero y se metió de cabeza en la habitación de Guido. La otra fue ocupada por los restantes. Y al otro día, muy de madrugada, iniciamos formalmente las tareas.

La jornada de nuestras vidas, a partir de aquel momento, iba a estar condicionada exclusivamente por las condiciones climáticas. Y lo fue durante todo el período hasta el comienzo del estío cuando el mismo río Colorado nos expulsó.

Las altas temperaturas y el sol implacable creaban todos los días las condiciones necesarias y suficientes, reflejo puro de algún teorema lejano, para que se hiciera presente uno de los enemigos acérrimos con

que siempre temió encontrarse el relevamiento topográfico: La reverberación.



Ésta, nos cortaba drásticamente la posibilidad de trabajar con instrumentos ópticos, en determinadas horas, si lo queríamos hacer con la precisión exigida. Sencillamente porque a través del aparato, en aquel momento un teodolito, se debe divisar un punto, generalmente lejano, a quinientos, mil, dos mil metros, materializado normalmente por un jalón con bandera con los colores rojo y blanco del equipo futbolístico de mis amores, el Deportivo Morón. Y el reflejo difuso y deformante que, a las horas de sol fuerte, se produce sobre las figuras que uno trata de ver a distancia, es aún más exagerada si se lo hace con una lente con aumento como las que tienen los instrumentos de medición. Por lo que visar y definir un punto que entra a nuestra retina como la imagen de una bamboleante bailarina hawaiana, cuya cintura supera los cien centímetros y su peso los cien kilos, difícilmente sea una operación que lleve a buen resultado.

De tal manera que, en aquella zona del centro norte patagónico, se debían suspender las mediciones entre las diez, diez y media de la mañana hasta pasadas las cuatro de la tarde.

Los setenta kilómetros promedio que separaban la zona de trabajo con Río Colorado hacían antieconómico y nada conveniente, desde el punto de vista de nuestro rendimiento físico, la vuelta diaria a la base para sobrellevar aquellas horas de inactividad. Por tal razón, la única manera de provocar un rendimiento productivo en cada jornada, era extendiéndola de tal manera de estar en el campo listos para la largada, ni bien apareciera el primer rayo de sol por el horizonte en la mañana y sólo emprender el regreso al atardecer después de haber aprovechado el último de aquellos rayos.

Por lo tanto, a las cuatro de la mañana de todos los días de la semana menos los domingos, dos despertadores sonaban en las habitaciones dobles de las comisiones topográficas del Hotel Ancona de Río Colorado. Y a las doce de la noche, como horario más temprano, después de una llegada atropellada, un baño reconfortante pero apurado y una cena veloz y poco atractiva, se apagaban las luces de aquellos cuartos para poder disfrutar, al menos, de cuatro horas de sueño continuo y reparador descanso.

Así las cosas, voy a pasar a contarles sobre el más terrible de los problemas que tenía el gordo Vega y que era, en verdad, el más terrible de los problemas al que tuve que enfrentarme yo por aquellos días. En realidad, por aquellas noches. El gordo era un roncador. Es más, por versiones aportadas a través del tiempo por otros colegas y conocidos, inmediatamente se obliga al cambio de carátula por el de Roncador Serial.

Describir con palabras el ronquido de nuestro compañero es imposible. Haré un intento comentando, en primer lugar, que su sonoridad alcanzaba altos grados de volumen al punto de ser de los más intensos y estruendosos nunca registrados. Nunca registrado porque, de haberlo sido, hubiera alcanzado marcas de hasta cien

decibeles, no me cabe duda, similares al de un alto congestionamiento de tránsito en el cruce de las avenidas Pueyrredón y Córdoba a eso de las seis de la tarde.

Si bien la intensidad fue remarcada en primer término, la frecuencia, el colorido, el timbre, la duración, la variedad, eran todas características destacables.

La frecuencia tiene que ver con la afinación de un sonido. En el caso del gordo, de qué podíamos estar hablando si canturreaba tangos sin sacarse el camión de piedras que tenía en las dos orejas?

El timbre es único y propio de la fuente que emite el sonido. Eso lo aprendí en Cultura Musical en el secundario. Vega se la debe haber llevado a marzo. El sonido que comenzaba a desparramarse ni bien entraba en estado somnoliento llegaba desde una sola fuente que era su propio sistema respiratorio. Pero el timbre de un sonido que escapaba por todos sus orificios, porque yo creo que hasta las orejas participaban de la sinfonía, era áspero, de pronto dulce, flemoso, de repente ligero, alto, ronco, cortado, suave, húmedo, grosero. Miles de tipos de timbre de una sola fuente y en un solo momento, que solo se explica en un volumen de aire que necesita ser exhalado pero que encuentra en su camino distintos y difíciles obstáculos para lograr su libertad, como tejidos relajados, grasas acumuladas, caños tapados.

Y finalmente la irregularidad de la duración de aquellos, ya llamémosle ruidos, entrecortados muchas veces por llamativos silencios de cinco y hasta más segundos con ausencia de respiración, terminaba por componer una fantástica obra orquestal con la participación desinteresada de los peores tenores jamás reunidos en una sola actuación.

Todo esto viene a cuento para describirles la escena terrorífica de mi entrada, por aquellas noches, al pequeño cuarto del Ancona donde ocupaba una cama ubicada a apenas un metro de distancia de aquella en la que, no tengan ninguna duda, dormía plácidamente y sin ningún reparo mi querido coequipero.

La primera noche no dormí. A la segunda y sin que yo se lo pidiera, el sereno me acercó un paquete de algodón Estrella. Después fue estopa y finalmente pequeños trozos de trapo con los que trataba de taponar mis oídos. Creo que los apretujaba de tal manera que el extremo del que me ponía por la oreja izquierda, llegaba a tocar al introducido por la derecha. Tres almohadas, no para apoyo más mullido, sino dispuestas por encima de mi cabeza para separarme lo más posible del mundo exterior, cruel y despiadado.

Si por alguna razón llegábamos más temprano al hotel, nos bañábamos y mientras los demás se tiraban en la cama a descansar antes de la cena, yo me iba a caminar, a cansarme un poco más, para tener después mejores chances de sueño. Y durante la cena, empecé a comer atolondrado para dedicarle menos tiempo, o no cenaba aduciendo malestares y me llevaba de la mesa un pan a escondidas. Llegué a no bañarme para no perder tiempo en boludeces. Todo esto con el fin de llegar media hora antes que el gordo a la cama y tratar de conciliar el sueño antes del concierto nocturno, inevitablemente programado. Todo fue inútil. Nada sirvió.

Miento. En una de aquellas trasnochadas jornadas logré un pequeño relax en medio de aquella tormenta de truenos, relámpagos y centellas. Aunque el costo fue muy grande.

Yo había dejado de fumar hacía cerca de un año cuando, heroicamente, decidí acompañar a Lucía que, a raíz de su segundo embarazo, había dejado de hacerlo.

Y a la una de la mañana, sentado en mi cama, entre desesperado y resignado, con el gordo ya en el “allegro ma non troppo” del concierto de rutina, los vi. En el cajón entreabierto de la mesa de luz, mal acomodado, asomaba el paquete de Imparciales Negros sin filtro con que se drogaba Vega.

Volví a fumar después de casi un año y lo hice por siete años más.

Lo que relato a continuación no es una anécdota referida al trabajo pero hace a la continuidad del capítulo anterior. Pienso además, que fue una experiencia muy fuerte la que me tocó vivir y lejos de querer ser un ejemplo a seguir, creo interesante relatarla por lo que significó para mi vida y salud.

El lunes trece de noviembre de 1989 me levanté a las siete de la mañana para iniciar una nueva semana laboral. Por ese entonces ya habíamos formado con Jorge Galloni una pareja de trabajo en la actividad privada que se mantiene hasta estos días. Burros de tiro los dos, hoy como aquel día en que, seguramente, andaríamos procurando hacernos un lugar dentro de la comunidad profesional.

Por entonces, fumaba mucho. Superaba los dos paquetes diarios. Recuerdo incluso con vergüenza que, colonizada mi mente por ese vicio, volviendo a mi casa a las siete de la tarde, tanteaba mi paquete de Colorados largos y si ya andaba cerca de la mitad paraba a comprar otro por las dudas de que no me alcanzara para terminar el día.

Aquella mañana me había despertado con el dolor de pecho que me acompañaba ya, desde hacía dos o tres días. Sin haber tomado siquiera un mate, entré al baño, me lavé los dientes y me senté en el trono. Tanteé el bolsillo de mi camisa verde a finas rayas blancas, tan vivido es el recuerdo que tengo, saqué un cigarrillo, mi encendedor barato y estuve a punto de prenderlo. No se qué rayo de luz en mi mente impidió que lo hiciera. Me dije: *“con este dolor en el pecho, sin haber desayunado, hay que ser pelotudo...”* Me dio bronca, mucha bronca, saqué el paquete, lo estrujé cual trapo de piso y lo arrojé con fuerza contra un rincón del cuarto.

No habían pasado dos minutos cuando me encontraba en ese rincón, arrodillado, con los pantalones bajos y el as de oro al aire, tratando de armar un pequeño pucho con los restos destrozados del

paquete. Y en ese instante, glorioso instante, escuché los pasos de Laura que, con sus ocho años bajaba las escaleras para desayunar e ir a la escuela.

Siempre, tras mi entrada al baño, cierro la puerta bajo llaves. En aquella época también lo hacía. Paralizado por la cercanía de mi hija, me pregunté si el diablo, así como carga las armas, no destraba la puerta de los baños. Y qué hubiera sucedido si esa niñita ingresaba y se encontraba con su padre en semejante situación? No quise imaginármelo.

Me dio muchísima vergüenza, me tuve muchísima rabia. Volví a estrujar con todas mis fuerzas el paquete y lo tiré al inodoro.

Nunca más fumé en mi vida.

Del trabajo en Río Colorado no tengo buenos recuerdos. Más bien tengo malos recuerdos. Ya mencioné el clima, el calor y la tierra. No se si hablé lo suficiente de los ronquidos. Pero aún, habiendo sido generoso en comentarios, vuelve el gordo a ser mi tema.

Vega fue el encargado del trabajo. Yo había sido sumado al grupo para colaborar. Por lo tanto, a él le tocaba planificar la labor de cada día. Y si alguna vez en su larga carrera, tuvo un momento de esos en que todo le salió mal, fue justamente ese, en el que a mi me tocó compartir su vida.

Perdíamos mucho tiempo, tiempo precioso. Las distancias eran enormes, los caminos estaban en pésimas condiciones y el calor era insoportable. Los errores en las órdenes no solo repercutían en la producción. También incidían en nuestros rendimientos físicos y en la integridad de los vehículos que debían acercarnos hasta los puntos a vincular. Y finalmente en nuestros estados de ánimo.

Pese a ello, aunque a duras penas, con Guido lográbamos mantener el ritmo de nuestra comisión y disimular a medias el rendimiento de la otra. Entre las dos, se estimaba una producción diaria de un punto y medio y nosotros andábamos apenas por debajo de ese promedio. En cambio Vega, con el pobre Ramón que volvía siempre amargado aunque a decir verdad con los problemas resbalándoles, solía llegar, la mayoría de los días, con mediciones inconclusas porque la camioneta de mierda, la reverberación, la jarilla alta, la jarilla tupida, el calor, los mosquitos....

Los mosquitos, ciertamente, otra calamidad. No picaban, pero formaban nubes alrededor de nuestras estaciones, revoloteando y zumbando incansablemente.

Ceriani, que atendía por entonces el cierre de los trabajos en Neuquén, seguía el de Río Colorado desde muy cerca y no cabía duda que le preocupaba ya que se apareció por la zona tres veces en un mes. Y eso significaba mucho. En la primera solo hubo reproches y amonestación general. Pero el gordo se sintió herido.

Las relaciones se endurecieron. Vega empezó a ser autoritario y a no admitir ningún tipo de sugerencias ni opiniones encontradas con las suyas. Y entonces, uno de aquellos días, su necesidad de mostrar autoridad no exenta de mal humor, nos hizo partir muy temprano con Guido a vincular uno de los mojones más lejanos de la hoja cartográfica. Veinte kilómetros por ruta y setenta por caminos de tierra y huellas hasta la nada total, allá por el meridiano V bien al sur de la ruta 22.

Pero nada de lo que sucedió ese día, entiéndase bien y créaseme por favor, tuvo la intención de demostrar lo errado de una decisión que interrumpía, cual si fuera un castigo, la continuidad de las tareas que veníamos cumpliendo por esos días. Simplemente, las cosas pasan porque cuando la suerte se empecina es ser esquiva no hay nada que pueda enderezarla.

Marchábamos prudentemente equipados como para afrontar cualquier inconveniente que se nos pudiera presentar. Dos ruedas de auxilio, palancas y llaves de gomero, parches, inflador eléctrico, correas, herramientas. Comida y agua en cantidad. En realidad, el agua se mantenía lo suficientemente fresca hasta el mediodía. A partir de entonces, ya caliente, solo servía para hacer buchecitos cada diez minutos a fin de mantener húmeda la boca y evitar que la sequedad de los labios nos impidiera hablar.

Lo que no llevábamos de repuesto ese día, era un extremo de dirección.

Lo rompimos a las cinco de la tarde, que es la hora en que suceden los accidentes en los trabajos rurales. A la misma hora, quince días atrás, habíamos tenido un inconveniente con otra de las chatas que

entonces estaba en el taller mecánico. Pero ese incidente había ocurrido a setecientos metros de No Cañás. En este caso, estábamos a setecientos metros del fin del mundo.

Hicimos lo imposible por sacar esa camioneta de allí, pero el problema nos superaba. Con equipos al hombro, a las seis nos pusimos a caminar. Y como impensados protagonistas de una película de suspenso, una fabulosa tormenta eléctrica empezó a amenazarnos desde lejos, con inquietantes relámpagos y fuertes vientos que, a modo de preaviso, ya se habían adelantado hasta nosotros. A las dos horas de marcha, y ya bajo un buen aguacero, encontramos un puesto de campo donde pudimos guarecernos. Nos ofrecieron comida y sin otra posibilidad de resolver nada en un día que se terminaba, nos quedamos a dormir.

Alrededor de las tres de la mañana nos despertaron las luces de una camioneta que había llegado al rescate. Era Vega que había salido a buscarnos y, para nuestra sorpresa, acompañado por Ceriani.

Ya de día, volvimos con la pieza de repuesto, sacamos la camioneta y trabajamos hasta la última luz de sol, recuperando en lo posible el tiempo perdido.

Con noche cerrada ya, y de vez en cuando adivinando el camino de regreso, nos vimos obligados a dos nuevas paradas antes de llegar a la ruta. El alpataco había salido a hacer de las suyas escudado por la penumbra. A solo tres kilómetros de la firmeza del pavimento nos vimos obligados a volver a abandonar el vehículo cuando pinchamos la tercera de las cubiertas que teníamos permitido por día. La firme y espesa oscuridad nos impedía oficiar de gomeros.

Arrastrando cada uno, una de las cubiertas afectadas, llegamos hasta la ruta. De allí, en camión, nos acercaron hasta Algarrobo, ya en la provincia de Buenos Aires, donde conseguimos no sólo que nos emparcharan las cámaras sino que, atención mediante, nos regresaran hasta la camioneta y repusieron la rueda dañada.

Más tarde, ya en Río Colorado, golpeamos la puerta del Hotel Ancona y nos la abrió Vega que estaba presto a salir a buscarnos nuevamente.

Todo lo acontecido, que provocó tres días de atraso en las certificaciones, más el lento avance que habíamos registrado hasta entonces, no iba a ser gratis para nosotros y mucho menos para el “encargado”. El tirón de orejas fue terrible. Ceriani a viva voz, como para que se enterara todo el pueblo, delante del empleado del hotel y algunos pasajeros desprevenidos, le endilgó a Vega toda la responsabilidad del manejo de nuestro Titánic que estaba a punto de chocar contra el iceberg.

- *No puede ser, no puede ser!!! Gritaba desahogado. Usted vuelve del campo y sólo me trae problemas. Hace una poligonal por la ruta, por la ruuuutaaaa, terreno plano, buenas visuales... Y no le cierra!!!*

Empezaba a darme lástima el gordo y bronca por lo que estaba haciendo Ceriani, cuando le grita:

- *Mírelo a Jasinski. No conoce la zona y me trae todos los días un punto. Cuando no, dos. Y las poligonales le cierran. Le cierran. Sin drama. Sin problemas.*

Trágame tierra, clamé yo. Vega estaba marrón. Por la noche, al acostarnos, no me dijo, como otras veces, que no me olvidara de apagar la radio, como si alguna vez lo hubiera hecho él.

Sin embargo, a partir de aquel suceso, las cosas mejoraron. Nunca se aceptaron totalmente las relaciones, pero el gordo propuso dividir las zonas y que cada uno dispusiera cómo resolverlas. Tuvimos dos o tres agarradas más, no perdón, cambios de opinión, pero en general el trabajo se encaminó para bien.

Es más, por las noches, las cenas se volvieron agradables con comentarios alegres sobre las alternativas de los sucesos del día. Y no lo

van a creer. Por tres mañanas seguidas, al levantarnos para salir a trabajar, Vega me hizo saber su queja de que se había tenido que estirar a media noche, a punto de caerse de la cama, para apagar la radio.

- *Porque vos dormís como un marrano*, me dijo.

Toda esta primavera laboral se empezó a ver empañada, sin embargo, por la crecida progresiva de las aguas del río Colorado que amenazaba con inundar la zona para mediados de diciembre de aquel año 82. Nos empezamos a topar en nuestros desplazamientos con cuadrillas de Vialidad Nacional que trabajaban intensamente en la construcción de terraplenes y murallas artificiales para defensa de la ciudad de Río Colorado y su vecina, la pampeana La Adela, en la certeza de que las aguas desbordarían. Por lo tanto, se ordenó desde Buenos Aires el cierre de lo relevado hasta ese momento y el doce de diciembre levantamos campamento.

Y efectivamente, a partir del quince de diciembre de 1982, el aluvión que bajaba desde su nacimiento, increíblemente ubicada en Buta Ranquil, donde se registró, por las grandes nevadas y lluvias, un caudal de 1206 metros cúbicos por segundo, provocó para la zona de Río Colorado la mayor crecida de los últimos setenta años. Nos fuimos tres días antes y no estuvimos allí para contarlo.

Desde que me recibí en la Facultad de Ingeniería de la U.B.A. formé con Jorge Ernesto Galloni, compañero de los dos últimos años de la carrera, una sociedad nunca formalizada en los papeles. Ocho años de mi vida había sido empleado del Banco de la Provincia de Buenos Aires hasta agosto de 1980 en que solicité una licencia, sin goce de sueldo y por seis meses, para acompañar a Jorge en el relevamiento planialtimétrico para el ensanche de la Ruta Provincial 21 entre la autopista a Ezeiza y González Catán, trabajando para los agrimensores Bortot y Meroño. Demás está decir que nunca volví al Banco, salvo en carácter de cliente.

En esta relación de trabajo nos mantuvimos siempre como profesionales independientes pero funcionando bajo el mismo techo y compartiendo todos los clientes y trabajos.



Desde un año antes de recibirme venía colaborando, en tareas de mensura y dibujo, con ETA, Estudio Técnico de Agrimensura, de los agrimensores Ernesto Julio Savary y Emilio Rodolfo Tiepolt.

Mantuve esa relación en forma intermitente por seis años, interrumpida sólo por la campaña al sur en mi experiencia de exploración sísmica.

Las cosas se fueron poniendo muy difíciles y en el año 1985 debimos, con mi socio, agudizar el ingenio si pretendíamos salvar las papas. Fue así que, durante varios meses, dos o tres veces por semana, viajábamos a La Plata y nos zambullíamos en los archivos de las zonas de Catastro del Ministerio de Economía, a recabar datos de propiedades rurales y sus titulares a quienes pudiéramos luego enviar nuestros cordiales saludos con la sana intención de mensurar sus tierras.

Tuvimos buena aceptación en respuesta a unas cuantas mensuras efectuadas con tino y celeridad. Pero no fue suficiente para independizarnos por lo que en 1987 nos embarcamos nuevamente con CPS en un importante trabajo de ampliación de la red de información catastral de la provincia de Buenos Aires, que nos tuvo entretenidos por más de un año.



La provincia de Buenos Aires ha sido escenario de eventos hidrológicos extremos de distinto grado de gravedad a lo largo del tiempo. Sequías e inundaciones suelen alternarse ocasionando muchas de ellas catástrofes mientras que otras solo alteraron las condiciones normales de algunas áreas.

Entre las peores inundaciones que se recuerdan se encuentra la producida entre los años 1985 y 1988 y dentro de ella, la zona más afectada fue la de la cuenca del río Salado.

Dónde se centraba el trabajo en que nos embarcábamos por entonces? Precisamente en esa cuenca y dentro de ella, en las proximidades de las desembocaduras del Salado y del Samborombón en el Río de la Plata, dos de las corrientes que más agua volcaron a los campos con sus desbordes.

Con sede en Chascomús donde alquilábamos una casa de barrio muy cómoda, abarcamos una zona de trabajo que se extendía aproximadamente desde la ruta 36 Vieytes-Verónica hasta el río Salado en proximidades de Castelli al este de la ruta 2 y otra cercana a las localidades de Pila y General Belgrano.

Quien contemple un mapa de la provincia y recorra la línea del ex ferrocarril Roca en su paso por las estaciones Vergara, Don Cipriano, Pedro Escribano, Comandante Giribone, Libres del Sud y más al sur los canales 18 y 15, podrá advertir la gran cantidad de lagunas y espadañas que plagan la zona, algunas con nombre propio en virtud de sus tamaños como La Limpia, Yalca, Viedma, Abrazadora, Saladas de Juancho, Martín García o El Manchado. Por aquellos días, sin bordes definidos la mayoría de ellas en virtud de los desbordes provocados por tantas precipitaciones.



La modalidad del trabajo nos obligó a entrar y recorrer todos y cada uno de los campos que abarcan un área de 1600 kilómetros cuadrados correspondientes a cuatro hojas cartográficas. Se emplazaron 1200 mojones de hormigón de 20cm por 20cm de sección y 1,20m de altura con su correspondiente identificación grabada en placa de aluminio. Cada mojón debía enterrarse un metro y colocarse a dos kilómetros, unos de otros, manteniendo intervisibilidad.

El trabajo comprendió una primera excursión en la búsqueda, identificación y constatación del estado de conservación de los puntos trigonométricos preexistentes en la zona y que servirían de apoyo para trasladar información de coordenadas y cotas de nivel a los que se colocarían oportunamente.

Un parte correspondiente al veintitrés de marzo del 87 diría:

PT 7G-III-1034: Ubicación s/plancheta. Buen estado. Se accede por puente sobre Canal 18. Entrando por primera tranquera a campo traviesa hasta el punto ubicado en campo abierto. Pilar de Azimut ubicado sobre alambre junto al único árbol existente. Visuales tapadas hacia el norte por terraplén del canal.

PT 7G-III-1007: Buen estado. Se accede por Ruta 58. Entrada a Estancia Juancho (tranquera roja y negra). Por huella semiborrada se llega a Puesto Viedma y de allí costeano la laguna 200m al sur. Ubicación s/plancheta. En general malas visuales tapadas por montes. Pilar de Azimut no fue encontrado. El puestero dice que existe. El alambre indicado en plancheta fue levantado.

PF 7n-(VII)-e: Inscripción PF7. Buen estado. Ubicación: Casco Estancia San Rafael.

Una segunda inspección se hacía en función de determinar los puntos del terreno más adecuados y probables para el emplazamiento de los nuevos mojones. Para ello, mediante banderas, se lograban las ubicaciones para responder a las visuales necesarias entre puntos vecinos. A continuación el traslado de los mojones a sus lugares de destino y el correspondiente plantado.

Por último la operación topográfica para vincular, mediante poligonales de medición, los flamantes puntos a los conocidos. La resolución de las mediciones y la certificación de los valores obtenidos.

Todo ello, nos llevó a chapotear por todos esos campos durante más de un año, ante la incredulidad de puesteros, mulitas y cuises que no podían creer que transitáramos por los lugares por donde lo hacíamos ni entender que saliéramos airoso de aquellos lugares. Muchísimas veces también, nos ayudaron a salir por haber quedado empantanados.



Jorge Galloni en tarea
de mirero

Compartieron aquellas desventuras Mario Ribas, el gordo Strifezza y el infortunado Guido Escobar prontamente desaparecido.

Aún escucho el palmoteo que Guido hacía golpeando una mano y deslizándola sobre la otra y el sonido provocado por el aire aspirado por boca al atravesar sus dientes apretados, ante una situación eventual e inquietante como, podía ser, tener que atravesar con la camioneta un charco profundo que nos pudiera dejar varados.

O repetir la misma reacción nerviosa cuando alguna señal exterior le hablara de un determinado número a jugar en la quiniela, operación



Con Guido sobre el Canal 15

que cumplía religiosamente ni bien llegábamos de vuelta a la ciudad y pasábamos delante de la agencia de juegos. Las patas de un chajá posado en un alambre cerca de nuestra posición le indicaba, por ejemplo, que el 11 era el número revelado ese día. Ahí iba inmediatamente la palma derecha en busca de la izquierda y el chirrido labio-dental. Dos árboles flacos más o menos juntos corroborarían en algún momento la premonición. Finalmente de regreso y volviendo por la ruta, treinta vehículos con cualquier terminación en sus patentes nos enfrentarían viajando en sentido contrario. Bastaba que el trigésimo primero portara el “1” repetido dos veces al final de la placa para que sonaran palmas y chirridos. La señal era clarísima y las dos cifras totalmente confirmadas. Hasta llegar a destino no leía más patentes. Gran muchacho!!

Y el gordo Vega también talló en Chascomús.

En la casa de la calle Chile pernoctaba un grupo de cinco o seis personas entre profesionales y ayudantes, repartido en tres habitaciones. Cierta noche y entregado al sueño en una de ellas, Vega entregaba ya su consabido concierto sonoro. Hacía más de media hora que la oscuridad y el sosiego dominaban en el resto de las habitaciones donde, se suponía, ya estaban entregados al descanso sus ocupantes. De pronto, Vega emitió un sonido agudo y extendido e inmediatamente el silencio fue total. Uno, dos, tres...., ocho, nueve, diez segundos, interminables. El gordo no volvía. Como si hubiera habido un acuerdo pre pactado, un murmullo ininteligible al principio, pero claro, estruendoso y lleno de alegría después, brotó espontáneamente del grupo restante, al mejor estilo de aliento tribunero: “El gordo se murió..., **el gordo se murió..., EL GORDO SE MURIOOO!!!!** Inmediatamente Vega sorteó una vez más el instante de vida suspendida, resurgió de las cenizas con un resoplo profundo que hizo flamear sus gruesos y pesados labios para emitir el ronquido más odiado y repudiado de los que hasta entonces conocíamos. Un aluvión de zapatos, botas y otros elementos peligrosamente contundentes, cruzaron, de inmediato, la oscuridad de aquella sala para terminar amontonados sobre aquel despertador humano.

En cierta otra oportunidad, dos ayudantes supervisados por Galloni, cavaban el pozo donde introducirían el consabido mojón de hormigón con su flamante placa de aluminio de vaya a saber qué número del catastro de la provincia de Buenos Aires. Aprovechando ese recreo, el gordo esperaba a unos veinte metros sentado en la butaca de la camioneta. La pierna derecha trabada entre el volante y su panza, mientras la izquierda caía a través de la puerta abierta pendiendo en el vacío. Difícilmente ese pie podía llegar a tocar el suelo. El mentón clavado en el pecho soportando todo el peso de la cabeza y la boca entreabierta ya resoplando sobre una camiseta con todo el sudor y la tierra de ese día de trabajo. El gordo ya roncaba aunque discretamente, favorecido por la posición y seguramente la hora del día.

Seis o siete vacunos, muy curiosos ellos por la actividad que se desarrollaba en sus dominios e hipnotizados por el trapo rojo que flameaba en la punta de un jalón, se habían acercado silenciosamente hasta el lugar. Pero si bien se estacionaron lo suficientemente cerca como para no perder detalle de la tarea, no lo hicieron lo necesariamente lejos de la camioneta como para no pegarse el susto que inmediatamente se llevaron. Y fue cuando involuntariamente, los pectorales del gordo empezaron a inflarse. Esto provocó un ascenso leve de la cabeza, una escueta liberación de los conductos del cuello y una explosión del aire comprimido a través de su boca, en un estruendo que los pobres animales experimentaban por primera vez en sus cortas vidas. La estampida fue brutal.



También y por corto tiempo se acoplaron al equipo de trabajo dos chicos recién recibidos que daban sus primeros pasos en tareas de campaña. Me reservo sus nombres porque los se profesionales competentes y al no tener contacto hace tiempo, desconozco qué reacción puedan tener ante el relato de las siguientes anécdotas. Es más, macanas parecidas habré cometido.

Uno de ellos trajo hacia el final del día más planillas de nivelación entre dos puntos que lo que la distancia entre ellos exigía. La explicación sobre por qué semejante cantidad de puntos tomados nos dejó estupefactos. En el camino recto, plano y sin obstáculos entre ambos puntos, se interponía sólo un arroyo de unos cuatro metros de ancho al que se podía atravesar por un puente de troncos ubicado a

unos ochocientos metros hacia un costado. El agrimensor decidió, sin dudar siquiera. Siguió nivelando por la orilla del arroyo hasta el puente, cruzó por el mismo nivelando y lo siguió haciendo por la otra orilla hasta el punto en donde el arroyo se había interpuesto en su camino.

El otro, también en tarea de nivelación, llegó por la noche alegando no haber encontrado el mojón correspondiente al punto al que debía arribar. Extrañados, porque el emplazamiento había sido informado tiempo atrás y aprobado por la inspección, entendimos que el mojón debería seguir estando en aquel cruce de alambres salvo que alguien hubiera osado sacarlo. Al día siguiente fue develado el misterio.

El operador en cuestión avanzó con su nivelación acompañando el alambrado que corría de este a oeste como correspondía y tenía indicado. Encontraría un primer cruce de alambrados con una línea norte sur, a la que debería atravesar para llegar hasta el segundo cruce, final del siguiente potrero, donde tendría que estar el mojón en cuestión. Aquel primer cruce estaba bien cubierto por un monte de arbustos tupidos que aprovechó nuestro héroe para un descanso necesario y merecido. Tras el sosiego, decidió continuar la tarea pero, desorientado, tomó la línea que arrancaba hacia el norte y en el siguiente esquinero no encontró al desdichado hito.

Otras cosas pasaron pero no vienen al caso.

Parte II

LA AGRIMENSURA SE CANTA (con humor)

Himno al Agrimensor

(Canta un actor acompañado de orquesta. Ritmo de marcha)

Surcan vientos el glaciar,
sangra el río su caudal,
rompe el cielo en trozos de cristal,
con cintas y jalones,
con prismas y bastones,
con la frente alta siempre va.

En la pampa o el salar,
selva, estepa o la montaña,
en el desierto, la puna o el mar,
con la ropa hecha jirones,
con golpes y magullones,
con el alma henchida siempre va.

Con el barro a la cintura,
se agiganta su figura
en la nieve, con bruma o con sol,
contra pumas y leones,

entre cuises y ratones,
con el temple siempre firme va.

Estribillo:

Agrimensor, agrimensor,
La mensura en el corazón,
Agrimensor, agrimensor,
criterio, coraje y valor.

Desde Ushuaia hasta La Quiaca
va plantando con estacas
los embriones de la fundación,
son los pueblos que florecen,
son ciudades las que crecen,
para hacer grande a su nación.

El sudor vuelca en los ríos
y así riega sembradíos
de los campos por donde midió,
se abre paso agazapado
entre malezas y ganado,

siempre buscando la solución.

Entre lagunas y espadañas
hace gala de sus mañas
para no torcer la dirección,
y en las ciudades rascacielos
se derriten como el hielo
y se rinden a su medición.

Estribillo: Agrimensor, agrimensor...

Ya va abriendo una picada,
su machete es la espada
con que San Martín nos liberó,
tras los montes, sordos ruidos
oir se dejan de mazazos,
está plantando un estacón.

Ya va tirando una línea,
con su paso redoblado,
y al viento desplegado el pabellón,
triste la patria esclavizada

lo espera a la alborada
con su bandera y su jalón.
Hoy hace frío y tiene hambre,
el viento sur hiela su sangre,
no desmaya, lucha con fervor,
contra huracanes o ciclones,
tornados, zondas o tifones,
pero con su orgullo a favor.

Estribillo: Agrimensor, agrimensor...

Muy temprano se levanta
y va templando su garganta
para gritar: Soy el agrimens...

- *Soy el peón!!!* (interrumpe desde el público siguiendo el ritmo)

- Cómo?

- *Que yo soy el peón.*

- Cómo dice usted señor?

- *Que yo soy el peón.*

- Usted no es agrimensor?

- *No. Yo soy el peón.*

- Usted es simplemente un peón?

(hablado)

- *Sí, y eso que usted dice, todo eso que canta en la canción, todo eso lo hago yo: el peón, qué el agrimensor!! Me entiende? Todo eso lo hace el peón.*

- Qué decís pibe? Este es el himno al Agrimensor.

- *Y a mí qué me importa. Todo eso lo hago yo, el Peón.*

-Pero no pibe. Nosotros le estamos cantando al tipo que todos los días eh!, todos los días sale temprano, con frío, con calor, en la pampa, en el salar, con sed y hambre, eh!, abriendo picadas, contra leones, contra pumas, sin descanso, a veces sin sábado ni domingo, eh!...

- *Sí, sí, y ese soy yo, el peón, qué el agrimensor!! El peón, querido!!*

- Pero qué peón ni peón, quién lo mandó a éste? Nos quiere arruinar la fiesta. Terminala pibe...

- *Qué terminala ni terminala. El que hace todo eso es el peón!!!*

- A ver, a ver... Pará, pará...Acá estamos en la mitad de un himno... Estamos cantando... Así que si tenés algo que decir... Acá se dice cantando. Me imagino que podés cantar?

- *Es lo que más me gusta hacer...*

- A cantar entonces...

(Gestos del Cantor a la orquesta para que arranque)

Dígame usted atrevido,

hoy llueve mucho y hace frío,

no se vaya y guarde su rencor,

contésteme con hidalguía,

si todo ésto usted hacía,

Qué es lo que hace el Agrimensor?

(Aplausos y vítores de la orquesta para el Agrimensor)

- Bien, bien, lo mataste. Mudo lo dejaste. (comenta un músico)
- Si, jaja, mudo lo dejé. No, no, parece que quiere hablar.

(Gestos del Peón a la orquesta para que lo acompañe. El Agrimensor, primero perplejo, inmediatamente da su aprobación).

La orquesta le da el pie como la misma entonación de marcha que venía tocando.

El Peón le hace gestos que no. Le gustaría algo menos solemne.

La orquesta comienza con una pieza que podría ser una balada.

El Peón insiste pidiendo algo más popular. Con gestos y pasos de baile les da a entender que prefiere una cumbia.

La orquesta prueba, prueba, con algo no acostumbrado a tocar, y finalmente encuentra un ritmo de cumbia que satisface al Peón).

Le da pie y el Peón canta:

(Con la melodía de “El Orangután”)

Ay! señor Agrimensor,

ya llegó el día,

y le voy a contestar

con mucha hidalguía

y pa’decirle al momento

ay! todo lo que siento

necesito si me apunta

me repite la pregunta.

(Estribillo)

*El agrimensor o la agrimensora,
el agrimensor o la agrimensora.*

Cantor. (Ritmo de marcha)

Me armo un poco de paciencia
y soporto su insolencia
y le pido casi con rigor:
Dígame sabelotodo,
Si usted es el que hace todo,
Qué es lo que hace el Agrimensor?

Peón. (Ritmo de Cumbia)

*El señor Agrimensor,
como es rutina,
está en la chata dirigiendo,
desde la cabina,
descansando, según veo,
en los brazos de Morfeo,
tirado en el "Suavestar".*

No lo vaya a despertar.

El agrimensor o la agrimensora,

El agrimensor o la agrimensora.

Cantor. (Ritmo de marcha)

No es así, ya lo estoy viendo,

chupa el Mouse, es puro nervios,

tiene un lápiz y monitor manual,

y por los gestos que él hace (gestos de vaivén con la mano)

está estudiando alguna fase

de un movimiento sinusoidal.

Peón. (Ritmo de Cumbia)

Lo que usted está diciendo,

es un disparate,

chupa muy contento el Mouse,

porque es un mate,

el lápiz pucho y no es monitor,

es un televisor,

y la mano que va y viene,

lo hace porque en la tele,

están pasando por canal dos,

la final de Roland Garrós.

El agrimensor o la agrimensora

El agrimensor o la agrimensora

Cantor. (Ritmo de marcha)

Bueno, seguro es un recreo,

al menos eso es lo que creo,

lo esencial es ir a la raíz.

La fuerza bruta no importa, (señalando al peón)

lo importante es lo que aporta,

y el aporta la materia gris.

(Nuevos aplausos y vítores de la orquesta para el actor)

(agrandado vuelve a intervenir con el estribillo, presionando al peón)

Agrimensor, agrimensor,

la mensura lo hace feliz,

agrimensor, agrimensor,

criterio y materia gris.

(Interviene la orquesta y hay alegría generalizada en son de triunfo)

(Imprevistamente, interviene un agrimensor desde el público)

(Ritmo de marcha)

*Perdónenme que me entrometa,
yo no toco en esta orquesta,
pero vengo a estas fiestas, y al señor...
que parece una alhaja,
que se queja si trabaja,
nunca lo he visto en una reunión.*

(gestos de desaprobación del actor para con el agrimensor que intervino, como presintiendo la contestación del peón.

La orquesta intenta ritmo de cumbia, pero ahora el Peón no se conforma y pide un ritmo más serio.

La orquesta le hace escuchar sones de balada. El peón pide algo más serio todavía).

La orquesta hace sonar un tango. Al peón lo conforma. Y canta:

(Con la melodía de “Mano a mano”)

*Me extraña mucho araña, siendo mosca no conozca,
que en mi pobre vida paria, no es así el escalafón,
cuando un jefe organiza una milonga o comilona,
son invitados otros jefes, invitadas sus patronas,
pero nunca se le ocurre, invitar al pobre peón.*

(Contagiado el cantor sigue con ritmo de tango.)

Bueno, tiene que entenderlo, esto viene desde arriba,
la lista de invitados se trató en la Comisión,
hay un López que decide, se lo digo bien sencillo,
vaya pegando media vuelta, rájese por el pasillo,
y nos deja terminar, como se debe esta función.

Sigue el Peón:

*Tenga mano compañero, no me apure sin sentido,
hoy me asiste un motivo y es que tengo la razón,
repito soy el que labura y se rompe bien el lomo,
si me entiende o no me entiende, ya me importa un pomo,
pero me iré por el pasillo si corrige la canción.*

Sigue el cantor:

Yo entiendo que trabaje, sude, sufra y se rebaje,
pero ahora usted acepte, se lo pido por favor,
que si bien usted labura, a la par de la termita,
yo le pido haga un esfuerzo, y quiero que me admita,
que el único que piensa, es el señor Agrimensor.

(El peón sugiere ahora ritmo de marcha. El cantor acepta. La Orquesta entona marcha.)

*No es así lo que supone,
él de aquí tampoco pone, (señalándose la cabeza)
y usted tiene que creérmelo,
mientras él hace la siesta,
aquí está quien suma y resta
para resolver el Potenot.*

(Sigue cantando al público)

*Me conecto con Geodesia,
soy quien bisecta y aprecia
al segundo cada medición,
mientras el otro está en la chata
roncando a cuatro patas,
yo decido dónde la estación.*

*Temprano de madrugada,
cargo equipo, abro picadas,
replanteo coordenadas y atención:
con un jalón cazo un venado,
el almuerzo he preparado*

y el señor... ni se despertó.

*Voy midiendo con el Disto
en la libreta yo registro
el peralte y la poligonal,
los perfiles transversales
desniveles y detalles
que a la noche voy a calcular.*

Estribillo:

*Yo soy el peón, yo soy el peón,
la mensura en el corazón.
Yo soy el peón, yo soy el peón,
campo, gabinete y gestión.*

*En la oficina, los programas,
para él no es un drama
porque sólo los entiendo yo,
del Siapa paso al PGF
en Autocad y en DXF
yo los planos se los dibujo.*

*Pero el señor Agrimensor
también me usa de gestor
y a La Plata yo los jueves voy,
tempranito que no abulta
en Geodesia una consulta,
el archivo y la vinculación.*

*Voy a Catastro, voy a Tierras,
corro a Agrarios porque cierra,
y en Inmuebles una visación,
Voy del Registro para ADA,
ya es tarde, qué cagada,
el PH para otra ocasión.*

Estribillo:

*Yo soy el peón, yo soy el peón,
la mensura en el corazón.
Yo soy el peón, yo soy el peón....*

(El peón interrumpe su intervención al notar que el cantor se ha quedado apesadumbrado y sentado en un rincón. La orquesta lentamente baja el volumen hasta detenerse)

(Lo tocan al cantor, hasta que después de un momento reacciona, se levanta, y comienza a cantar lastimosamente)

Bueno señores, lo lamento,

(empieza a hacer unos leves pasos de cumbia)

levanten los instrumentos, (la orquesta toca cumbia)

el himno al agrimensor,

ya no tiene fundamento.

este tipo, me parece,

por lo menos, es mi opinión,

ni siquiera se merece

el chu-chuá de Piñón.

El agrimensor o la agrimensora

El agrimensor o la agrimensora.

Voz en off de la Presidencia convocando al cantor a dejar de bailar cumbia, volver a la marcha, levantar el ánimo y redondear el himno como sea con el fin de dejar alta la imagen del Agrimensor.

(Ritmo de marcha)

En el teatro de la vida, lo tenía tan arriba...

(lo interrumpe un agrimensor y le habla al oído. Se reinicia la marcha)

En el teatro de la vida, yo lo tengo tan arriba

(gestos de aprobación)

Para hacer... para hacer... lo más elemental...

(gestos de desaprobación. Lo insta a corregir)

Para manejar ... el instrumental (gestos de aprobación)

Como ser... como ser....Como ser limpiar la cinta

o cargar bien con la tinta la impresora para... impresar.

Sabe contar con los palotes

cuantos lados tiene un lote

y lo hace casi sin dudar

y se pasa noche y día

cargando la batería

por si mamá lo llama al celular.

Dejemos ya ésto del himno,

este tipo no es digno

de estar en nuestro historial.

Es mejor que se proponga:

Sigamos con la candonga!!

hasta que afloje el temporal.

Agrimensor, agrimensor,

Qué mal nos hiciste quedar!

Desde hoy esta canción

será para el Peón nomás!!!

(Fin a toda orquesta)

Candongga de los Agrimensoros

(con la melodía de “Candongga de los Colectiveros”)

Señora, muy buenas tardes, me tengo que presentar,

yo soy el profesional que la viene a catastrar.

No qué corno, qué arquitecto, qué abogado ni doctor,

fíjese, míreme bien, yo soy el Agrimensor.

Somos los agrimensoros que cumplimos nuestro deber.

Midiendo, yo voy midiendo, que la casa, el galpón,

la cocina, la heladera, la biblia y el calefón,

el pasillo, el ropero, la terraza y el balcón.

Aquí todo se valúa, ma´ que edificio sin valor.

Somos los agrimensoros que cumplimos nuestro deber.

No se puede, yo lo siento, no me venga a corromper,

la parra es semicubierta y el galpón es clase “B”

y ese tacho es piscina, déjese de jorobar,

para colmo es enlozado, por lo tanto es tipo “A”.

Somos los agrimensores que cumplimos nuestro deber.



Con Eduardo Rodriguez y Rabinovich en el teclado, cantando la candonga en Mar del Plata 2017

**Todas las plantas de la casa tenemos que relevar,
le ponemos data nueva, así garpa un poco más
y ese agujero todo sucio donde usted va a defecar,
si tiene dos agujeros, ya es baño principal.**

Somos los agrimensores que cumplimos nuestro deber.

Esos tres perros en el fondo y aquel gato que se va,
eso en ganadería es buena capacidad
y esa maceta que usted riega con toda puntualidad,
eso es agricultura, por lo tanto va en rural.

Somos los agrimensores que cumplimos nuestro deber.

Ay! Señora picarona a mi no me va a engañar,
esa bolsa que usted lleva con agua pa´ calentar,
se la pone entre las piernas y quiere disimular,
pero si el medio le calienta, calefacción central.

Somos los agrimensores que cumplimos nuestro deber.

Si midiendo le rompemos un jarrón en el pallier,
le llevamos barro al baño, le ensuciamos una pared,
ese gasto es lo de menos, pronto lo va a comprender,

el problema es el impuesto que después le va a caer.

Somos los agrimensores que cumplimos nuestro deber.

Ahora mido hasta la esquina, no se vaya a preocupar,

yo le explico a la vecina lo que usted tiene de más.

A veces pasan estas cosas y aumenta su adición,

ahora debe el certificado y al vecino la invasión.

Somos los agrimensores que cumplimos nuestro deber.

Al hablar de Honorarios no me venga a regatear,

vaya usted pensando que esto es profesional.

Si algún colega no lo entiende le tendremos que explicar:

No solo rebaja el precio, también su dignidad.

Somos los agrimensores que cumplimos nuestro deber.

Bueno, mi buena señora, me tengo que retirar,

hágase usted responsable y póngame una firma acá.

Ya le entrego una tarjeta, mensuramos con amor:

Le desea un buen impuest... Perdón.

Le desea un muy buen año su amigo el Agrimensor.

Somos los agrimensores que cumplimos nuestro deber.

Incumbencias

(Tango. Con la melodía de "Galleta")

Salí galleta, salí, de tu escondite balurdo,
asomá la jeta e´ piedra que te tengo que hablar,
pa´ qué andás tras de la mina, a la que llaman Mensura
si no te da la estatura pa´ poderla avanzar.

No te me hagas el sofaifa que de un schiafo te abollo
ese argumento de mambrollo que venís a presentar.
Dejá tranquila a la nena, no te hagás el chancho en fango,
si vos querés unos mangos, andá en lo tuyo a laburar.

La tuviste siempre al lado, pero era mishiadura,
y ahurá que está madura, te la querés llevar?
Pero mirá que sos cafishio, como yo no la querés,
lo tuyo es puro interés porque te va a dar de morfar.

Galleta: No se si sabés que pa´afilarte esta ninfa,
a más de medir con cinta, te hace falta un tendal,
te digo: saber Derecho, un toco e´topografía,
geodesia, cartografía y registro catastral.

Decime si alguna vez, vos plantaste algún mojón,
que te diera la ocasión de, un título, replantar.

Dejá tranquila a la nena, no te hagás el erudito,
cuando vos sos teodolito, yo soy estación total.

Perdoname si te corto, en este punto la ambición,
es que por tradición, vas a seguir choreando,
cuando Mensura no te alcance pa´tapar todos tus baches,
vas a querer PH y también usucapión.

Saralegui el gran maestro, desde el cielo te la canta:

No rifés a la marchanta esa tu noble profesión
y Mingo, el gran Mingo, te lo dice de señor,
vos no sos Agrimensor, no te incumbe mensurar.

Agrimensores salvajes

(canción de protesta. Con la melodía de “Bandidos Rurales”)

Yo soy agrimensor recibido en los cincuenta,
brújula, sextante, pelo blanco y experiencia,
Brancato, la Pomona, Lo de Hansen, la Enramada,
con cadena y a caballo, la mensura relatada,
Evita, Juan Domingo, Che Guevara, Fidel Castro.
Usted no está cumpliendo con las normas de Catastro,
vino Clavijo y me dijo: Eso no está bien,
estás fuera de la ley. Rechazado por primera vez.

Yo soy agrimensor recibido en los sesenta,
campana de Gauss, logaritmos, muchas cuentas,
Saratoga mentolado, Bidú cola, Cruz de malta,
Nonius uno y dos, teodolito no me falta.

Los Chalcha y los Beatles, lápiz, goma y compás.
Hay un error muy grave, hay un centímetro de más,
vino Clavijo y me dijo: Eso no está bien,
estás fuera de la ley. Rechazado otra vez.
Agrimensores salvajes, deben amoldarse
y aceptar observaciones de buenos profesionales:
Arquitectos, contadores, abogado el que más,
un estudiante, un bioquímico y por qué no, un juez de paz.

Yo soy agrimensor recibido en los setenta,
dictadura, La Opinión, Mingo y la cinta de cincuenta,
Humor revista y Mafalda, Odol pregunta y Les Luthiers,
punta Rotring, el tablero de dibujo y el papel,
cálculo con regla, el Lee ajustado que me aprieta.
Hay poca coincidencia entre mensura y la plancheta,
vino Clavijo y me dijo: Eso no está bien,
estás fuera de la ley. Rechazado otra vez.

Yo soy agrimensor recibido en los ochenta,
T-I cincuenta y nueve, Comodore anda muy lenta,
Las Malvinas, Gómez Fuentes, principito que no avanza,
Maradona y su golazo es un poco la venganza.

Distanciómetro electrónico montado al teodolito.

Hay que parsear la nota, no lo hizo?, qué bonito!

vino Clavijo y me dijo: Eso no está bien,
estás fuera de la ley. Rechazado otra vez.

Agrimensores salvajes, deben amoldarse
y aceptar observaciones de buenos profesionales:

Arquitectos, contadores, abogado el que más,
un estudiante, un bioquímico y por qué no, un juez de paz.

Yo soy agrimensor recibido en los noventa,
la puta que los parió al que casi nos revienta,
me refiero a Calito. Dibujamos en Autocad,
decimos chau al teodolito, tenemos estación total.

Mil nueve noventa y cuatro, nos llegó la ley soñada.
La distancia hasta la esquina no está bien justificada,
vino Clavijo y me dijo: Eso no está bien,
estás fuera de la ley. Rechazado otra vez.

Yo soy agrimensor recibido en los dos mil,
GPS, GIS, DGI y también AFIP,
Insert, layers y pendrive, chamfer, offset y layouts,
tomó sertal y valium para bien de mi salud.

Completito el PGF, mil colores en el plano,
la pileta es polígono pero sólo en el verano,
vino Clavijo y me dijo: Eso no está bien,
estás fuera de la ley. Rechazado otra vez.
Agrimensores salvajes, deben amoldarse
y aceptar observaciones de buenos profesionales:
Arquitectos, contadores, abogado el que más,
un estudiante, un bioquímico y por qué no, un juez de paz.



Con Horacio Romeo, Marta Luparia y
Liliana D'eramo. Mar del Plata 2017

Pero soy agrimensor, ya no importa de que edad,
no me asusta el trabajo, menos la dificultad,
me amoldé a todos a los cambios, no me mancha uno más,

siempre firmo mi trabajo, es mi responsabilidad.
Lo que no me agrada es que me usen de conejo,
siempre me gustó poder mirarme en el espejo.
vino Clavijo y me dijo: Eso ya está bien,
ya estás dentro de la ley. Ya estás dentro de la Ley.

Por eso yo les digo señores profesionales:
El catastro no se armó con fines ocasionales.
Está bien tecnología, tanto más si es digital,
pero siempre controlada por un buen profesional
que sepa del catastro, que lo haya estudiado,
que largue un programa si lo tiene controlado.
Vino Clavijo y me dijo: Muy bien diez felicitado.

TRAMITE FINALIZADO.

Parte III

Otros cuentos...

Entre ánimas y aparecidos

(basado en una conversación, entre mates, con un puestero de un campo sobre el Canal 15 entre Guerrero y Cerro de la Gloria)

Agonizaba lentamente y no quería morir, ese espantoso y tórrido día de enero. Treinta y dos grados y ninguna brisa marcaba el derruido termómetro que colgaba a un costado de la puerta de entrada, mientras el intermitente pitido de la hora oficial, en la vieja Ranser a válvulas, anunciaba las once de la noche. Una luna llena, que aquella misma noche completaba toda la redondez de su figura, desparramaba tan generosa luminosidad que hacía semivisibles hasta los rincones menos conocidos del rancho.

Mi cansancio era abrumador y sin embargo se me anticipaba una nueva pelea por conciliar el sueño, como ya estaba sucediendo desde una larga semana atrás, exactamente desde el día en que el termómetro, seguramente por viejo y oxidado, se había clavado entre los treinta y los treinta y seis grados, sin que hubiera mandinga que lo pudiera desclavar.

Claro es que las cosas habrían tenido otro color si hubiera accedido a dormir fuera del rancho, sobre un colchón de hojas secas y a resguardo de brutos eucaliptus que rodean la casa. Pero en estos campos de Guerrero, donde serpentea el río Salado para finalmente donar sus aguas al de la Plata, se tejen demasiadas historias sobre personajes de la noche que, desde antaño, merodean los parajes

buscando ayuda de quien pueda aliviar sus penurias o sorprenden a desprevenidos pasajeros nocturnos para acercarlos invitaciones, dicen que irrechazables, para visitar sus aposentos en el más allá.

Allí, en dominios que fueron de El Rincón de López, devorada por un tupido monte, existe abandonada una tapera a la que sólo se acerca el que ignora su existencia. Y no será de esos pagos el ignorante. Porque por allí, y a varias leguas a la redonda, los recién nacidos se alimentan de la leche materna y, obligatoriamente, de las historias paternas que sobre aquella posada existen, que los van previniendo sobre aquellos encantos.

Se cuenta de aquel paisano, pasado en copas, que aceptó el reto que, proveniente de otros dos paisanos tan pasados etílicamente como el primero, lo obligaba a pernoctar su embriaguez en la tapera cuestionada. Se cuenta también que los dos parroquianos apostadores, que prontamente dejaron la bebida y el juego, esperaron inútilmente durante todas sus vidas que el otro regresara por su premio.

Se conocen varias historias parecidas pero con un final idéntico: El no retorno del distraído, del borracho, del atrevido o del incrédulo. Dicen, no se sabe quién, porque siempre el que dice, dice dicen como que otros dicen y no él, que desde cierta distancia llegan a escucharse lamentos de aquellos que llegaron hasta las puertas de la tapera para comprobar aquello que se decía.

Existe una espadaña muy particular denominada “del niño” que suele secarse durante el período estival. El que, desprevenido, no notase su presencia durante un paseo nocturno a caballo, sí caerá en la cuenta de haberse internado imprudentemente en ella cuando los erectos juncos comiencen a obstruir el paso del animal anudando sus patas a la par de lastimar las piernas del jinete.

Es en ese momento, en el que el caballo se plante, el jinete dude en medio de la oscuridad y el silencio más profundo invada la escena, que flotará en el aire el quejido apenas audible de un bebé requiriendo auxilio desde algunos metros más adelante. El hombre desconfiará.

Inmediatamente sentirá temor pero, finalmente, será atraído a prestar ayuda a ese ser que yace indefenso a solo unos pasos.

Desmontará y ni bien suelte las riendas, el animal se espantará y saldrá disparado hacia la profundidad de la noche. Maldecirá. No servirá de nada. Hará silencio. El llanto infantil ya no estará. Se sentirá el ser más abandonado del mundo. Deberá salir del lugar. Hacia dónde?

Ahí estará el llanto nuevamente. Avanzará unos cuantos pasos en dirección al quejido. Se detendrá porque el roce de los juncos y el chapoteo de sus botas en un terreno, ya más blando, le harán perder el rumbo por donde llega el clamor de aquel pequeño perdido. Esperará. Allí estará, ahora en la dirección opuesta. Girará, trabajosamente entonces, porque el barro en el que comenzará a hundirse lentamente se habrá vuelto más pastoso. Avanzará separando juncos atravesados en su camino que lastimarán sus antebrazos. Se detendrá. Deberá dejar de jadear conteniendo la respiración por un instante para mejor disponer sus oídos al silencio. Allí estará el quejido lloriqueante, pero se negará a creerlo, otra vez atrás, no donde antes había estado. Intentará acercarse nuevamente. Sólo unos pasos. Ya con pocas fuerzas. El barro le habrá llegado a las rodillas. Sabrá que pronto a la cintura. El llanto del niño volverá a escucharse. En otra dirección.

Y no estaba yo, precisamente, fabricado con el barro necesario para afrontar semejantes encuentros sin que mi ser entero no quedara reducido a un charco repugnante de gelatina cortada por el temor y las supersticiones. De chico temía a la oscuridad. Ya, de grande, le tenía terror.

Esa noche, sin embargo, hubiera estado a resguardo de la tenebrosa oscuridad porque no la había. Pero sólo, para fastidiar mi sueño, bastaba con el sopor que me provocaba un aire húmedo y caliente como el que parecía inflar mi rancho amenazando con elevarlo por los aires. Aquella humedad se transmitía impiadosamente a las sábanas que, a su vez, se alimentaban de la que emanaba de mi propio

cuerpo sudoroso, por lo que cada giro o movimiento se convertía en un remolino de telas y pieles, de hilos y pelos, de olores y hedores que se oponían abiertamente a cualquier tipo de mediación con los sueños.

La Ranser había dejado de emitir sonido hacía ya largo rato. No porque estuviera programada, que no era aparato programable, sino porque así era ella. Se conectaba y desconectaba a antojo del sulfato de las pilas.

Algo había dormido. Indudablemente algo dormí, porque lo que a continuación relataré sucedió alrededor de las dos. Descubrí de pronto que algo me amenazaba. Un sueño, un sonido apagado, una imagen furtiva, un aliento cercano. Algo me inquietó.

Tardé en abrir los ojos acreditando todo el peso de la investigación a mis oídos. Pero éstos nada me informaron. Sabía que si abría los ojos vería y tuve miedo. Pero qué mierda, tenía que mirar. Miré. Y vi inmediatamente lo que no quería.

En la ventana, en el hueco de la ventana porque ventana no había, en la cortina blanca que era sábana blanca porque cortina no había, en la sábana blanca, más blanca entonces porque la luna había concentrado todos sus rayos luminosos en aquel hueco y, antes del hueco, en aquel cuerpo inmenso que ahora se proyectaba sobre la cortina que no existía porque era una sábana, estaba parado él, formando una monstruosa sombra porque era sombra de un monstruo sin cabeza que no tardaría en pegar el salto e ingresar sin más en mi búsqueda.

Venía a llevarme, qué duda había? Yo era su objetivo. Las ánimas no cometen errores. Saltar dije? Ingresar por la ventana? Qué ingenuo!!! Los fantasmas no necesitan aberturas, atraviesan sin más las paredes. Por qué a mi? Por qué no, a mi? Mi suerte estaba echada. Ahora quería cerrar los ojos y esperar, pero los párpados agarrotados me obligaban a mantenerlos abiertos y fijos en aquel cuadrado blanco con sombra de monstruo. De monstruo sin cabeza con movimientos

muy lentos, por momentos estático. Por qué no entraba? por qué no resolvía de una vez por todas mi raptó? Dudaba?

La actitud del visitante me permitió reaccionar pese a la parálisis en que me había sumido el terror. Bajé de la cama sigilosamente pero no pude evitar tropezarme por el embrollo de sábanas que tenía enroscado en mis piernas. No caí, pero sí me apoyé desprolijamente en el respaldo de la silla, una de cuyas patas chilló aguda al desplazarse cinco centímetros de su lugar. No respiré, soportando en silencio de sepulcro, el leve movimiento que experimentó la sombra tras el corto sonido. Esperé diez segundos que parecieron cien. Seguro de no haber sido descubierto estiré mi brazo para alcanzar el techo del pequeño ropero que completaba el mobiliario de la habitación.

“Qué pasó con aquella mesa de dura madera que me fue ofrecida por el encargado del club? Nunca más le pregunté. Sin falta el sábado me doy una vuelta y averiguo. Mirá que tengo que ver la miseria de roperito que tengo para acordarme de esas cosas. Y me falta también otra silla. Decí que el Santiago se sienta en el tronco y no protesta”.

Es increíble que, en ese instante de decisiones, mi mente pudiera divagar, de golpe, en temas de carencias materiales. Pero así fue. Y para colmo de distracciones, la imagen de mi persona que, en penumbras, reflejó el espejo central del ropero, me sobresaltó y a punto estuve de pegar un grito. “Debería cambiar ese espejo así no veo más mi imagen cruzada siempre por esa rajadura”.

El monstruo sin cabeza seguía allí. Con las puntas de los dedos llegué a levantar la tapa de la valijita de cartón que reposaba sobre el mueble y en un esfuerzo que experimenté sobrehumano, parado sobre mis pies descalzos en puntillas, alcancé a tantear dentro de ella hasta dar con la culata del treinta y ocho que reservaba para ocasiones de extrema necesidad. Y esa era una de ellas.

El revólver fue la única pertenencia heredada de mi viejo. Miento. El revólver y la valijita de cartón. Tan larga vida la del viejo para tan poca herencia.

Debo confesar que el dar con la valija y levantar su tapa precipitó involuntariamente los acontecimientos. La tierra depositada por días o meses sobre la cobertura se deslizó con el movimiento y parte de la pequeña nube de polvo formada encontró, en mi nariz alzada hacia las alturas, perfecto nuevo habitáculo para estacionarse. Esto provocó un súbito e irresistible cosquilleo en mi sistema respiratorio que terminaría prontamente en un estruendoso estornudo con previsibles y nefastas consecuencias.

No había tiempo para dudas. Empuñé con firmeza el arma y dirigiéndome decididamente a la ventana actué con la celeridad que las circunstancias aconsejaban. Pero más veloz aún fue la reacción que llegó desde mis entrañas, traducida en tremendo estornudo, que alteró el descanso nocturno de pájaros y gallos, que hizo flamear ferozmente la sábana, porque cortina no había, y que precipitó en aparatosa y cobarde huida al monstruo de las noches.

Envalentonado, apunté hacia la oscuridad y apreté con fuerza el gatillo.

Engrasá ese arma me había dicho la última vez el Santiago mientras barajaba para empezar el segundo chico. El primero se lo había ganado yo con una falta. Apenas empezado. Treinta de mano. Menos mal. Menos mal que no la engrasé, medio por vago, medio por falta de grasa. De haberlo hecho, el gatillo no se hubiera trabado. Y hoy estaría lamentando la pérdida del tordillo.

También!!! Se suelta y se viene a comer el pastito que nace al lado de las paredes del rancho!!!

Más vale planimetría en mano que altimetría volando

Ni bien terminé mi ciclo secundario en el Colegio Nacional de Morón, y pese a que mi flamante título de Bachiller y mi aspecto personal no eran la mejor carta de presentación para obtener un puesto de ayudante en Plomería de Obra, logré convencer al Jefe plomero que yo era la persona adecuada para ocupar esa vacante.

No era mi intención permanecer demasiado tiempo en aquel trabajo, eso es cierto. Tampoco quise ser deshonesto con mi empleador al no explicarle que solo quería estar ocupado por uno o dos meses. De hecho, no lo fui porque él nunca me preguntó sobre mis planes. Lo realmente cierto era que necesitaba juntar unos pesos porque teníamos programado un inmediato viaje a la cordillera mendocina, en calidad de mochileros, con los que habían comenzado a ser mis ex compañeros del Nacional.

Finalmente, no habiendo llegado a cumplir treinta días de trabajo, al recibir mi tercera remuneración semanal planté la pala y renuncié.

De las tareas que me tocó cumplir en tan corto plazo, recuerdo dos con claridad, una por lo dura y la otra por lo osada.

La primera fue cavar, a pala y pico, una zanja troncal para cloacas de unos veinte metros de longitud con algunos afluentes, treinta

centímetros de ancho y profundidad variable que llegaba al metro. No recuerdo bien, pero habré tardado tres o cuatro días para hacerla. Lo que si recuerdo bien es que más de cuatro días tardaron mis manos en recuperarse.

La otra actividad, ya colectiva y no de preso condenado a perpetua, consistía en la colocación de caños de hierro fundido de dos pulgadas para el desagote pluvial de los futuros balcones de un edificio de doce pisos en Ramos Mejía. Esos caños, de tres metros de longitud si mal no recuerdo, se colocaban recién concluida la estructura primaria de la obra, es decir, columnas y losas de hormigón, y para colocarlos era menester subir esos caños hasta las plantas a donde eran destinados.

Éramos tres muchachos de edades parecidas y de esta manera cumplíamos aquella tarea: El primero sostenía vertical un caño en la planta baja. Por su otro extremo lo recibía el segundo ya instalado en el primer piso que inmediatamente lo alzaba para que el tercer muchacho ubicado al borde del balcón de la segunda planta lo tomara y repitiera el movimiento ascendente. A esa altura, ya el primer muchacho debía haber corrido escaleras arriba hasta el tercer piso mientras el segundo estuviera haciéndolo para llegar presto a recibir el caño en ascenso en el cuarto. El que terminaba de soltarlo en el segundo, por su parte, iniciaba su carrera para llegar a tiempo al quinto piso y así seguíamos hasta llegar a las plantas superiores.

Quiero volver a destacar que las losas de cada planta eran sólo eso: losas de hormigón en su estadio inicial, es decir, sin ningún tipo de parapeto ni contención perimetral que evitara una caída mortal al menor descuido. Sin embargo, no sólo nos asomábamos al vacío sino que además, con total desparpajo, soltura y desprecio por el peligro, recibíamos un peso contrapuesto a nuestra necesidad de mantenernos en la planta en la que estábamos, lo que aumentaba notablemente el riesgo de caer sin más. No recuerdo haber sufrido ninguna alteración en mis emociones al desarrollar aquellas tareas.

Pasado el tiempo, ya muy lejos de aquella experiencia juvenil, nos encontrábamos con Galloni realizando una tarea de apoyo para la verticalización de torres de iluminación en la planta de Shell en el Dock Sud. Cuatro torres cilíndricas de un metro cincuenta de diámetro y cuarenta metros de longitud que, ya emplazadas en sus lugares y verticalizadas, se transformaban en cuarenta metros de altura, se instalaron antes que finalizara el siglo XX para cubrir la necesidad de iluminación de la planta de refinación de petróleo.

Colocada la base de la columna en la cavidad prefabricada para ella, dos grúas y unos cuantos obreros la elevaban hasta ponerla de pie, mientras Jorge y yo esperábamos dispuestos a intervenir con sendos teodolitos desde dos puntos ubicados a cincuenta metros de la torre, en dos direcciones perpendiculares entre ellas. Logrado el objetivo, Jorge informaba en que momento la torre, a la que le provocaban pequeños movimientos transversales en altura, lograba la vertical desde su posición.

Entonces, la atención se centraba en el segundo operador, en este caso yo, para que detuviera el nuevo movimiento oscilatorio, ahora transversal a mi visual, cuando el extremo superior de la torre se ubicaba en la vertical de la base. Repetida tres o cuatro veces la operación y confirmada desde un tercer punto la verticalidad buscada, se disponía la descarga del hormigón hasta cubrir el foso donde descansaba la base de la torre.

Debidamente apuntalada, la torre esperaba el tiempo necesario de fraguado del material para ser liberada y finalmente preparada para cumplir su función.

La torre básicamente está constituida por un eje alrededor del cual se desarrolla una escalera que, en caracol, abarca toda su extensión. Una malla de hierro calada cubre a modo de pared de contención el contorno de la torre. El mismo tipo de malla, cada cuatro metros, conforma un piso horizontal con una puerta trampa que, quien ascienda por la escalera, deberá abrir, atravesar y cerrar tras de sí, para

estar en la planta siguiente y así seguir avanzando. Es decir que la torre en sí, está constituida por diez jaulas cilíndricas dispuestas una arriba de la otra, por cuyos interiores y a través de las cuales avanza la escalera.

La cima es una plataforma con un diámetro levemente superior al de la torre y un parapeto de cincuenta centímetros donde se disponen los focos de luz apuntando en todas las direcciones. En ese espacio se dispondrá el operador electricista para atender el correcto funcionamiento de las luminarias.

A diez días de instalada la primera de las torres, nos invitaron a subir. El día muy claro y sin viento, pintaba ideal para llegar a la cima y contemplar desde allí, un paisaje espectacular con el Riachuelo, sus puentes, el puerto, la Boca y la isla Maciel. Nos aseguraban que, el aire tan limpio, nos permitiría ver Colonia por un lado y La Plata por el otro. No nos resistimos a tan tentadora invitación. Después de todo habíamos sido partícipes de semejante logro.

Primero Jorge y atrás yo, o adelante yo y segundo Jorge, el orden de los factores, una vez más, no alterará el resultado, comenzamos a ascender por el tubo metálico. Levantamos la primera puerta, con cierta dificultad ingresamos a la segunda jaula, bajamos la puerta, trepamos los dieciséis escalones para llegar a la siguiente planta, abrimos la puerta, repetimos los pasos en la tercera jaula, cerramos, subimos, abrimos, atravesamos, cerramos. En la cuarta jaula dudamos. Habíamos empezado a cansarnos. Estábamos cansados?

Las piernas se nos habían aflojado y no era por agotamiento. La altura que ya alcanzaba los veinte metros había empezado a obrar en contra de nuestros ánimos. No obstante, le pusimos voluntad. La vista de la ciudad de las diagonales desde la cima de la torre bien valía el esfuerzo. Subiimoos, abriiimooooos, atravesaaaamooooos, cerramos. Tuvimos la sensación de que el cilindro se había comprimido.

- *Estará bien soldada la malla de contención?* Dudó Jorge.

- *No se. Parece una mierdita. Opiné.*
- *Vos viste el paisaje?* Preguntó con la mirada clavada en el piso.

Riachuelo, sus puentes, el puerto, la Boca, la isla Maciel y cualquier otra cosa que no fuera el vacío que teníamos al costado, pasaban por el momento desapercibidos. Nuestras vistas no se despejaban de los escalones y nuestro brazo izquierdo del eje. Lejos, muy lejos, como un sueño, como algo que nunca había pasado, quedó mi osadía juvenil de asomarme al borde de losas de hormigón desnudas de toda protección. Ese no habría sido yo.

Pero aún no habíamos visto todo. Es decir, no habíamos sentido todo porque ver, no veíamos nada. Al final de cuentas los paisajes los podríamos ver más tarde en fotos. Lo cierto es que tardamos una eternidad en atravesar la quinta jaula. Y ya encerrados en ella, descubrimos que la torre tenía movimiento. Por qué carajo se movía? Cielo despejado, sin nada de viento. Pero el piso se nos movía. Se nos movía el mundo. Un levísimo movimiento, apenas perceptible pero capaz de hacernos sentir los seres más abandonados del mundo, logró que tomáramos allí la decisión más sensata de las que recordábamos haber tomado en mucho tiempo: En la semana siguiente, tomaríamos la costera criolla y viajaríamos a La Plata a visitarla en persona.

Un campo muy especial...

No teníamos celulares porque en aquella época no existían. Tampoco habíamos llevado woki-toki porque en aquel lugar no los íbamos a necesitar. Jorge estaba a cincuenta metros de distancia y yo le hablé al oído como si lo tuviera a dos. Y me entendió perfectamente cuando le pedí que tomara sólo los puntos del contorno de aquel polígono. Es más, Jorge me escuchó con claridad. Por eso no tuvo problemas en entenderme. Y yo podía seguirlo y verlo, a cada momento y en cualquier lugar en que se posicionara. Dirección e interpretación conjugados en un solo acto.

La visibilidad en aquel campo de trabajo era fabulosa y se podía decir que visábamos cualquier punto a ojo descubierto. Pero lo realmente increíble, en aquel entorno, era la acústica que permitía, cualquiera fuera la distancia entre operador y ayudante, que se conversara la medición sin ningún tipo de amplificador de nuestras voces. Pero es claro, no todas fueron rosas.

Sí, había un inconveniente y no fue menor. En la mayoría de los lugares en que debíamos operar, el piso se movía. Y más aún, por momentos giraba. Por lo tanto, era muy difícil hacer una estación que nos asegurara poder efectuar un relevamiento con aceptable tolerancia en la precisión. Y la precisión era justamente, uno de los aspectos indispensables en aquel trabajo porque las consecuencias de un mal desempeño en nuestra intervención, podían llevar a resultados

catastróficos y de segura repercusión mediática, tras lo cual no tardarían en rodar nuestras cabezas.

Espectaculares paisajes montañosos o bellísimos parajes campestres o grandiosas construcciones medievales o majestuosas salas palaciegas o ruines rincones pueblerinos o tantos otros sitios de fantasía, podrían haberse rasgado o más aún destruido, en el mísero tiempo que tarda en oprimirse la tecla de una computadora. Eso hubiera sucedido, si algún error hubiera impedido el paralelismo entre las placas de gruesa tela de unos novecientos metros cuadrados y ubicadas a diez centímetros una de otra, que eran los telones de fondo, al tiempo de elevarse unos para bajar otros.

Y entonces, a fuerza de develar la naturaleza de esta particular tarea profesional, realizada allá por el año 1990 mientras se disputaba el Mundial de Fútbol de Italia y por todos lados rebotaban los ecos de la bella canción que lo representaba, cabe ya preguntarse: “¿Qué hacían, en aquella oportunidad, dos agrimensores en el escenario del Teatro Colón de la ciudad de Buenos Aires?”

Pues participábamos del Anteproyecto y Proyecto Ejecutivo de Modernización y Mecanización Escénica del teatro considerado, por entonces, como uno de los teatros líricos más importantes del mundo. Y dejó caer tranquilamente la baba que se me desprende.

Esta privilegiada tarea, en la que durante unos meses participamos, entre otros, Galloni y yo, nos permitió no dejar ningún rincón del prestigioso teatro por conocer ni pasillo por recorrer. Y así estuvimos midiendo colgados de una parrilla a cuarenta metros de altura, descansando junto a Beethoven, Mozart, Rossini o Wagner en el Foyer de los Bustos, tomando mate con modistas y carpinteros en los talleres de los subsuelos, disfrutando de la fastuosidad del Salón Dorado con su mobiliario, decoraciones, columnas talladas, arañas y vitrales, calando el teodolito en el centro de un escenario giratorio, retrocediendo el tiempo en la entrada de carruajes y controlando el emplazamiento del nuevo puente de artistas. Y asistiendo

inesperadamente a ensayos de la orquesta estable, del cuerpo de danzas o de prestigiosos ocasionales visitantes.

Y de uno de ellos, del que me quedó un recuerdo imborrable, hablo especialmente porque asistí, con el solo requisito de un respetuoso y estricto silencio, sentado en mitad de sala en zapatillas y con una cinta métrica en la mano, a un ensayo del virtuoso violoncelista ruso Mstislav Rostropóvich que preparaba su presentación para los días siguientes, con entradas agotadas desde hacía un siglo. Aún hoy, escribiendo estas líneas, se eriza mi piel al revivir la emoción de aquella mañana cuando, este excepcional intérprete, logró eclipsar en uno todos mis sentidos para que yo pudiera percibir, superando mi total ignorancia en el tema, lo que él me estaba revelando a través del poder casi mágico de su personalidad y su arco. Nada más y nada menos que sus secretos más preciados me fueron develados, cuando hizo que el instrumento adquiriera voz propia, con un sonido cálido y profundo como nunca antes había escuchado y nunca después escuché.

Y no creerán que finalizado ese movimiento y tras intercambiar algún dato con uno de los músicos que lo acompañaba, me descubrió en la sala y me dedicó un perceptible saludo a través de un gesto con el arco que yo recibí emocionado. Al menos eso me pareció.

También, esta particular tarea, nos permitió asistir al mayor asado realizado en toda la vida del teatro desde su inauguración en 1908.

Un mediodía de un viernes lleno de sol, sobre el patio que da a la calle Viamonte, convertido a la sazón en obrador, se celebró aquel evento extraordinario a la vista de los funcionarios y empleados judiciales que asomaban a las ventanas de los juzgados existentes sobre esa calle. También fueron testigos los pasajeros de micros atascados en esa vía, a esa hora del día y en ese punto central de la vida porteña. Azorados, unos y otros, contemplaban el humeante y gratuito espectáculo de más de cincuenta actores.

Y así como el teatro tiene su historia, el asado también la tuvo. Learco Ceriani (h), hoy agrimensor, por aquellos días dando sus primeros pasos como ayudante, se dispuso a trasladar un punto desde la parrilla de luces del tercer piso al escenario, ubicado treinta metros abajo, mediante el uso de una plomada.

Atravesó con una cuerda de piano el orificio previamente fabricado sobre la viga en el punto en cuestión, ató la punta inferior de la cuerda a una pesa de hierro de cuatro kilogramos con un número conveniente de nudos, se colocó un guante de herrero en su mano diestra para impedir que el roce del hilo la lastimara y con sumo cuidado comenzó a deslizarla hacia abajo evitando el bamboleo.

Un pequeño error de apreciación hizo que Learquito, hijo del agrimensor Ceriani, titular de la firma CPS para la cual hacíamos este trabajo, tomara un ovillo de diez metros de cuerda de piano en vez del de cuarenta metros que hubiera sido apropiado para la ocasión. Y otro error, ya no tan pequeño, fue creer que había tomado el de mayor longitud.

Ni bien transcurridos los diez primeros metros y únicos de la cuerda, Learquito se quedó con las manos vacías y la plomada viajó sin control y en libre caída. Treinta metros más abajo, esperaba la llegada de la misma, un empleado de la empresa venezolana encargada de la ingeniería de la obra. Pero es claro, no la esperaba tan pronto. La masa de hierro llegó a la cabeza del pobre obrero antes que el grito desgarrador de nuestro compañero a sus oídos.

La abolladura y el principio de perforación del casco protector, en exposición días más tarde en el hall del teatro, daba cuenta de la dimensión del impacto. Una larga semana de internación especializada fue necesaria para “desconmover” cerebralmente a la víctima del accidente y dos semanas más para volver a verlo trabajar en la obra.

La manera que encontró C.P.S. para celebrar la sobrevivencia del involuntario héroe de la historia, y descomprimir el clima de angustia y desconfianza que, aún después de veinte días, seguía flotando en el

aire, fue organizar el Gran Asado para todo el personal de la empresa venezolana, jefes, técnicos y operarios, con nuestra participación, por supuesto, personal del teatro y algunos otros a los cuales se los vio con alguna costillita en la mano sin saber a quién o a quienes estaban representando y que inmediatamente después se alejaban satisfechos por la vereda de la calle Viamonte.

En el final, el comienzo

En el año 1969, mientras el hombre llegaba a la luna, habrá llegado alguna vez?, yo iniciaba el curso de ingreso a la carrera de Ingeniería Civil, la que se truncaría tres años más tarde cuando otras ocupaciones, intereses y circunstancias fueron opacando aquellos primeros planes.

Primero fue un trabajo en el Frigorífico Block de la calle Murguiondo en Mataderos que me ocupaba todas las horas de la noche. Lejos de sentirlo como un tormento o una carga, me agradaba atender los pedidos que llegaban a partir de las diez de la noche y hasta ya bien entrado el día siguiente y que a partir de las seis de la mañana partían en camionetas a abastecer con fiambres y embutidos los bares y restaurantes del microcentro de la ciudad. Vivía la inmensidad nocturna de aquel edificio con apenas cinco compañeros y compartía con placer los filetes “asaditos” de cerdo de las dos de la mañana, las tareas de empaquetamiento a medida que menguaban los llamados, la búsqueda de productos a las cámaras frigoríficas y los encierros temporarios en ellas disfrazados de bromas cuando alguno se descuidaba demasiado cumpliendo aquel cometido. Y equilibraba notoriamente mi situación económica algún jamón o pieza de fiambre que me llevaba día por medio a precio beneficiado y que podía ubicar en dos o tres fiambrerías o almacenes cercanas a mi casa.

Luego fue un llamado público a examen para ingresar a trabajar en el Banco de la Provincia de Buenos Aires. Debo explicar que, por aquellos años, la imagen de un empleado bancario y especialmente del banco mencionado, tenía peso propio. Era lo que se conocía en la jerga popular como un “trabajo serio”, con perspectivas de futuro y seguridad. No habiéndolo tenido nunca en cuenta en mis proyectos y con el título de Bachiller pateándome en contra, me presenté al concurso, superé el examen y, en julio de 1972, ingresé a sus filas.

Me describía mi madre el cambio que, para con ella, se manifestó en el trato de algunas vecinas con hijas en edad de merecer que, desde el mismo momento de mi ingreso a la institución bancaria, pasaron de ser rutinarios y cordiales a deferentes y afectados. O el repentino saludo de otras a las que no conocía o frecuentaba muy poco.

Pese a la cantidad de horas que tuve que dedicar a estos trabajos en desmedro de los que podía acreditar al estudio, ya aprobaba materias del tercer año de la carrera. No obstante, el fallecimiento de mi padre en abril del 73 más cierta tranquilidad que me brindaba el empleo bancario con sueldo aceptable y buenos servicios sociales, hicieron que descuidara definitivamente el estudio e hiciera solo lo necesario para mantener mi matrícula en la facultad de Ingeniería de la U.B.A.

Pero el banco no era lo mío. Estaba cómodo pero no satisfecho.

En 1976 empecé a acercarme con más asiduidad a la facultad y ya entrado el año siguiente y ante la perspectiva de mi casamiento con Lucía, también bancaria del Provincia y con su flamante título universitario en las manos, decidí terminar una de las carreras, ya jerarquizada, que ofrecía la facultad: Agrimensura.

Conseguí el reconocimiento de varias materias aprobadas durante el ciclo básico de Ingeniería y comencé a internarme en un mundo inesperado y extraño del cual, debo confesar, no conocía bien ni sus alcances curriculares ni los laborales. Pero el profesor Mingo, al que conocí circunstancialmente al iniciar las averiguaciones, me convenció

sin más, con la promesa de que no iba a arrepentirme porque, el que estaba dando, era el paso mas importante de mi vida.

- *Mire que este año me caso. Le dije*
- *Más importante que eso. Me contestó*

Lo más importante que me pasó en la vida fue casarme con Lucía pero, en mi próxima vida, sin dudarlo un instante, terminado el secundario, lo voy a ir a ver a Mingo que, seguro, va a estar en el tercer piso del edificio de Avenida Las Heras.

Pero, es claro, solo iré para saludarlo, porque esta vez y desde la cuna llevaré el deseo de estudiar AGRIMENSURA.



